This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

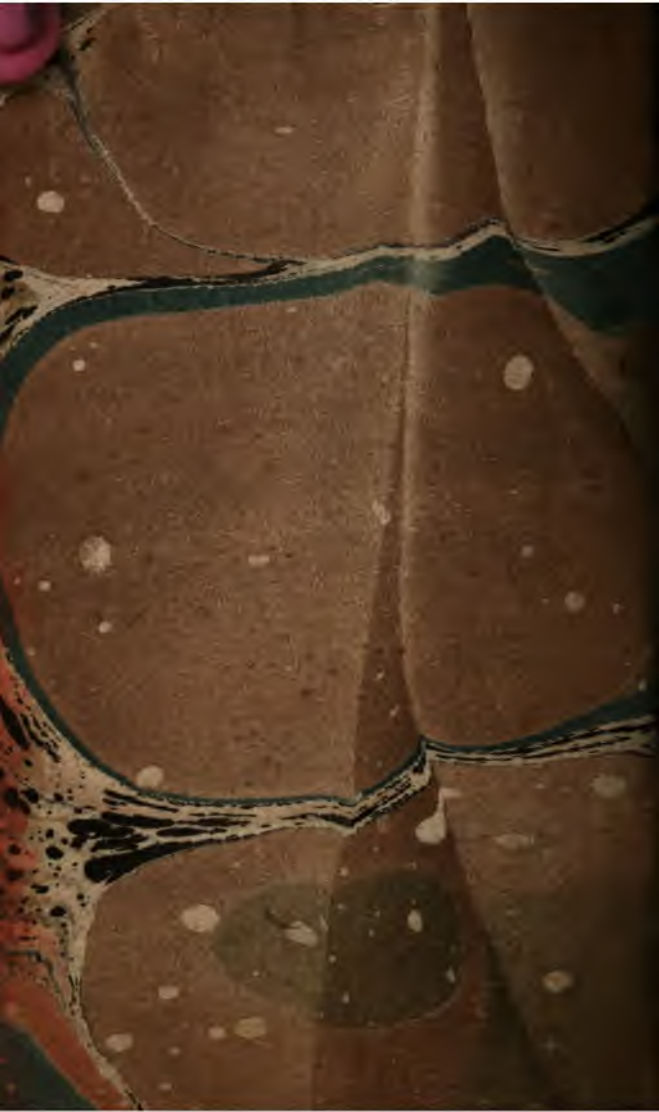
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UNS. 163 k. 7

Vet. Span. II A. 12



~~UNS. 163 h. 7~~

Vet Span. II A. 12

# TEATRO,

## Ó COLECCION

# DE LOS SAYNETES,

## Y DEMAS OBRAS DRAMATICAS,

*DE D. RAMON DE LA CRUZ Y CANO,*
*ENTRE LOS ARCADES* LARISIO.

*Ætatis cujusque notandi sunt tibi mores.*
Hor. Art. Poet.

TOMO VII.

CON PRIVILEGIO.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
1788.

TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY
17 NOV 1953
UNIVERSITY OF OXFORD

# EL DIVORCIO FELIZ.

## Ó

# LA MARQUESITA.

## COMEDIA

### EN QUATRO ACTOS.

*Sacada de una de las Novelas de Mr. de Marmontel, con el propio título.*

*En esta Fábula intenta*
*persuadirnos el Autor:*
*¡Quánto destruye un capricho,*
*y vale una reflexion!*

# ACTORES.

LA MARQUESA *de****.
EL MARQUES *su esposo.*
D. QUINTIN.....
EL BARON DE SAN TELMO. } *Petimetres.*
EL CONDE DEL ROLLO.....
D.ª JACINTA.. } *Amigas de la Marquesa.*
D.ª LAURA.... }
D. LEONARDO, *amigo del Marques.*
LUISA, *criada de la Marquesa.*
ANSELMO, *criado antiguo del Marques.*
UN PAGE.
*Otros criados y criadas.*
*Dos Lacayos.*

*La Scena es en Madrid, y casa de los Marqueses.*

# ACTO I.

*El teatro representa salon de casa ricamente mueblada, con sillas doradas, cornucopias, una araña de cristal &c. : dos puertas á los lados, cerradas y con cortinas de damasco corridas. Al frente habrá un balcon al natural con las puertas de madera cerradas, y cortinas de damasco corridas : este se abre despues, y dexa ver las puertas vidrieras, por donde entra la luz que recibe el salon de un Jardin que se ve al foro : sobre una silla habrá una rica bata desdoblada : en otra una bandeja con adornos de cabeza, brazos y cuello de señora. A los lados del balcon dos mesas doradas y espejos. En la de la izquierda estará la Marquesa leyendo, en desaville blanco desprendido, toda*

*despeynada y enfadosa: la buxia estará al fin, y Luisa, sentada en el suelo, y reclinada en una silla de paja decente, estará dormida al lado derecho. El teatro está casi obscuro. La Marquesa tiene su libro en la mano: lee, tuerce el pávilo de la vela, vuelve á leer &c. Todo esto levantando la cortina ántes de acabar la obertura; y finalmente suspira, se conmueve, y dice:*

MARQUESA.

¡Qué noche! ¡qué cruel noche!
¡qué agitacion! ¡qué desvelo!
Jamás me ví de tan mal
humor como el que ahora tengo.
¿Y no es con causa? ¡Dormir
mientras se están divirtiendo
mis amigas en el bayle!
No es facil pensar en ello
sin cólera. Luisa, Luisa....
¿Dedicar á un largo sueño,
ú al ocio, por complacencia,
los mas preciosos momentos
debidos solo á los dulces
ratos del placer? ¿Son estos

los encantos del amor?
¿Son estas, si bien me acuerdo,
del matrimonio las bellas
ideas que seduxeron
mi imaginacion? ¿A los
diez y nueve años que cuento
de mi edad, abandonarme
sin esperanza en el seno
de una helada indiferencia
de acciones y pensamientos?
¡Ah cruel familia! Por tí
en este caso me veo.
Tú me elegiste un marido
(no puedo negarlo) honesto,
rico y noble; ¡pero qué
presente tan lisongero! *se levanta.*
Aburrirse baxo el yugo
de un hombre inflexible, sério,
pacífico.... y aburrirse
por toda la vida.... esto
es muy duro. ¡Luisa, Luisa!

*Impaciente, dandola con el pie.*

LUISA.

Señora: ¡Jesus qué sueño!
¿Es hora ya de acostarnos?

*Se vuelve á recostar.*

MARQUESA.

Muchacha. Ya me impaciento,
*Dala un pellizco.*

LUISA.

¡Ay! Poco á poco, Señora.

MARQUESA.

Pues despierta.

LUISA.

Si no puedo.

MARQUESA.

Dos horas há que te llamo.

LUISA.

¿Pues que hora será?

MARQUESA.

Yo creo
que ya habrá salido el sol.
Abre esa ventana luego.

LUISA.

¿El sol? Y á fe que es verdad.
*Abre el balcon, y aclara el teatro.*
Señora.... Yo no lo entiendo.
¿Os ha sucedido algo?

MARQUESA.

No.

LUISA.

¿Qué, os habeis indispuesto?

MARQUESA.

Tampoco. Nada me duele:
quita esos trastos de enmedio,
ú echalos por la ventana,
y apaga esa luz.

LUISA.

Callemos.

*Quita todo, la entra, y apaga, &c.*

MARQUESA.

En la vida me amará
este hombre. ¡Qué desconsuelo!
Esta es un alma de aquellas
que hay frias, sin movimiento
alguno, y sin interés;
Al fin, estoy sin remedio
condenada á vivir siempre
con un marmol, sin afectos
para amar, ni aborrecer. *sale Luisa.*
¿Qué hace tu amo?

LUISA.

Ahora mesmo
se ha entrado en su gabinete.

MARQUESA.

Mira si está ya dispuesto
mi chocolate.

LUISA.

Señora,
aun están todos durmiendo,
que acaba de amanecer;
demás que como sabemos
que le tomais á las once
las mas mañanas...

MARQUESA.

Es cierto.
Ni yo sé lo que me digo,
ni yo sé lo que me quiero.
¡Ah Luisa!

LUISA.

¿Pues qué teneis?
que en vuestro semblante advierto
una alteracion, que á mí
me asusta.

MARQUESA.

Y yo la padezco.

LUISA.

¿Pero por qué?

MARQUESA.

Yo soy joven,
no soy fea, y con todo eso llorando.
mi marido no me quiere.

LUISA.

Debe ser uso del tiempo,
porque conozco yo á muchas,
que se quejan de lo mesmo.
*Solo* saber que sois suya,
*basta* para poseeros
con tibieza.

MARQUESA.

Luisa, tienes
mucha razon: yo lo creo.

LUISA.

En lo que está en su dominio
sin reserva, ni recelo,
¿qué tiene que desear?
Acordaos de mis consejos,
desde que me confiasteis
su entereza, ó su despego.
El señor Marques mi amo
os idolatrára ciego,
como le dierais no mas
que unos poquitos de zelos.

MARQUESA.

¡Qué injustos que son los hombres!
¿Es fuerza darles tormento
para agradarlos? Sed finas,
fieles, dóciles con ellos;

y tendreis en recompensa
su descuido ó su desprecio.

LUISA.

Esa es la regla; porque
juzgan estos Caballeros,
que todo se lo merecen,
y todo se lo debemos.
Las venturas continuadas...
los fastidian; el enredo,
el capricho, la locura,
y la inconstancia del sexô
los excita, y los desvela.
¡Ah! ¡Qué gana que les tengo!
Al pobre que á mí me toque
ya le ha caído un buen terno.

MARQUESA.

¿Y juzgas tú que el Marques,
á estar de mi pasion ménos
asegurado, sería
mas amante, y mas atento
conmigo?

LUISA.

¿Y lo juraré.
Los hombres dan el aprecio
á sus placeres, segun
les cuestan de sentimientos.

Sacudios de esa dulce
complacencia y miramientos,
que os están martirizando:::-
Mas claro : mudad de genio,
y sed á la moda en obras,
palabras y pensamientos,
y le vereis al instante
solícito, fiel y tierno
prevenir todos los modos
que halle de complaceros
con diversiones continuas,
y repetidos obsequios.

MARQUESA.

Nada es mas fácil, si fuera
él capaz de tener zelos,
é inquietarse; mas conozco
su carácter, y recelo
no harán en él la impresion
sensible que en otros vemos.
En los seis meses que habrá
que nos casamos, he hecho
quanto he podido por ver
si le irritaba. A este efecto
le he dado importunas quejas,
le he estado contradiciendo
quince dias quanto hablaba,

he malgastado el dinero
á su vista, he celebrado
delante de él quatrocientos
Petimetres; pero nada
descompuso aquel perpetuo
fastidioso agrado, aquella
tranquilidad de su genio
maldito, que sabes, y
con que yo me desespero.

LUISA.

Yo no ví serenidad
mas inalterable; pero:::-

MARQUESA.

No, querida Luisa, no;
ya nada adelantaremos;
tanto mejor para mí.

LUISA.

Vamos claros. ¿Cómo es eso?

MARQUESA.

Que para vivir tranquila,
ya solo me queda un medio
que emplear.

LUISA.

¿Y quál es ese?

MARQUESA.

Hablar claro desde luego

á mi esposo, y separarnos
para siempre.

LUISA.

Yo lo apruebo.
Decís muy bien, y ese es
el expediente mas bello
para quedar libre.

MARQUESA.

Ya
maquinaba ese proyecto
yo mas hace de dos meses,
y estaba dudosa; pero
la aventura de ayer noche
me determina.

LUISA.

Os protesto,
Señora, que interiormente
toda me conmoví al veros
volver tan temprano á casa
del bayle, que estaria bueno.

MARQUESA.

¡Magnífico!

LUISA.

¿Y mucha gente?

MARQUESA.

Todo lo útil del pueblo.

LUISA.

¿Pues que os dixo mi amo?

MARQUESA.

Nada.
Antes decia: me alegro
que bayles.... si te diviertes....
tu salud.... Mas con un gesto,
que á legua se conocia
que ya estaba allí violento.

LUISA.

¡Qué postema! En comenzando
un marido con aquello:
hija, si quieres tal cosa....
bien está, tú eres el dueño....
bien, bien.... si absolutamente
quieres ir á tal paseo....
yo te acompañaré, mas
está el dia tan revuelto,
que la jaqueca.... el reposo
es mejor.... mañana iremos....
Todas estas pesadeces
equivalen á un no quiero;
que vale mas lo dixeran
claro, que estarnos pudriendo
las entrañas.

MARQUESA.

Así es;
y cada vez que lo pienso
del Marques, casi me pongo
á punto de aborrecerlo.
Demás que su compañia,
y la de sus circunspectos
amigos, me vá cansando;
y en la precision me veo
de no recibirlos ya,
para no chocar con ellos.

LUISA.

Alabo vuestra prudencia:
que yo, Señora, en oyendo
moralizar al Abate,
ponderar al Consejero,
conquistar al Coronel,
y al viejo Marques los versos,
que el año de seis cantaba
al harpa su chichisveo,
huyo cien leguas, por no
mostrar lo que me impaciento....
Mas mi amo viene en persona.

MARQUESA.

Ya estamos en el empeño.
Déxanos solos, y no entres

mientras que no te llamemos.

LUISA.

Yo me tendré buen cuidado,
Señora.

MARQUESA.

No estés muy lejos. *vase Luisa.*
*Sale el Marques en bata, sin peynar, leyendo varias cartas.*

MARQUES.

Muy buenos días, Señora. *con atencion.*

MARQUESA.

Tengalos usted muy buenos, *con frialdad.*
Señor.

MARQUES.

¿Qué has de hacer así,
muger? Dime, ¿qué provecho
puede hacerte haber estado
toda la noche leyendo?

MARQUESA.

Otras cosas me hacen mucho
mas perjuicio, y las tolero.

MARQUES.

Verbi gracia, el no baylar
seguidas en este tiempo
doce ó trece contradanzas,
hasta quedar sin aliento.

¿No és esto, hija mia?

MARQUESA.

Os doy
mil gracias por el requiebro,
que llega á linda ocasion.

MARQUES.

¿Llega á mejor el despego
con que me recibes? Si
hicieses solo un momento
de reflexion, conocieras,
Matilde, que estás tan lejos
de tener motivo, que ántes
cada vez te los doy nuevos,
y repetidos de lo
infinito que te quiero.

MARQUESA.

Vos teneis muchas razones,
que sin réplica os concedo,
con tal de que me dexeis.

MARQUES.

No seas tonta.

MARQUESA.

Por lo mesmo
que conozco que lo soy,
callo, y con vos no me meto,
Señor.

MARQUES.

Malo : me parece
por ese recibimiento,
que no he elegido la hora
mas felice para veros.

MARQUESA.

Tambien á mí.

MARQUES.

Sin embargo,
para descubrir su pecho
un hombre de bien, son todas
oportunas : yo no vengo
á otra cosa, ni saldré
sin desempeñar mi objeto.

MARQUESA.

Muy bien.

MARQUES.

¿Me escucharéis?

MARQUESA.

Sí.
(¡Qué hombre!) Vos sois muy dueño
de hablar ó no hablar.

MARQUES.

Matilde,
ya há algunos dias que observo
en tu rostro y tu conducta,

que la tibieza y.... (me atrevo
á decirlo) la aversion
hácia mí, van sucediendo
al amor, que se inspiraban
nuestros dulces sentimientos
al principio mutuamente.
Tú habias creído, que siendo,
como eres, jóven y hermosa
desatinados extremos
de mi violenta pasion
habian de ser el prémio
de un enlace, que admitiste
voluntaria, quizá ménos
por inclinacion á mí,
que por obediencia. Esto
por tu parte; por la mia,
he ideado quantos medios
pudieran contribuir
á hacer venturosos nuestros
corazones, empezando
por ser tu mas verdadero
amigo; pues yo creía,
que un hombre de bien y cuerdo,
hace todo quanto quiere
de una muger de talento,
y bien nacida, en ganando

su confianza : y defiendo,
que el marido que sin causa
se hace temer indiscreto
de su muger, la convida
á que le engañe : mas pienso ;
que la autoriza tambien,
al fin, para aborrecerlo.

MARQUESA.

Muy bien pensado : seamos
amigos, yo me convengo.

MARQUES.

Esta expresion no te gusta;
pero á repetirla vuelvo
por la última vez : perdona,
Matilde, si te molesto.
Eres niña, y no penetras
en mi voz, y mis afectos,
que á no ser yo tan tu amigo,
dexára desde ahora mesmo
de ser tu esposo.

MARQUESA.

Pues yo
digo al revés, que no siendo
tan tu esposa, yo sería
mas tu amiga desde luego.

MARQUES.

Ya: la respuesta es bien clara.
Voy, Señora, á responderos:
Los fines del matrimonio
son, entre otros mas sérios
y reservados, hacerse
venturosos dos sugetos
que se aman. Nosotros no
lo somos, ni lo serémos
jamás, con que me parece
inútil nos obstinemos
ambos en una constancia,
que nos está consumiendo.
La fortuna nos ha dado
bienes para establecernos
grandemente, sin que el uno
del otro necesitemos.
Quedad en todo este quarto:
yo baxaré al entresuelo
á vivir: y mas no os pido
para mí, ni lo pretendo,
que la decencia á quien soy
regular, y los respetos
que os debeis vos, á vos misma.

MARQUESA.

Todo, Señor, os lo ofrezco

gustosa, y es un partido
tan conforme á mis deseos,
que si tardais dos minutos,
me anticipo á proponerlo.

MARQUES.

Pues sea para bien, que yo
no me opongo, ni me ofendo.
Elegid entre los coches
y ganado que tenemos
todo aquello que os agrade.
Mandad de quantos cubiertos
os han de servir la mesa
diaria, cena y refresco.
Nombrad de nuestros criados
de todas clases, aquellos
que os sirvan mejor, y que
sean mas del gusto vuestro.
La única gracia que os pido
es que me dexeis á Anselmo,
pues á mí me es necesario,
y á vos inútil. Es viejo,
me ha criado desde niño
en sus brazos, y le quiero.

MARQUESA.

Contad con él.

MARQUES.

Lo mejor
será que aquí le llamemos,
con eso le podreis dar
vuestras órdenes, que luego
yo me encargaré de que
se cumplan en el momento,
y con toda exâctitud.
¿Luisa?

*Sale Luisa.*

LUISA.

¿Señor?

MARQUES.

Llama presto
á Anselmo.

LUISA.

Ahí os esperaba
en la recamára.

MARQUES.

Anselmo. *vase Luisa.*

*Sale Anselmo.*

ANSELMO.

Aquí estoy: ¿qué me mandais?

MARQUES.

Yo conozco bien tu zelo,
y fidelidad.

ANSELMO.

Señor....

MARQUES.

Calla. Lo que te prevengo
es que oygas de tu ama
las órdenes, y que atento
las hagas executar
en casa.

ANSELMO.

Señor, en esto
no sé que quereis decirme....
¿En qué haber faltado puedo
á mi obligacion, ó quándo
no obedecí los preceptos
de entrambos con la eficacia
y buena ley que os profeso?

MARQUES.

Lo sé: por eso de tí
me fio, no te reprendo.
La Marquesa desde hoy
queda por único dueño
de todo este quarto: ella
dará lista por extenso
del tren, y de los criados
que la convengan: el resto
quedará á mi servidumbre

destinado, y tú con ellos.

ANSELMO.

Pues qué, Señora.... Señor.... *turbado.*

MARQUES.

Calla y obedece, Anselmo.

ANSELMO.

Yo no puedo resistir
mi dolor, ni mi silencio;
¿será posible, Señor....
(perdonadme si me excedo)
que os separeis de mi ama?

MARQUES.

Así lo quiere. Haz luego *enternecido.*
lo que te mando.

ANSELMO.

Señora,
mirad que falleceremos *llorando.*
de pesar. Mi pobre amo
no podrá sufrir sin riesgo
de su vida tanto golpe.
Yo tengo conocimiento
de entrambos, sé que os amais
cada vez con mas extremo,
y sé que del mal partido
que hoy toma el enojo ciego,
no puede llegar mañana

sin el arrepentimiento,
No....

MARQUESA.

¡Llanto inútil! Así
entrambos lo hemos resuelto.

MARQUES.

Sí, Señora, y es constante
la resolucion. Yo creo
que no me queda que hacer
algo mas por complaceros,
A Dios, Señora; Matilde,
á Dios; á Dios, Muger. *yéndose.*

ANSELMO.

¡Cielos!

MARQUESA.

A Dios, Señor. *vase el Marques.*

ANSELMO.

Sé me parte
el alma de desconsuelo.

MARQUESA.

Anselmo, aguárdate aquí
un rato, que pronto vuelvo. *vase.*

ANSELMO.

¿Debo creer á mis ojos?
¿Qué accidente tan adverso
nos desune un matrimonio

tan regular y tan bello?
Yo habria jurado que
estos Señores tan buenos
vivirian, aunque fuesen
cien años, siempre contentos
y juntos, sin tener nunca
entre sí quejas, ni enredos.
Todo estoy fuera de mí,
porque este asunto es muy sério....
Ahora que habia mi amo
dexado los devaneos
de mozo, y que yo tambien
me habia casado sin serlo....
¿Ahora que la paz, el gozo,
la abundancia, y el gobierno
reynaban en esta casa,
amanece tan funesto
dia en ella? ¡Qué mudanza!
¡y qué resultas!

*Sale la Marquesa.*

MARQUESA.

Anselmo, *con un papel á la larga.*
aquí tienes una nota
de todo lo que reservo
para mí, y á tu cuidado
y disposicion lo dexo.

Quiero la mesa en la pieza
al Norte, que está mas lejos,
y para ocho ó diez personas.

ANSELMO.

Muy bien, Señora, yo os beso *enternecido*
los pies.

MARQUESA.

Vé con Dios amigo:
fia en mi agradecimiento,
y sirve bien á tu amo,
que es lo que mas te encomiendo.

ANSELMO.

¡Ay mi Señora! En el dia
que separados os veo,
¿qué me queda que esperar
de los beneficios vuestros?
Esta idea me divide
el corazon por enmedio.
A Dios mi amada Señora. *vase.*

MARQUESA.

¡Qué buena ley! El afecto
de este hombre me ha enternecido:
no tenia tan buen concepto
yo de él. ¿Luisa?

*Sale Luisa.*

LUISA.

Señora.

MARQUESA.

Haz que entren aquí dentro
el tocador dos Lacayos.

LUISA.

No ha venido el Peluquero
en todavia.

MARQUESA.

No importa. *se vá Luisa.*
Tú me compondrás el pelo.
El lance es fuerte : que estoy
desazonada confieso....
Pero ello tarde ú temprano *resuelta.*
habia de parar en esto.

*Sale Luisa.*

LUISA.

¿Hay separacion , Señora ?

*Sacan dos Lacayos el tocador , le ponen á un lado ; y salen otras dos Criadas.*

MARQUESA.

Y para siempre.

LUISA.

Me alegro.

MARQUESA.

Peyname, ó ponme una cofia,
que es mas breve; porque espero
esta mañana á Jacinta.
¡Ay! y ahora que me acuerdo
al Condecito del Rollo,
que me pidió muy atento
licencia para venir
á verme hoy.

LUISA.

Yo lo celebro. *con fisga.*

MARQUESA.

¿Qué, no te gusta?

LUISA.

¡Oh, el Conde
es un lindo Caballero!
¡El Conde! es lo que en Madrid
se llama un hombre perfecto.
El servidor de las Damas,
el xefe de los cortejos,
y el coco de las tertulias.
A fé que entre todos estos
que os vienen á hacer la Corte,
otro mas digno no veo,
ni mas amable.

MARQUESA.

¡Ola! ¿tiene
la ventura ese sugeto
de agradarte?

LUISA.

Era preciso
tener un gusto perverso
para decir lo contrario.

MARQUESA.

Bien puede estar satisfecho
de lo feliz que es contigo. *bufoneándose.*
Pero entretanto te ruego, *enfadada.*
que atiendas mas á lo que haces,
y que me despaches presto.

LUISA.

Discurro que hasta que venga
nos sobrará mucho tiempo;
que á las tres de la mañana
aun se estaba divirtiendo,
y se recogió á las quatro.

MARQUESA.

¿Y quién te ha dicho á tí eso?

LUISA.

Un Lacayo suyo. Entre
vecinos nada hay secreto.

MARQUESA.

¿Y te dixo mas?

LUISA.

Que á noche
una gran cena tuvieron
en casa de Doña Justa
con el Baron de San Telmo,
y otros amigos.

MARQUESA.

¿En casa
de Justa?

LUISA.

Ni mas, ni ménos:
y el héroe de la funcion
fué su Señoría.

MARQUESA.

Quedo,
muger ó diablo, que hoy
no hay para tí sufrimiento.

LUISA.

Señora....

MARQUESA.

Señora.... Marcha *remedandola.*
con el tocador adentro.

LUISA.

Falta....

MARQUESA.

Si faltase algo;
yo llamaré....: Despachemos.

CRIADA 1.ª

¡De qué mal humor está!

CRIADA 2.ª

Hoy anda aquí el diablo suelto.

*Vanse, llevando el tocador.*

MARQUESA.

¡En casa de Justa! Vaya,
ya tenemos manifiestos
los negocios tan urgentes
y graves, que le impidieron
hallarse en el baylé á noche;
y faltar lugar de vernos
en dos dias....: Pero Luisa
habla mucho, y yo no debo
condenarle sin oir
lo que él me diga primero.

*Sale un Page.*

PAGE.

El Señor Conde del Rollo.

MARQUESA.

Que entre, y ponle un asiento.

*Sale el Conde en frac, papelillos, castaña, su bastoncillo, &c.*

¡Jesus, Conde! Se conoce
la mala noche, por cierto.

CONDE.

No, Señora; mi semblante
solo anuncia los tormentos
de la ausencia de dos dias,
que infeliz no pude veros.
¡Mas qué-hermosura! La Aurora
no esparce tantos reflexos
de luz, como vuestros ojos.
¡Y qué propio, qué perfecto
está el peynado!

MARQUESA.

Pues hoy
yo misma me le he compuesto.

CONDE.

Pues yo jurára que solo
podia ser Peluquero
tan primoroso el amor.

MARQUESA.

Hoy venís muy lisongero.

CONDE.

Jamás lo he sido.

MARQUESA.

Sentaos.

CONDE.

Antes soy justo.

MARQUESA.

Lo creo.

¿Qué es lo que hicisteis ayer?

CONDE.

Señora.... Ayer.... no me acuerdo.
Es tan fastidioso el mundo,
que á la verdad es un necio
quien no se separa de él,
á vivir en el desierto
mas árido. Marquesita,
creedme, y enviad á paseo
todo ese tropel de monos
que andan al rededor vuestro::::
y apropósito, qué bromas,
qué disputas habrá entre ellos,
por conquistaros. ¿Habeis
hecho ya eleccion? Hablemos *se acerca*
en confianza. *con la silla.*

MARQUESA.

Esa duda
me admira.

CONDE.

Soy indiscreto,
quizá.

MARQUESA.

No, de modo alguno;
porque en el dia no tengo
que disimular, ni pueden
reconvenirme. Es muy cierto,
que otra se aprovecharia
de mi libertad, viviendo
ya, como yo divorciada
del Marques.

CONDE.

¿Eso tenemos? *se levanta*
Yo os doy mil enhorabuenas, *alegre.*
Marquesa mia. Bien hecho;
ya os lo tenia yo dicho, *se sienta.*
que el Marques era muy bueno;
mas para sacar partido
de su muger, era lerdo
el infeliz. ¿Con que os dexa
á vuestras anchuras? Eso
es admirable.

MARQUESA.

Sí, Conde;
pero no juzgueis que pienso,

por mirarme independiente,
abandonarme á cortejos
mequetrefes, ni que hallo
tampoco, entre los que tengo
tratados, alguno digno
de mi eleccion, á este efecto.

CONDE.

Eso es ser muy rigurosa,
Señora; Luis, por exemplo,
es amable, aunque es verdad
que es hablador y embustero.

MARQUESA.

Son un bello par de grácias.

CONDE.

Vaya el Baron de San Telmo,
que es buen mozo; aunque el carácter
tiene mucho de grotesco,
y necesita ántes ser
disciplinado algun tiempo
por una muger mayor.

MARQUESA.

Al contrario, es muy modesto
y agradable, circunstancias
que alguna vez me le hiciéron
distinguir de los demas.

CONDE.

¿Distinguir? ¡Jesus, qué yerro!
Vaya no le conoceis.
¿Y el Vizconde?

MARQUESA.

Es un sugeto
muy juicioso.

CONDE.

Sí; aquel juicio
muy parecido en extremo
al del borrico cansado.
¿Y el Cadetico Manchego?

MARQUESA.

Ese es un niño de escuela.

CONDE.

Teneis razon; todos ellos
no os convienen. Pero vamos
ahora formales: ¿qué empléo
pensais dar á esa preciosa
libertad?

MARQUESA.

Darla el aprecio
que merece, y disfrutarla.

CONDE.

¡Falta de conocimiento,
y niñada! Nadie goza

los hechizos alhagüeños
de la dulce libertad,
sino en el propio momento
que la renuncia: y la debe
solo reservar el cuerdo
con ánimo de perderla
apropósito, y á tiempo.

MARQUESA.

Estais entendido: emplearla
desde luego en vos. *sonriyéndose.*

CONDE.

Es cierto:
yo era lo que os convenia,
á no estar como me veo
sitiado por todas partes:
¿mas qué recurso, qué medio
habrá para desprenderme?

MARQUESA.

Ninguno, ni os lo aconsejo,
amigo; pues aunque no
me asombrára á mí otro riesgo
que el de las iras de Justa,
renunciára mis derechos.

CONDE.

¡La Justa! ¡Buena muger!
aunque de poco despejo.

La Justa.... ¡qué chiste! ¿Ya
han venido con el cuento?
¿Y qué? Sí, Señora: ayer
me convidó con empeño
á cenar en una casa
que ha tomado hoy en Pozuelo
de Arabaca, á mis expensas.
Llevé cinco ó seis sugetos
de buen gusto, amigos mios:
ella, otros tantos portentos
femeninos, con que hubo
unos ratos estupendos,
y se cenó á toda ley:
bebimos como tudescos:
yo dixe mil cosas buenas,
porque estaba para ello
á noche: á eso de las dos
en sus coches se volviéron
todos: y yo me quedé
aun allá á tomar el fresco
cosa de media hora mas.

MARQUESA.

No es propio de un Caballero,
Conde, ese modo de hablar:
y la opinion y el respeto
de una Dama, en vuestra boca

á fé que están bien expuestos.

CONDE.

La opinion de una Madama....
El agravio que podemos
hacerlas, que las desluzca,
solo es plantarlas; por eso
yo jamás planto á ninguna:
me hago plantar, y las dexo
á ellas toda la gloria
y honores del vencimiento.
Ya veis, Marquesita mia,
que hay en mí unos verdaderos
principios.

MARQUESA.

Y bien fundados;
pero yo no los apruebo.

CONDE.

De veras que yo quisiera,
solo por interés vuestro,
encontraseis con un hombre
como yo.

MARQUESA.

Me lisongeo
de que estaria alojada
como Justa, y á lo ménos
viviria sin el susto
de verme plantada.

CONDE.

Esto
ha sido todo una chanza.
Lo que hay que pensar mas sério,
aquí entre los dos, es que
no perdais el mejor tiempo
de la vida, disipando
vuestras gracias sin provecho.

MARQUESA.

Mi ánimo por ahora es
no incurrir en tal exceso.

CONDE.

Por ahí no se vé otra cosa.

MARQUESA.

No lo ignoro; y por lo mesmo
siempre seré muy difícil
en la eleccion, si resuelvo
hacer alguna.

CONDE.

¿Pues qué
á vuestra edad, y con vuestros
méritos seriais constante?
Si yo llegára á creerlo
fuera capaz de hacer una
locura. *se levanta.*

MARQUESA.

Tened sosiego;
y decidme ¿qué locura?

CONDE.

De tener juicio, y haceros *se sienta.*
la corte de buena fé.

MARQUESA.

Sois gracioso, y muy discreto
en vuestras declaraciones.

CONDE.

Si no anduve por rodéos,
vos lo disimulareis,
que no es por falta de ingenio,
sino porque es la primera
que en toda mi vida he hecho.
Hasta aquí siempre me habian
ahorrado aun el corto empeño
de ser yo el que me insinuase.

MARQUESA.

Yo os perdono este pequeño
primer ensayo, y os juro,
que no puede, ni por pienso,
disgustarme.

CONDE.

¿De verdad?
¿Con que aprobais (esto es bueno)

que os idolatre? Decidme:
¿y vos con igual afecto
me idolatrareis á mi?

MARQUESA. *burlándose.*

Eso es otra cosa: el tiempo
dirá si lo mereceis.

CONDE.

Mirad este ayre, este cuerpo; *se levanta.*
y sobre todo mi pico,
os dirán si lo merezco.

MARQUESA.

Ya he visto esas perfecciones,
y nobles ideas; pero
no bastan á merecer
mi confianza, ni debo
determinar al instante
mi inclinacion.

CONDE.

Pues yo creo
que pudiera sobrar mucho.
En fin, Señora, abreviemos:
yo estoy harto de seguir
la moda: busco un objeto
en que fixarme: le hallé,
y ya de él no me desprendo;
pero no ha de ser en valde.

Por lo que mira al propuesto,
término, que necesario
juzgais para resolveros,
por único y perentorio,
sin exemplar, os concedo
veinte y quatro horas; y á fé,
que se conoce que os quiero,
porque nunca he dado tanto.

MARQUESA.

Lo creo así; mas yo tengo
muy lenta la reflexîon,
y vos sois, á lo que veo,
muy vivo, para que en este
asunto nos acordemos. *levántanse.*

CONDE.

¿Pero no es un disparate
malograr la edad, y el tiempo
en consultar si amareis,
ó no amareis?

MARQUESA.

Caballero,
ni sé si amaré, ni lo *séria.*
que tardaré en resolverlo;
pero no es tiempo perdido,
el que ahorra el sentimiento
de haber elegido mal, *séria.*

quando no tenga remedio.

CONDE.

Yo os admiro, Marquesita,
os admiro; mas no tengo
el honor de haber nacido
de casta de Caballeros
andantes, ni vine aquí
á hacer coplas: y supuesto
que sois de reflexion tarda,
en la soledad os dexo,
y me retiro por no
turbar vuestro entendimiento.
Ella se lo pierde; vaya *ap.*
que la muger es un leño. *vase.*

MARQUESA.

Apénas puedo alentar
del asombro con que quedo.
¿Esto es un hombre á la moda?
El hombre que llama el Pueblo
amable por excelencia?
El me hace el favor supremo
de decirme que soy linda:
¿y si juzgára mi genio
capaz de constancia, hiciera
la locura y el exceso
de amarme? Para que yo

resuelva ser su cortejo
me da veinte y quatro horas....
despues se va tan sereno....
¿De esta manera se abaten
las Damas, contribuyendo
á su desayre, y los hombres
las sujetan á su imperio
con tanta facilidad?
Detras de aquel alhagüeño,
de aquel seductor semblante,
(que si la verdad confieso
era agradable á mis ojos,)
¡qué presuncion, qué desprecio
de todo, si no de sí,
se encubrian! Ahora veo,
que la desgracia mayor,
y que el mayor vilipendio
de qualquier Dama, es dexarse
cortejar de un majadero.

# ACTO II.

*Sale el Page.*

PAGE.

¿Si estará por ahí Luisita,
para que me diga el cuento
de la riña que los amos
han tenido, con sus pelos
y señales? porque fuera,
en un criado defecto
reprehensible no saberle,
para referirle luego
á quantos se lo pregunten,
ó no pregunten.

*Sale* CRIADA 1.ª

¿Don Diego?

PAGE.

¿Qué hay, Teresita de mi alma?

CRIADA 1.ª

Ahora sí que ya podremos

hablarnos algunas veces.

PAGE.

¿Con que hay divorcio en efecto?

CRIADA 1.ª

Y para siempre.

PAGE.

Mejor:
oyes ¿qué hace el ama?

CRIADA 1.ª

Adentro
tomando está chocolate.

PAGE.

¿Y Luisa?

CRIADA 1.ª

Está previniendo
los trastos para vestirla.

PAGE.

¿Y sabes bien por extenso
la camorra, los motivos,
y cosas que se dixéron?

CRIADA 1.ª

Bien no; pero ántes que acabe
el dia de hoy lo sabremos.
¿Y la guitarra?

PAGE.

Debaxo

de aquella silla la tengo:
¿pero, por qué lo preguntas?

CRIADA 1ª.

Anda, sácala, que quiero
repasar las seguidillas
de anoche.

PAGE.

Yo no me atrevo;
porque están de mal humor.

CRIADA 1.ª

Será en el departamento
baxo, que por acá arriba
todo es risas y buréos.
La Marquesa dixo ahora,
que ínterin están comiendo
se repasen las tonadas
y juguetes que sabemos,
y compongamos las ropas
que requieren.

PAGE.

¿Con qué intento?

CRIADA 1.ª

Con el de hacer una folla,
y divertir al sereno
del Jardin á la tertulia,
por ser cortas para juego

las noches, y calurosas.

PAGE.

¡Magnífico pensamiento!
Cómo rabiará el Marques.

CRIADA I.ª

¿Y qué se nos da aquí de eso?
¿Sacas la guitarra, ó no?

PAGE.

Aquí la tienes, lucero
de la casa.

CRIADA I.ª

Toca, sol
del Rodrigon emisferio.

PAGE.

Pues canta tú, camarista
de los retretes de Venus.

CRIADA I.ª

Vayan las de á duo.

PAGE.

Vayan.

CRIADA I.ª

Pues no perdamos el tiempo.

*Cantan Seguidillas de gusto.*

*Sale* LUISA.

¡Bueno! ¿Teresa, no sabes
que la Ama se está vistiendo?

CRIADA 1.ª

No.

LUISA.

Pues por tí ha preguntado.

CRIADA 1.ª

¡Triste de mí! Voy corriendo. *vase.*

LUISA.

Y tú, holgazan....

PAGE.

No hay tal, que bastante trabajo tengo en tratar con quatro mozas bonitas, y de mal genio.

LUISA.

¿Y con quál te casarás?

PAGE.

Con ninguna; pero creo *campanilla.*
que viene la Ama, y llamaron.
A Dios, chusca. *vase.*

LUISA.

A Dios, mostrenco.

*Sale la* MARQUESA.

¿Qué haces aquí?

LUISA.

Estoy quitando las motas.

MARQUESA.

¿Y qué hace Diego,
que no responde?

LUISA.

Yo juzgo,
que ya la puerta han abierto.

*Sale el* PAGE.

Señora, la Capitana.

MARQUESA.

¿Por qué la detienes, necio?

*Sale la Capitana Doña Jacinta.*

D.ª JACINTA.

¡Viudita mia! Permite
que te abrace, y dé cien besos
en albricias de que ya
desde hoy te gozarémos
tus amigas.

MARQUESA.

¿Qué, ya sabes
lo que ha pasado?

D.ª JACINTA.

Al momento
que pasó me lo contáron
en casa ni mas ni ménos.

MARQUESA.

Pues me ha costado bastante

resolverme.

D.ª JACINTA.

Yo lo creo.
Pues aunque el amor y chistes
de mi Capitan, me acuerdo
que me cansaban bastante,
jamás me habria resuelto
á separarme de él; mas
dichosamente me hiciéron
los Ingleses este gusto,
ó este pesar. Lo que es cierto,
que me costó algunos llantos.

MARQUESA.

Pero se secáron presto.

D.ª JACINTA.

El primer amigo, que
me consoló, fué el espejo.
Bien temprano al otro dia
delante del Peluquero
me declaró, que aun podia
mi pesar tener remedio.

MARQUESA.

Y como tú eres tan docil
creiste tan buen consejo.

D.ª JACINTA.

La experiencia me mostró

que habia sido verdadero;
pues aun sin cumplir el mes
fué tomando un incremento
tan brillante mi tertulia,
empeñada en mi consuelo....
Pero volvamos á tí.
¿Querida, y ahora qué haremos?
Tú has de pensar que hoy empiezas
á vivir, en el supuesto
de la libertad que gozas.
No conoces tú el concepto
de decirse una muger
qualquiera.... Yo no dependo
sino de mi voluntad.
Yo soy toda mia, y puedo
hacer de mi capa un sayo.
¡Ah Marquesa! ¡Qué perfecto
estado! Verás floridos
desde hoy todos los terrenos
que pises: todo será
para tí fiestas y juegos:
tendrás á vandadas los
suspirantes Caballeros
al rededor de tu oido;
pero cuidado entre ellos
con la eleccion, porque de esta

pende tu gusto, el sosiego
de tu corazon, y la
vanagloria del acierto.

MARQUESA.

¡Jacinta, qué loca eres!
Me crees de tan poco seso,
que por verme libre, abuse:-

D.ª JACINTA.

Sí: yo seré loca; pero
fundada en las experiencias,
tengo tambien mis accesos
de razon, que te podrán
servir de mucho provecho.
Verbi gracia: estás peynada
hoy con un ayre tan nuevo,
tan elegante, que al punto
declara tus pensamientos
de pretension. Vaya, dime,
¿hay algo?

MARQUESA.

Será un efecto
de casualidad; pues nunca
en el tocador me he puesto
tan distraida.

D.ª JACINTA.

¡Ola, ola!

¿Distraida? Para eso
de distracciones, no hay quien
tenga mas conocimiento
que yo, hija, por las muchas
que cada dia padezco;
y apostaria::-

*Dentro* D.ª LAURA.

¿Está en casa?

MARQUESA.

Ahí está Laura.

D.ª JACINTA.

Tendremos
buen rato, porque vendrá
con D. Quintin de cortejo
en cierne, y es un almibar
para los ojos el verlos.

*Sale Doña Laura, y D. Quintin hablando aparte.*

D.ª LAURA.

El caso es escandaloso,
y ciertamente que siento
haya pasado en mi casa.

D. JACINTA.

Ya: bien dicen que lo bueno
se debe hacer desear.
Dos horas há que te espero.

MARQUESA.

Seas muy bien venida, Laura.

D.ª LAURA.

Bastante impaciente vengo;
pero acabo de tener
una aventura, por cierto
bien desagradable, que
me detuvo.

MARQUESA.

Con efecto
parece que vienes triste:
¿se puede saber?

D. QUINTIN.

Todo ello
es nada: es una miseria,
que no importará dos bledos.

D.ª LAURA.

Si yo no me interesára
de veras por todo aquello *á la Marquesa.*
que respeta á tu opinion,
lo sintiera mucho ménos.

D. QUINTIN.

Señora, repare usted *ap. á ella.*
la importancia del secreto.

MARQUESA.

¿A mí me interesa?

D.ª LAURA.

Sí.

MARQUESA.

¡En qué cuidado me has puesto,
muger! Habla.

D.ª JACINTA.

¿Para qué,
si dice este Caballero
que es todo una bagatela?
¿Sabes lo que es? Algun cuento
de tu marido, ó alguna
majadería que ha hecho.

D.ª LAURA.

No estás en el caso.

MARQUESA.

Hija,
que me lo digas te ruego.

*Sale el* PAGE.

Del señor Conde del Rollo
trae un Lacayo este pliego.

MARQUESA.

¿De quién?

D.ª LAURA.

¿Del Conde?

D. QUINTIN.

A Dios; todo

va á descubrirse al momento.

MARQUESA.

¿Y aguarda respuesta?

PAGE.

No
Señora: se fué corriendo,
porque dixo que su amo
estaba, no sé si muerto,
ó cómo.

MARQUESA.

¿Qué dices, hombre?
Mas del papel lo sabremos.
*Lee.*

„En fin, bella heroina del siglo, ya „os he hallado un Caballero sirviente. El „Baron y yo hemos tenido en casa de „Doña Laura unas palabras en quanto á „usted, de que ha resultado quedar yo „ménos ayroso; pero no ménos su amigo: „y como él es discreto y reservado, yo he „querido instruiros, porque sentiria mu„cho que el Baron perdiese el fruto de su „victoria. = El Conde del Rollo."

*Representa.*

¿Qué es lo que acabo de leer?
¿Qué aventura es esta, Cielos?

¿El Conde pudo llevar
su indiscrecion á este exceso,
y añade la impertinencia
de escribírmelo? No creo
que puede haber en Madrid
otro tonto mas perfecto.

D. QUINTIN.

No teneis de que asustaros;
porque esta aventura, lejos
de estaros mal, os hará
mucho honor en todo el pueblo.

MARQUESA.

¿Pero qué es?

D. QUINTIN.

La historia es corta;
y como testigo puedo
contarla al pie de la letra.
Desde aquí se fué derecho
el Conde á ver á esta Dama,
como disgustado y sério:
preguntámosle el motivo;
y al punto respondió, vengo
de ver á la Marquesita,
que ayer en los Recoletos
me citó para hoy temprano:
fuime: comenzó á hacer gestos

y chistes de Señorita:
tanto, que me puso presto
en precision de escurrirme,
porque ya me tenia seco
con sus si es... no... pues ya...
todo está dicho con esto:
por fin la dexé plantada.
Y por remate del cuento,
añadió, si yo me hubiera
tomado por pasatiempo
ó extravagancia, la pena
de fingirme como suelo
el amante apasionado....
la pobrecilla...

MARQUESA.

¡Ah perverso! *impaciente.*
Miente el pícaro.

D. QUINTIN.

Bien saben
todos que es un embustero.
Hallábase por ventura
allí el Baron de San Telmo,
que tiene ménos prudencia
que yo; y le dió un verdadero
testimonio de que no
creia nada de aquello:

picóse : salieron juntos,
y aunque los seguí á lo lejos,
no pude quitarle un par
de estocadas en el cuerpo
al tal Conde.

MARQUESA.

¿Y el Baron?

D. QUINTIN.

Sacó un piquete ligero
en la mano. Llevé al Conde
á su casa, y muy contento,
ínterin que el Cirujano
venia, pidió el tintero,
sin duda para escribiros
ese papel tan discreto.
Dexéle, y me volví á casa
de Madama : este es el hecho.

MARQUESA.

Sin duda soy desgraciada.

D.ª JACINTA.

¿Con que hoy no le tendremos?

D. QUINTIN.

¿Hoy? Ya tiene que rascarse
tres semanas por lo ménos.

D.ª JACINTA.

Y le teniamos citado

para escoger unos juegos
de hebillas de gusto, y cintas
de moda, que para esto
solo tiene habilidad:
pero las tres nos iremos
con el señor Don Quintin.

MARQUESA.

No estoy de ese humor, y quiero
hablar al Baron, si viene,
porque el lance sofoquemos
ántes que llegue al Marques:
á cuyo fin voy adentro
á dar una órden precisa.
Perdonad que al punto vuelvo. *vase.*

D. QUINTIN.

La Marquesita ha tomado
el asunto muy á pechos.

D.ª JACINTA.

Falta de uso: es una niña;
pero ya la formaremos.

D. QUINTIN.

Si el Baron quiere encargarse
de ese cuidado, ahora es tiempo.

D.ª LAURA.

Don Quintin, usté es un loco,
ó se excede en suponernos

tan fáciles á las Damas.

D. QUINTIN.

¡Ay, Señora! Que yo veo,
que una muger se defiende
muy mal de aquel Caballero
que la defiende muy bien;
y mas si el tal es sugeto
que agrada, y que no incomoda.

D.ª LAURA.

Decid ¿pues qué fundamento
teneis para persuadiros
que pueda agradar San Telmo
á la Marquesa?

D. QUINTIN.

Bien claro
está.

D.ª LAURA.

Pues yo lo entiendo.

D.ª JACINTA.

A fé que tiene razon;
y algun oculto misterio
podrá haber entre los dos,
que nosotras no sabemos.

*Sale la* MARQUESA.

¿De qué se trata, Señoras?

D.ª JACINTA.

Amiga, estamos haciendo
el elogio del Baron.

MARQUESA.

Que me ha obligado confieso
con la generosidad
de su buen procedimiento.

D. QUINTIN.

¿Qué dixe yo? ¿Ven ustedes
como soy buen agorero? *ap. á las otras.*

MARQUESA.

Aunque me ha picado, que
anduviese tan ligero.

D. QUINTIN.

Señora, un hombre de bien,
en mediando los respetos
de una Señora, se ciega.

MARQUESA.

Pudiera cegarse ménos.
Hijas, si teneis que hacer
no es mi ánimo deteneros,
que yo tambien necesito
media hora de sosiego;
pero os aguardo á comer.

D.ª JACINTA.

Eso se da por supuesto.

MARQUESA.

Y no solteis al Señor.

D.ª JACINTA.

Al instante volveremos. *abrazo.*

D.ª LAURA.

A Dios, hija.

MARQUESA.

¿Para qué,
si al instante hemos de vernos?

D. QUINTIN.

No es fineza; es la costumbre
del abracito, y el beso. *vanse los* 3.

MARQUESA.

En fin, ya estoy enterada
de todo, y no sé si debo
agradecer al Baron
el interés y el esfuerzo;
ó reprehenderle que tan
facilmente me haya expuesto
á ser asunto en Madrid
de tertulias y paseos.
Lo que importa prevenir
sobre todo es el secreto,
y á este fin le hice llamar,
aunque su venida temo;
pues si quien le dió el impulso

fué su amor... no... sé... ¿Qué es eso?

*Sale el* PAGE.

Este papel.

MARQUESA.

¿De quién es?
Hoy todo me asusta. Leo.

*Lee.*

„Prima de mi vida: El Pintor que „hizo tu retrato, acertó de modo, que „quiero que haga el mio. Un año há que „mi marido me atormenta porque se le dé „para una sortija, y al fin me he resuelto „á dársele para sus dias; pero no quiero „que lo sepa nadie mas que los tres. A este „fin iremos á las cinco de la tarde á tu casa „de incógnito: él me asegura que no ne„cesita mas de una hora para tomar el ayre „del rostro, y lo demas del tiempo lo pa„sará contigo para darte gracias tu Prima „de corazon. = Petra Hipólita."

*El sobrescrito al Page, y vase.*

*Representa.*

Estoy yo para aventuras
por hoy ciertamente; pero
ella para no salir
me servirá de pretexto.

*Dentro* BARON.

¿Está en casa esta Señora?

MARQUESA.

Dí que está bien, que la espero.
Báron ¿por qué no entra Usía?
Acércale aquí un asiento. *al Page, y vase.*

*Sale el* BARON.

Aguardaba la licencia.

MARQUESA.

Sois de este quarto muy dueño.

BARON.

Aquí me teneis á todo
quanto ceda en vuestro obsequio.

MARQUESA.

¿Cómo estais? *se sientan.*

BARON.

Bueno, Señora.

MARQUESA.

Hablad formalmente. ¿Bueno?

BARON.

¿Por qué me lo preguntais
segunda vez? No lo entiendo.

MARQUESA.

Yo lo sé todo, Baron:
que Don Quintin de Acevedo,
que ha sido testigo, me

lo ha contado por extenso,
y os llamo para deciros
mi justo resentimiento.

BARON.

Pues supuesto ya, Señora,
que él os reveló un secreto,
que pensaba por mi vida
sepultar en el silencio,
no condeneis mi conducta,
sin escucharme primero.

MARQUESA.

Dudo que encontreis disculpa,
y estoy...

BARON.

¿Pude yo hacer ménos,
Señora? ¿Quál es el hombre
de forma, que aun no teniendo
interés por una Dama,
en qualquiera lance de estos
no se acalora, y defiende
su opinion y sus respetos?
Ved qué hará el que sea testigo
de que un fatuo está ofendiendo
el honor de la persona
mas digna en el Universo
de aplauso, y que mas estima

el propio que lo está oyendo.

MARQUESA.

Conozco vuestra grandeza
de ánimo; pero no puedo
aprobar vuestra conducta,
ni perdonar que un sugeto,
de la importancia que vos,
me comprometa en el riesgo
de ser fábula de todos.

BARON.

Yo solo hice lo que debo;
otro en mi lugar haria
mas quizá, y con mas estruendo.

MARQUESA.

¿Y qué mas pudiera hacer?
En fin, ya pasó; yo cuento
con vuestro juicio y prudencia,
y la gratitud no niego
que debo á vuestro valor.
Mas no tendré que deberos
si me faltaseis::-

BARON.

Señora,
¿y de mí podreis creerlo?

MARQUESA.

No, que para dudar de

vuestro pundonor os creó
amigo muy generoso,
y amigo no de estos tiempos.

BARON.

Ese título, Señora,
me lisongea; y contento
de haberle logrado, á él
limitára mis anhelos,
si mis cuidados y finas
ansias no me hubieran puesto
en precision de esperar
aun mas de lo que merezco.
Sí, Marquesita, yo os amo,
vos lo sabeis, y me tengo
por el mas infeliz hombre
de todo el mundo; si vuestro
corazon no corresponde
al mio, como apetezco.

MARQUESA.

Esa confesion tan clara
da sobrado fundamento
á sorprenderme; y si yo
os estimára algo ménos,
solo os respondiera para
no volver jamás á vernos.
Conozco que pretendeis

exîgir muy pronto el premio
del peligro á que por mí
poco há os habeis expuesto.

BARON.

Señora, eso es confundirme.
¿Me teneis en el concepto
de tan cobarde?

MARQUESA.

No; yo
os hago justicia, y esto
de las ansias y cuidados,
que ahora declarais que os cuesto,
dias há pude advertirlo,
si no pude agradecerlo.

BARON.

¿Y por que?

MARQUESA.

Porque ligada
ya con los lazos perpetuos
é indisolubles, las leyes
solo del honor atiendo;
y es fuerza sea insensible
á la voz de otros afectos.

BARON.

¿Ahora citais esas leyes?
Si hicieran todas lo mesmo

fuera la vida insufrible.

MARQUESA.

Ese es un moral muy nuevo
para mi oido, que nunca
supe, ni saberle quiero.
Yo soy muchacha, y no soy
insensible, lo confieso;
mas mi sensibilidad,
mi edad, y algun mal consejo,
nunca podrán distraer
mis errados pensamientos.

BARON.

La confesion de mi amor
os irrita, ya lo veo,
Señora, y por mi desgracia
me aborreceis.

MARQUESA.

No por cierto,
Señor Baron, y estoy tan
distante de aborreceros,
que os estimo; y mas diré,
que si alguna vez mi pecho
llega á inclinarse, serán
las muchas pruebas, el tiempo,
y una habitual confianza
de la intencion del sugeto,

las que la eleccion disculpen,
ya que no puedan el yerro.

BARON.

Bella Matilde, me dais
la vida, pues á lo ménos
me queda alguna esperanza:
permitid que á los pies vuestros
rendido::- *de rodillas.*

MARQUESA.

¿Qué es lo que haceis? *se levanta*
Ved que con tales extremos *enfadada.*
solo podreis conseguir
desde hoy mi aborrecimiento.

BARON.

Antes de exponerme á él
diera mil vidas.

MARQUESA.

Yo creo
que os he dicho mucho mas
que era razon; y callemos,
pues digo que vuelven ya
las amigas.

*Salen Doña Jacinta, Doña Laura, y D. Quintin.*

LOS TRES.

¡Bueno, bueno!

D.ª JACINTA.

¡Los dos mano á mano, lindo!
y el Baron está suspenso,
y triste. ¿Le has regañado?

D.ª LAURA.

Si lo mereció, bien hecho.

D. QUINTIN.

El se sabrá disculpar;
no hay por qué compadecerlo.

D.ª JACINTA.

Venimos de hacer, Marquesa,
los mas bonitos empleos
del mundo; y aunque de prisa,
allí escogidas te dexo
tres batas de los colores
de última moda, y muy bellos.

MARQUESA.

¿Qué colores son?

D.ª JACINTA.

La una
es de color de escremento
de ánade: la otra color
de calabacin relleno;
y otra mezcla de puzó,
verdolaga, y caramelo.

D.ª LAURA.

Ayer llegaron de Francia.

D. QUINTIN.

Se chupará usted los dedos
al verlas.

D.ª JACINTA.

Ya he prevenido
que te las trayga un mancebo.

D.ª LAURA.

Yo he tomado las iguales
con tener ménos dinero
que tú.

D.ª JACINTA.

Madama Chonchon
es la única que tenemos
aquí de buenos surtidos.

D. QUINTIN.

Y barata, en conociendo
que la han de dar lo que pida.

D.ª JACINTA.

No es cara: mira en seiscientos
reales qué hebillas, y tienen
de plata mas de tres pesos.

*Sale un Criado con una servilleta al hombro.*

CRIADO.

La comida está servida,
Señora.

MARQUESA.

Al instante iremos.

D.ª JACINTA.

Quanto ántes, porque yo
tengo un hambre que me pelo.

D. QUINTIN.

¿Teneis duendes en los cascos,
Baron? Hoy no es dia de eso,
hombre.

D.ª JACINTA.

Viva la alegria.
¿Qué falta nos hace el necio
del Conde? y tú, mi Marquesa,
pierde de una vez el miedo,
y haz quanto te dé la gana,
como las demas hacemos.

D. QUINTIN.

Viva ese corazonazo:
nuestra Capitana á ellos.

D.ª JACINTA.

A fe de muger de honor;
me hallo de tan placentero
humor hoy, que soy capaz
de embromar al universo:
vamos, niña, que es preciso
celebrar con vino y versos
el dia feliz, que vuelves
á salir del cautiverio.

BARON.

Vamos, Señora. *entránse de tropel.*

MARQUESA.

Id entrando,
que ya os sigo. ¡Justos Cielos! *reflexiva*
nada deseaba mas *y ap.*
que la libertad; y advierto,
que en ella mi corazon
está mucho mas inquieto.

# ACTO III.

*Sin acabar la música del entreacto sale el Marques pensativo, y se tira en una silla de brazos. Poco despues sale Anselmo como temeroso; luego que le ve se levanta el Marques, cesa la música, y le dice:*

MARQUES.

¿Dónde está Matilde? ¿Qué hace?

ANSELMO.

Señor, aun está en la mesa
con algunas gentes.

MARQUES.

¿Dónde
están comiendo?

ANSELMO.

En la pieza

del Norte, que está al Jardin.

MARQUES.

Basta. Una silla me acerca,
y aguárdate. Bien lo habia *se sienta.*
yo previsto en mis ideas,
que tendria una muger
como muchas. No me queda
ya recurso, ni aun la duda
de ser mi desgracia cierta.
Yo me veo combatido
de cien pasiones diversas.
¿Serán aborrecimiento,
que ya tengo á la Marquesa?
Eso no: porque la amaba
mucho para aborrecerla.
¿Serán zelos? No: conozco
demasiado su entereza
y honestidad, para que
tan facilmente la ofenda....
¡En qué confusion estoy!
Dadme, Cielos, resistencia.

ANSELMO.

¡Ay, Señor amado! ¿Quién
habrá que no os compadezca?
¡Si supierais el desórden
que en toda la casa reyna

desde esta mañana! Los
criados que se reserva
mi Señora, con los vuestros,
por todo riñen y altercan.
Unos gritan, otros lloran,
otros callan, y desprecian
la comida; otros la cogen
sin servir, y se la llevan.
¡Qué destrozo de viandas,
de postres, y de botellas!
Aun á mí propio, porque
iba á tomar de la mesa
del repuesto dos perdices,
que habian sobrado enteras,
un Lacayo de mi ama
me dió en la mano derecha
con el corte de un cuchillo,
diciendo con desvergüenza:
Suelte usted, y con las sobras
del ama nunca eche cuentas.
¡Qué confusion! ¡Qué desórden!

MARQUES.

¡Pues aun es una ligera
imagen de la que tengo
dentro de mí! Ten paciencia,
que yo mandaré mañana

á todos que te obedezcan,
y respeten como es justo.
¡Ah, Matilde! Tú que eras
tan digna de ser dichosa,
¿por qué quieres indiscreta
que unidos no lo seamos?
Yo creí que una fineza
constante, que una amistad
viva, y una complacencia
cariñosa, y sin exceso,
hiciesen feliz y eterna
nuestra union. ¡Vanos proyectos!
¡Ah! ¡qué facilmente yerra
el hombre en sus prevenciones,
si el Cielo no las gobierna!

ANSELMO.

D. Leonardo viene.

*Sale D. Leonardo de vestido sério decente, y el Marques se levanta, y arroja en sus brazos. Anselmo se retira.*

MARQUES.

Amigo,
ya tienes en tu presencia
al hombre mas desgraciado,
que has visto sobre la tierra,

y aun el mas inconsolable.

D. LEONARDO.

Ya vengo en inteligencia,
querido Marques, de todo;
y he vuelto sobre mí apénas
del pesar, y admiracion
á que me obligó tal nueva,
quando vengo á acompañarte,
y á participar tus penas.

MARQUES.

¡Ah, Leonardo! tus consejos
son causa de que las tenga.

D. LEONARDO.

¿Te atreves á hacerme cargo
de tan mal fundada queja?

MARQUES.

Perdona, querido amigo.
Yo habia creido que en fuerza
de tu opinion, ocultando
en mí parte de la inmensa,
de la excesiva pasion
que tenia á la Marquesa;
que en dominando el delirio
con que amaba su belleza,
seria mas segura, mas
firme su correspondencia.

¡Mas qué frivola esperanza!
Ella lo creyó tibieza,
y de todos mis desvelos
fué premio la indiferencia,
á que sucedió el disgusto,
y escándalo en que me encuentras.

D. LEONARDO.

Tranquilízate, que el mal *con dulzura.*
no es incurable.

MARQUES.

¿De veras? *ansioso.*
¿Mas qué remedio haber puede,
ni qué mas que hacer me queda?
Mi gusto, mi estimacion,
y desatino por ella
han sido públicos. Mas.
La he disimulado aquellas
distracciones disculpables
en su edad, y su viveza.
Yo no he empleado otros medios
que la dulzura con ella,
y mis buenos procederes,
deseoso de atraerla
á mí; pero no bastáron.

D. LEONARDO.

Pues aun ménos consiguieras

con reprehensiones, enojos,
amenazas, y violencias.
Moderate tú, que yo
conozco á nuestra Marquesa:
y los principios que tiene
de educacion, la pureza
de su espíritu, y el justo
modo con que siempre piensa;
confio que brevemente
mejorada te la vuelvan.

MARQUES.

No me lisongeo. Nave
que sin norte y experiencia
á los peligros del golfo
se abandona á toda vela,
¿cómo ha de poder librarse
de escollos, y de tormentas?

D. LEONARDO.

Antes de que le conozcan
varios al mundo se entregan;
mas luego que le conocen,
huyen de él, y le desprecian;
que alumbrada la razon,
entónces obra mas cuerda.

MARQUES.

Pero sin conocimiento

del mundo, una muger bella,
muchacha, graciosa, y rica,
¿cómo ha de hacer resistencia
á las continuas lisonjas,
á la seduccion perpetua,
y á las aficiones de
su propia naturaleza?

D. LEONARDO.

Ella conocerá pronto
la insipidez y molestia
de los placeres que busca:
la locura de las hembras,
la vanidad de los hombres,
y la falsedad perversa
de los unos, y los otros:
de suerte, que quando vuelva
virtuosa, su virtud
será mas constante y cierta,
porque ya conoce el modo
de conservarla ó perderla.
Así espero que Madama
ha de volver; pero cuenta,
no te afanes por buscar
un corazon que ella mesma
debe traer á tus manos.
Dala lugar á que venga,

que ella vendrá, y puede ser
mucho ántes que tú piensas.

MARQUES.

Querido Leonardo mio,
¡ah! qué bien me lisongeas;
pero conozco que son
todas astucias discretas
para evitar los furiosos
efectos de mi impaciencia.

D. LEONARDO.

Te hablo con sinceridad,
y mis discursos esperan
que el tiempo los justifique.
Lo que pretendo es, que creas
á un amigo que te ama:
todo á mi arbitrio te entrega:
dexa que yo te gobierne,
y vente conmigo: esta
casa te acuerda el motivo
del dolor, y le acrecienta:
ven á donde le disipes,
le calmes, ó le diviertas.

MARQUES.

Es imposible.

D. LEONARDO.

Perdona,

que como tú me prometas
dexarte curar, yo tomo
tu enfermedad á mi cuenta.

MARQUES.

Ya me abandono en tus brazos,
como que ya no me queda
otro arbitrio.

D. LEONARDO.

¿Anselmo?

*Sale Anselmo.*

MARQUES.

¿Anselmo?

D. LEONARDO.

Trae un sombrero qualquiera
á tu amo, y un baston.

MARQUES.

Y trae la espada. *vase Anselmo.*

D. LEONARDO.

Es superflua:
y vámonos, que mi coche
está con tiro á la puerta,
nos esparciremos ambos.

MARQUES.

Vamos á donde tú quieras,
amigo. Yo lo consiento:

*Saca Anselmo sombrero y baston.*

daca; pero quando intentas
aliviarme, de mí propio
me arrancas á toda fuerza.

*Vanse, mirando el Marques al quarto de su muger con ansia.*

ANSELMO.

Pobre amo del alma mia.
El morirá de tristeza,
y yo de verle penar.
¡Ayer qué delicia era
verlos alegres y unidos!
y hoy no hay parte á donde vuelva
los ojos sin afligirme.

*Sale la* MARQUESA.

¿Anselmo, pues á qué entras
aquí? ¿Cómo no acompañas
al Marques? ¿Por qué le dexas?

ANSELMO.

Ha venido Don Leonardo,
y acaban de salir fuera
los dos juntos. ¡Ah, Señora!

MARQUESA.

¿Qué dices? ¿De qué te quejas?

ANSELMO.

Si ahora le vieseis, yo sé

que á compasion os moviera.
En su gabinete ha estado
toda la mañana entera,
sin vestirse, ni peynarse:
no comió, ni durmió siesta.
Ya mira vuestro retrato,
y suspira: ya se sienta,
ya anda, ya llora, ya calla,
ya habla, sin que se entienda:
y temo, como esto dure,
que pare en una dèmencia.

MARQUESA.

Basta. Vete de aquí, Anselmo.

BARON.

¿Estais ocupada? *á la puerta.*

MARQUESA.

Venga,
venga acá, señor Baron.

ANSELMO.

¡Cómo me tratan! paciencia. *vase.*

MARQUESA.

Yo quiero absolutamente
me manifesteis ¿qué idea,
qué ilusion se ha apoderado
de vos mas há de hora y media,
y os tiene triste y confuso?

BARON.

No es dificil conocerla,
y mas para vos, Señora.
Despues que ya os tengo hecha
declaracion de mi amor,
¿puede haber duda que os quepa
del estado de mi alma?

MARQUESA.

Dificil es que os entienda. *dudosa.*
¿Qué es lo que quereis decir?

BARON.

Que mi genio no tolera *sério.*
mucho, y le estais exponiendo
á las mas crueles pruebas.

MARQUESA.

¿Quién? ¿Yo?

BARON.

Sí, Señora, vos.
Y las atenciones vuestras
por el señor Don Quintin,
las miradas en la mesa,
el cuidado de servirle,
y otras muchas complacencias,
ya me han hecho abrir los ojos
mas de lo que yo quisiera.

MARQUESA.

Y en fin ¿qué habeis penetrado? *templada.*

BARON.

Que es la muger una fiera, *fuerte.*
es un tirano, que á todos
á su imperio los sujeta,
solamente por hacernos
esclavos de su soberbia;
é idólatra de sí misma,
hace de nuestra flaqueza
una diversion, y un triunfo
del infeliz que atormenta.

MARQUESA.

Os deben dar muchas gracias *con ironía*
las mugeres que lo sepan;
y admiro la apología.
Pero hablando ya de veras,
¿qué es de lo que os quejais?

BARON.

En mí, Señora, no hay queja;
pero veo sois lo propio
que las demas Petimetras
de vuestro siglo.

MARQUESA.

Si hubiese
yo dado lugar, creyera

que andan un poco los zelos *templada.*
con vuestro discurso á vueltas.

BARON.

¡Un poco, Señora! ¡un poco! *fuerte.*
El hombre que á amar se entrega
enteramente, no puede
jamas ser zeloso á medias.

MARQUESA.

Sosegaos, Señor Baron;
y decidme con franqueza: *pacífica.*
¿os ha dado Don Quintin
alguna sombra ligera
de cuidado?

BARON.

Permitidme,
que á repetirlo me atreva.
Yo vivo para vos sola;
y si igualmente me fuera
vuestro corazon sensible,
¿qué os importa toda esa
tropa de gente importuna?

MARQUESA.

¿Aun no teneis quien ofrezca,
y ya exîgis sacrificios?

BARON.

¿Y por qué no? Si supierais

amar, os costáran poco:
yo lo juzgo por mi mesma
pasion. Exîgid, Matilde,
de mí quantas experiencias
gustareis, por mas penosas,
por mas terribles que sean,
vereis si mi corazon
se resiste ó titubea.
El gusto de complaceros
seria mi recompensa,
y todas las privaciones
para mí serian fiestas.

MARQUESA.

En realidad lo creeis *con flojedad.*
así; pero es apariencia:
cada privacion parece
separada, llevadera;
pero muchas juntas, luego
se resisten, ó se dexan:
os fatigarais muy pronto
con la continuacion de ellas;
y el deseo que mas logra,
tiene ménos permanencia.

BARON.

¿Qué me dexa que dudar
lo frio de tal respuesta?

Dignaos solamente de
disuadirme las sospechas
que me originan las dudas
espantosas que me cercan.

MARQUESA.

Amigo, los sacrificios
de las hidalgas finezas,
se hacen en el corazon,
y el silencio los reserva.
El amor propio los quiere
solemnes, y que se vean:
las victorias que consigue
poco su corazon llenan,
sin los públicos honores
de los triunfos que celebra:
y esto es á lo que aspirais.

BARON.

¿Y el hablar de esa manera
es amor? ¿Pero qué digo?
Concluyamos la materia,
Señora.

MARQUESA.

Muy bien.

BARON.

Yo os amo
con la inclinacion mas cierta

y firme por mi desgracia;
y por daros una prueba,
sacrificára mil vidas,
y mil almas que tuviera;
pero Quintin, Don Leonardo,
el Conde, todos me inquietan.
Yo no respondo de mí,
si vuestro quarto freqüentan;
con que si me estimais, nada;
nada puede haber que os sea
mas precioso que mi gusto
y tranquilidad.

MARQUESA.

Es séria
la proposicion: ¿con que
para destruir vuestras quejas,
es preciso que yo haga
una renuncia completa
de todo, si no de vos?

ARON.

Si Señora, es mi temá,
ó una debilidad mia,
y la inquietud que me altera
tambien podrá ser locura;
mas ¿cómo es fácil que pueda
yo tranquilizarme en viendo

que todos quantos os cercan,
tanto como yo, ó quizá
mucho mas os interesan?

MARQUESA.

¡Con qué reconocimiento
os debo vivir desde esta
misma hora! Sí, Baron;
pues vuestro genio me enseña,
que no se da esclavitud
comparable con aquella,
en que un amante zeloso
nos domina, y nos estrecha.

BARON.

¿Yo os hago esclava, Señora?

MARQUESA.

Basta ya de controversias.
Vos me sacais de un error,
que es dificil que me vuelva
á alucinar. Sed mi amigo,
si podeis serlo: no os queda
otro título en mi casa,
y aun este por conseqüencia.

BARON.

¡Cruel! Vos quereis mi muerte.
¿Pues qué crimen me condena?

MARQUESA.

Estimaros mucho, y
no estimarme á mí de veras.

BARON.

Juro...

MARQUESA.

No jureis, que ya
conocí vuestras ideas.
Los zelos en vos son vicio
de carácter, sin enmienda;
y quitandoos la razon
de ser zeloso, por fuerza
habreis de dexar de serlo.

BARON.

Si quedais tan satisfecha *picado.*
de conocer mi carácter,
dexad que me desvanezca
tambien de haber conocido
yo el vuestro: que la entereza
de una alma fiel y sencilla
como la mia, se acuerda
dificilmente, ó tal vez
nunca, con la ligereza
de vuestros caprichos. Solo
un Conde del Rollo, era
el hombre que os convenia;

y yo he sido un necio en esta
ocasion, pues de otro modo
pude::-

MARQUESA.

Contened la lengua, *fuerte.*
y no acabeis el discurso,
Baron. Idos allá fuera,
ó si no yo me iré por
evitaros la vergüenza
de aparentar un obsequio
para hacer muchas ofensas.

BARON.

Ya me voy: á Dios, Señora;
y me voy con la protesta
de no volver en mi vida
á daros otra molestia. *vase.*

MARQUESA.

Ved los hombres. ¡En qué abismo,
pobre de mí, sin cautela,
me iba yo á precipitar!
¿Me dió la bondad Suprema
un corazon tan flexible
solo para que le hiciera
yo la diversion de un tonto,
ó la víctima perpetua
de un zeloso? ¡Ah! ¡Quánto mas

merece la indiferencia
simple del Marques! y en este
caso, yo la prefiriera.
A la verdad es un sabio,
que no hay cosa que le mueva,
ni le altere en este mundo;
pero él me amaba de veras:
y si una contradiccion
me hacia, con qué nobleza,
qué agrado, dándome mil
satisfacciones á cuenta...
y esto, siendo mi marido.
¡Qué notable diferencia!...

BARON.

Señora, á los pies de Usía, *pasando sé-*
y perdonad mis molestias, *rio, y vase.*

*Salen los de la comida.*

D.ª JACINTA.

¿Qué es esto? ¿Qué te ha pasado
con nuestro Baron, Marquesa?
que acabamos de encontrarle
tan turbado, y tan de priesa,
que pasó junto á nosotros
sin saludarnos, siquiera.

MARQUESA.

No sé, será algun vapor,

que se disipará apénas
le dé el ayre.

D.ª JACINTA.

No lo creo:
tú le has hecho alguna y buena,
porque él salia furioso.

MARQUESA.

Hay dias que se le altera
la bilis, y esté será uno.

D.ª JACINTA.

Puede ser; mas no se llega
nunca á exâltar á esé punto
sin motivo que la impela;
y sin duda has sido tú
el impulso.

MARQUESA.

No lo creas.
Don Quintin, parece que
es la causa manifiesta
de su desesperacion.

D. QUINTIN.

¿Yo lo soy? ¿De qué manera?

MARQUESA.

Porque se ha escandalizado
de que os mirára diversas
veces yo, y con vos tuviese

conversacion en la mesa.

D.ª JACINTA.

Pues eso no tiene precio. *riyéndose.*

D. QUINTIN.

Le conozco esa flaqueza,
y es tan animal, que quando
ve á una muger, y se empeña
en amarla, es capaz de
volverse loco por ella.

D.ª JACINTA.

Yo nada extraño, y así,
desde luego dixe á esta,
no era para tí San Telmo.

D.ª LAURA.

¿Con que es zeloso de veras?

D. QUINTIN.

Como un tigre: no ha ocho dias
que rompió con una bella
Dama, que amaba en extremo,
y no sin correspondencia,
porque al perro de un amigo,
que iba con él, hizo fiestas.

D.ª JACINTA.

Ese es mucho frenesí,
Señores... Pero Marquesa,
van á dar las quatro, y

hoy tenemos funcion nueva
en el Corral de la Cruz.

D.ª LAURA.

Si quieres venir á verla,
mi aposento está á tus pies.

D.ª JACINTA.

Yo á todo quanto tú quieras
estoy lista, y el Señor
es necesario que venga
tambien.

MARQUESA.

Yo, amigas, no puedo:
idos muy en horabuena,
porque aguardo á una persona.

D.ª JACINTA.

Alguno... ya; no me seas
gazmoña. Vamos, Compadre,
que puede vuestra presencia,
como ha irritado al Baron,
inquietar á otro qualquiera.

MARQUESA.

Te engañas mucho, Jacinta.
Bien al contrario. Me hiciera
el Señor un beneficio
en quedarse. A una Parienta
aguardo, que pasar debe

conmigo la tarde entera,
y terciando con las dos
seria ménos molesta.

D. QUINTIN.

Será para mí, Señora,
la dicha mas lisongera.

MARQUESA.

Si habeis dado en otra parte
palabra, nada os detenga.

D.ª JACINTA.

A Dios, hermosa, y á fe
no voy de tí muy contenta,
que estás aun muy en bosquejo,
y á todos los desesperas.

D.ª LAURA.

Ya que al Señor te dexamos,
ten un poco de indulgencia
á lo ménos con el pobre,
que bien necesita de ella.

D.ª JACINTA.

El es algo tonto; pero
es mozo de buenas prendas.

D. QUINTIN.

Señora, en verdad...

D.ª JACINTA.

No hay que

replicar; y si se acuerda
de las que me debe, no
extrañe que se las vuelva.
¿Me habeis entendido? Vamos.
A Dios, querida Marquesa.
En paz, amigo; y cuidado,
que el lance quiere destreza.

D.ª LAURA.

A Dios, hija... *vanse las 2.*

MARQUESA.

Agur, amigas.
Deseando que se fueran,
estaba....

D. QUINTIN.

Yo mucho mas.

MARQUESA.

Para respirar siquiera
un rato.

D. QUINTIN.

Yo, por deciros,
que aun no sabeis lo contenta,
que podeis estar de haberos
librado de las simplezas
del Baron.

MARQUESA.

Mejor lo sé

que vuestro juicio lo piensa.

D. QUINTIN.

¡Qué habiais de hacer de este hombre
con la cara macilenta,
moralizándonos siempre,
arguyendo por sistéma,
y presumiendo de sabio?...
¡Y aun esto se le pudiera
perdonar; pero zeloso!
¡Querer, que no seais atenta!
¿Y conmigo? Eso es muy fuerte,
y demasiada soberbia.

MARQUESA.

¡Qué mal hombre! ¡Qué carácter
tan imperioso! A qualquiera
muger hará desgraciada.

D. QUINTIN.

¡De él á mí, qué diferencia!
No tengo, gracias á Dios,
cosa que se le parezca.
Yo no sé mas que dos cosas,
ni necesito otra ciencia:
divertirme, y divertir
á quantos se me presentan.
Conozco el mundo, y sé que
la constancia, y las finezas

adormecen los placeres;
y que solo los despierta
el capricho, con el vario
ruido de sus vagatelas.

MARQUESA.

Tambien he observado yo,
que á veces la displicencia
procede de la igualdad
en el carácter.

D. QUINTIN.

Por esa
razon, yo estoy en el ayre
siempre. ¿Yo pasiones sérias?
Guarda. La coquetería
es, segun plumas modernas,
y mi observacion, el alma
de la Sociedad; y en prueba,
la Dama que da en ser fina,
á largo tiempo nos seca:
con que es preciso haya otra
que á un hombre le restablezca,
y lo mismo por nosotros
las Señoras, *vice-versa*.

MARQUESA.

Conmigo podeis al fin
hablar con toda franqueza.

D. QUINTIN.

Eso es lo que yo deseo,
y lo que yo busco cerca
de una Dama, hablar de todo,
y que se toquen materias
en que combata; y si es
posible, que se defienda.

MARQUESA.

¿Si es posible? Ese discurso
mucha vanidad demuestra.

D. QUINTIN.

Nadie lo es ménos que yo,
y vivo en inteligencia,
que no me buscan por mí,
sino es por mis excelencias.
Yo tengo un grande talento,
yo he nacido con nobleza,
yo tengo una gran figura,
yo tengo famosas rentas,
y tengo un espíritu lleno
de gusto y magnificencia.
Mas como estas calidades
sobresalientes no pueda
yo habérmelas dado á mí,
no me alabo de tenerlas.

MARQUESA.

Cierto, señor Don Quintin, *con ironía.*
que encanta vuestra modestia:
aunque en vos un poco ménos
de disipacion quisiera.

D. QUINTIN.

¿Quereis hacer un prodigio
conmigo? Pues vamos: ea,
hacedme cuerdo de un golpe.

MARQUESA.

Creed que como pudiera
no apeteciera otra cosa
mejor; mas decir os resta,
en qué consiste el prodigio.

D. QUINTIN.

En un ápice, Marquesa.
Entrambos somos muchachos:
yo soy amable, vos bella:
vos teneis sobradas gracias:
yo una figura estupenda:
tambien de nuestros humores
hay semejanza perfecta,
con que...

MARQUESA.

¿Qué?

D. QUINTIN.

En una palabra:
yo siento que amor me lleva
hácia vos, y no podeis
hacer cosa mejor hecha,
que sacrificarme toda
la dulce libertad vuestra.

MARQUESA.

Pero, Señor, si sintieseis
de amor la llama violenta
por mí, como asegurais,
y es difícil que yo crea,
ya estuviera hecho el prodigio:
que amor, por su virtud mesma,
os habria dado cordura.

D. QUINTIN.

Pero no, Señora. Es fuerza
ser justo. Yo por el vuestro
me aparto sin resistencia
de todos los corazones
que hasta ahora he rendido: pierda
ó gane, esta es una suerte
del juego, y quiero exponerla.
Pero hay un cambio que hacer,
Señora; porque en conciencia
no me podeis obligar

á una renuncia completa
de las diversiones, ni
al abandono de aquellas
cosas, á que acostumbrado
estoy por naturaleza.

MARQUESA.

¿Creeis, por haceros cuerdo,
que habia yo de ser necia?
¿Y habeis pensado igualmente
lo que á una muger estrechan
sus mismas obligaciones,
el honor, y la tremenda
fidelidad conyugal?

D. QUINTIN.

¡Oh, qué escrúpulos, Marquesa!
¿Sabeis lo que es el honor?
Es una gran friolera
para mí, y para otros muchos
que son de mi propia escuela.

MARQUESA.

¡Y se sufren unos hombres, *admirada.*
que así hablan y aconsejan!
Señor Don Quintin, yo empiezo
á dudar mucho de nuestra
semejanza en los humores;
y conozco por la bella

difinicion que os he oido,
que pasariamos penas
insufribles los dos para
combinar nuestras ideas:
y si para corregiros
el juicio no hay mas receta,
la cura es muy arriesgada,
y yo no me encargo de ella.

*Sale* LUISA.

Señora, un hombre decente
con una capa de seda,
y que debaxo del brazo
trae una caxa encubierta,
pretende veros: le he dicho
diez veces, que ahora no era
ocasion; pero él insiste
en que ha de hablaros por fuerza.

MARQUESA.

Sin duda este es el Pintor,
de que ya me avisó Petra
Hipólita. Voy á verle,
y á conducirle á la pieza
mas reservada. No os vais, *á D. Quint.*
que pronto daré la vuelta.

D. QUINTIN.

¿Os sigo, Señora?

MARQUESA.

No,
que el caso pide reserva. *vase.*

LUISA.

En esto hay algun misterio,
que no quieren que yo sepa;
y él es el Pintor que hizo
á mi ama, segun las señas,
el retrato, habrá seis meses;
pues yo tengo la sospecha
de que va á hacer otro, y esto
me va ya oliendo á canela.

D. QUINTIN.

¿Qué estás hablando entre dientes?

LUISA.

Ni entre dientes, ni entre muelas
hablo: se equivoca Usía.

D. QUINTIN.

¿A mí te vienes con esas?
¿Misterios conmigo, he?
A tu edad de primavera,
y con esos ojos, yo
te permito que los tengas.

LUISA.

¿Se burla Usía de mí?

D. QUINTIN.

No por mi honor, hechicera.
Y es preciso ser tu ama,
ó muy vana, ó muy modesta,
para tener á su lado
una criada tan bella.

LUISA.

Usía quiere reirse
un ratico á mis expensas,
segun yo veo; pues vamos,
prosiga la cantinela.

D. QUINTIN.

Te juro que no: tu ama
es bonita y petimetra;
¿pero tiene ella ese ayre
tan fino, esa gentileza,
esa estatura de dixe,
ni esos ojazos de guerra?
Eso solo habia de estar
destinado á la nobleza.

LUISA.

Reservad para mi ama,
Caballero, esas finezas,
y advertid que vendrá pronto.

D. QUINTIN.

Puede ser que se detenga.

Mira, Luisita, si todas
las criadas de aquí fueran
como tú, todas las amas
de Madrid se caian muertas.

LUISA.

¡Ay, Señor! Esas dulzuras
no están á mi cuerpo hechas,
regáleselas Usía
á otra que mejor le vengan.

D. QUINTIN.

Te vuelvo á jurar que no.

LUISA.

Caballero, Usía no piensa
en que mi ama puede oirlo,
y diria::-

D. QUINTIN.

Calla, necia.

*Al paño la* MARQUESA. *va á salir,*

Esta es mucha confianza:
oygamos, sin que me vean. *y se detiene.*

D. QUINTIN.

¡Bueno! Si tu ama lo oyese
rabiaria, y me riñera
mucho; ¿pero qué me importa?
Esa muger no me peta
de modo alguno, y así

se me da muy poco de ella.
Demas, tiene unos caprichos
aforrados en tristeza
y extravagancia, capaces
de aburrir á quantos tengan
el mal gusto de tratarla:
como tomarse la pena
de apartarse del marido
para vivir con prudencia
y estimacion en el mundo...
pero ahora estamos de priesa.
Para esta noche te cito,
querida Luisa, á la puerta
del Jardin, que yo vendré
á eso de las doce y media.

LUISA.

(¡Gran pícaro!) ¿Y qué seria
de mí, Señor, si nos vieran
hablar tan tarde?

D. QUINTIN.

Tambien
lo ha previsto mi cautela,
y puedes tranquilizarte;
pues todas las contingencias
que ocurriesen se pondrian
á cargo de la Marquesa.

LUISA.

¿Y la opinion de mi ama?

D. QUINTIN.

Muger, no tienes cabeza.
¡La opinion de tu ama! Che;
toma, se pondria tan hueca
de que el mundo la aplicara
un sugeto de mis prendas
por cortejo.

*Sale la* MARQUESA.

No, Señor.
No quiero deberos esa
obligacion en mi vida.

LUISA.

¡Ay desdichada! *gritando, y confusa.*

MARQUESA.

Y sintiera
tomaseis tantos cuidados
por la dificil empresa
de establecer en el mundo
mi opinion de calavera.

D. QUINTIN.

Señora... si... pues...

MARQUESA.

Ya es mas
que osadía, desvergüenza

replicarme. Id noramala,
y agradecedme que os vuelva
la espalda, por evitaros
no el rubor, sino la afrenta
de ver mi rostro, despues
de oiros tantas baxezas.

D. QUINLIN.

La confusion me embaraza *tartaleando.*
los pasos.

MARQUESA.

Pon en la puerta
á ese Caballero, Luisa.

LUISA.

Por aquí... todo me tiembla. *torpe.*

MARQUESA.

Vete allá dentro.

LUISA.

Señora...

MARQUESA.

¿No te vas?

LUISA.

La hicimos buena. *vase.*

*La Marquesa sola, paseándose, y deteniéndose como asombrada.*

MARQUESA.

Dios mio, ¿es este el mundo,

y estas las gentes que por ahí celebran?
Yo he visto en solo un dia
todo lo mas amable que de él cuentan.
¿Y qué es lo que he encontrado?
Si la memoria mal no me lo acuerda,
dos locos, un zeloso,
y dos mugeres tontas y altaneras.
Quando yo imaginaba
las cosas que veía tan diversas,
hallaba á mi marido
insípido en el trato, y las finezas;
¿pero quánto mas vale
su insipidez, que sales tan perversas?
Le tenia por simple;
¿pero quánto mas vale su simpleza,
que del Conde atrevido,
y el falso Don Quintin las agudezas?
Me pareció tranquilo;
pero pobre de mí, si acaso fuera
zeloso y temerario
como el Baron, sin causa, ni evidencia.
Al fin me amaba poco;
pero á pesár de toda su tibieza,
me amaba lo bastante
para vivir dichosa y placentera.
¡Qué insensata que he sido!

¿Y será tiempo aun de que yo pueda,
conociendo mis yerros,
destruirlos? ¡Inútiles ideas!
quando tengo perdidas
la amistad de mi esposo, y la terneza,
quizá su confianza,
y al fin su estimacion tan verdadera.
Aunque, gracias al Cielo,
solo de una imprudente ligereza,
tolerable á mis años,
puede reconvenirme la conciencia.
¿Corazon, qué me dices?
Sí, tú tienes razon: bien me aconsejas.
Mi marido es muy bueno;
y no puedo dudar, quando me vea
confesar el delito,
que mi arrepentimiento le enternezca.
Y ahora ¿de qué medio
podré valerme para que le sepa?
¿Llegaré á los amigos?
¿Y en el mundo hay alguno que lo sea?
Ademas, que es muy duro
confiar de las gentes mas discretas,
y de mas confianza,
aquello que una misma se reprueba.

Un papel... ¿Y qué puedo
decir en él que su razon convenza?
Irme yo en derechura
á sus brazos... tampoco. Voy expuesta.
¿Qué haré? Cruel ahogo...
Mas ya veo una luz que las tinieblas
de mi discurso alumbra:
quiera el Cielo que no se me obscurezca.
Yo me acuerdo que Anselmo
me dixo, que el Marques la vista tierna
fixaba en mi retrato.
Un Pintor, por extraña contingencia,
tengo en mi gabinete:
pues hagamos que en él ponga las señas
de mi arrepentimiento,
y el dolor que marchita mi belleza.
Si todavía me quiere,
será preciso que se compadezca;
y si mas declarado
su rigor esperanza no me dexa,
evitaré á lo ménos
del desayre á mis ojos la vergüenza.
Ya estoy determinada:
¡gran Dios, que ves desde la altura inmensa
de tu brillante sólio

de mis nuevos afectos la pureza,
mis delirios perdona,
y haz que mis reflexîones permanezcan,
influyendo á mi esposo
la compasion, y á mí la fortaleza!

# ACTO IV.

*Durante el intermedio, y sin cesar la orquesta, pasa Luisa de un lado á otro, y salen esta y la Marquesa por diferentes partes.*

MARQUESA.

¿Está en casa Anselmo?

LUISA.

Sí,
Señora, ya le he llamado.

MARQUESA.

Pues vuélvete al gabinete,
donde se está retratando
Petra Hipólita: repite
la órden á los criados
de que me nieguen á todos;
y sobre todo te encargo

el secreto.

LUISA.

Bien está.
De lindo susto escapamos. *ap. y vase.*

*Sale* ANSELMO.

¿Señora, que me mandais?

MARQUESA.

Dí ¿me harás un agasajo, *con agrado.*
Anselmo?

ANSELMO.

Señora, nada
deseo como agradaros
y serviros: oxalá
que igualmente que yo os amo,
os amaseis mi amo y vos,
y por quienes, ignorando
qual de los dos es injusto,
tiernas lágrimas derramo.

MARQUESA.

Quizá todo es culpa mia;
mas no sin remedio el daño.
Oye ahora lo que te digo.
Ya sabes que mi traslado
de medio cuerpo está en el
gabinete de tu amo.

ANSELMO.

Y bien que lo sé, Señora:
como que es de sus quebrantos
presentes único alivio;
en él los ojos clavados
siempre, suspira de modo
que da compasion mirarlo;
y bien se conoce que
mas quisiera enamorado
decir al original
sus pasiones, que al retrato.

MARQUESA.

Todo quanto dices me es
de sumo consuelo. Amado
Anselmo, vuelve, descuelga
sin que te vean el quadro
de mi retrato al instante,
y llévamele á mi quarto.

ANSELMO.

¿Yo, Señora? ¿pues habia
yo de privar á mi amo
de la cosa que en el mundo
hay mas digna de su agrado,
y su amor? Pedidme ántes
la vida.

MARQUESA.

Suspende el llanto
y la voz, que mi designio
es quizá bien al contrario:
tráele, y dentro de una hora
puedes volver á buscarlo,
para colocarle donde
estaba: solo te mando
guardes secreto con mi
marido, y con sus criados.

ANSELMO.

Sea enhorabuena, Señora:
voy á buscarle, que estándo
vuestro noble corazon
de virtudes tan dotado,
no habiais de querer darme,
al fin de mis tristes años,
la pesadumbre de ser
el verdugo de mi amo. *Vase.*

MARQUESA.

Fíate de mí... ¡Quizá
yo me lisongeo en vano!...
Bien que algun presentimiento
dichoso, me está anunciando
que he de salir victoriosa
de mi empresa. No perdamos
el tiempo que es tan precioso,

y yo tengo tan escaso
para un proyecto, de que
ademas de mi descanso,
mi opinion, y mis venturas,
penden muchos desengaños
de mugeres imprudentes,
y maridos insensatos. *vase.*

*Vuelve á salir Anselmo con un retrato de la Marquesa grande en la mano.*

ANSELMO.

Quiero obedecerla. Bien
que la obedezco temblando.
Como mi amo volviera
en este corto intervalo
estaba perdido. Pero
sin un corazon de marmol
¿quién negára á la Marquesa
quanto le pida? ¡Qué encanto
de hermosura y de virtud
en otro tiempo! No extraño
que pierda el juicio por ella
mi Señor. ¡Qué dulce agrado
manifiesta su semblante! *mirando al retrato.*
El dia que se casaron
así estaba. Me parece
que aun los estoy mirando

los dos, á qual mas contento,
y á qual mas embelesado....
Pero este tiempo pasó...
voy que me estará esperando. *vase.*

*Vase por donde entró la Marquesa, y por el otro lado sale el Marques.*

MARQUES.

¿Si estará por aquí Anselmo,
que en parte alguna le hallo?
Al fin me pude escapar,
y podré, lejos de tantos
testigos, suspirar libre.
Jamas el dia tan largo
me ha parecido, ni tan
molesto el género humano.
Huyamos de él, y busquemos
la soledad de mi quarto,
que en ella solo estoy bien.
Pero Anselmo, que ha quitado
la llave á la puerta ¿dónde
estará? Si no me engaño *sale Anselmo.*
ya viene. Daca mi llave.

ANSELMO.

Yo... Señor... (¡Soy desgraciado!) *ap.*

MARQUES.

Daca mi llave te digo.

ANSELMO.

Señor, si yo...

MARQUES.

¿Qué apostamos
á que la dexaste puesta,
y la tomó algun Lacayo?

ANSELMO.

No, Señor...

MARQUES.

Dámela pues.

ANSELMO.

Señor, puede ser que acaso
la tomaseis...

MARQUES.

¿La pidiera
yo si la tuviese? Vamos...
¿No me la das?... ¿La has perdido?

ANSELMO.

No creo... Yo no la hallo,
Señor.

MARQUES.

Pues buscala, hombre,
que me estás impacientando.

ANSELMO.

Sin duda yo la perdí.

MARQUES.

¡Qué mas descuido! ¿De quándo acá los tienes tú?

ANSELMO.

Yo...

MARQUES.

¿Por dónde entraré en mi quarto?

ANSELMO.

Yo no sé.

MARQUES.

Rompe la puerta.

ANSELMO.

Son muy débiles mis brazos para eso.

MARQUES.

Pues que llamen á un Cerragero volando, y descerrage.

ANSELMO.

Señor...

MARQUES.

¿Qué dices?

ANSELMO.

Que Don Leandro *alegre.* vuelve.

MARQUES.

¡Dios mio, esto mas!
sin duda siguió mis pasos.

*Sale D. Leonardo acelerado, y Anselmo se retira al fondo del teatro, observando siempre receloso.*

D. LEONARDO.

¿Marqués, de este modo cumples
tus palabras? ¡Pues estamos
grandemente! Vamos juntos,
por esparcirte, á pasearnos,
y te cansas; convenimos
en ir á ver otro rato
la Comedia nueva, y mientras
á preguntar me adelanto
si hay asientos de luneta,
la pegas, y quando salgo
me encuentro sin tí: te busco,
y al fin me veo burlado.
Bien conocí donde luego
te hallaria, y sin dudarlo
te seguí.

MARQUES.

Querido amigo,
perdona; pero son vanos
mis esfuerzos, y las gentes

aumentan mis sobresaltos,
pareciéndome testigos
de la turbacion que paso
interiormente, y publican
los ojos, si no los labios.

D. LEONARDO.

Yo te creo; mas con todo,
amigo, me causa enfado
que de este modo me burles;
y es un testimonio claro
tu conducta de que vives
aun de mí desconfiado.

MARQUES.

Leonardo mio, tú eres
el único de quien hallo
tolerable la presencia;
mas mi corazon turbado
é inquieto no ve en tí mas
que un amigo; y su conato,
sus pasiones, otra cosa,
que no encuentran, van buscando.

D. LEONARDO.

Dime, ¿quál es?

MARQUES.

Mi muger,
es todo mi sobresalto,

¡Ay! Sí: quizá en este propio
instante que de ella hablamos,
alguno de esos pulidos
corrompedores malvados,
que son adorno y desgracia
de Madrid, está ocupado
en seducir su inocencia:
y no se obstina en lograrlo,
sino por vanagloriarse
de su triunfo en los teatros
y tertulias...

D. LEONARDO.

¿Es posible
que te veas dominado
de reflexiones tan falsas,
y juicios tan temerarios?
Ella tiene armas, amigo,
muy seguras en su amparo
y defensa.

MARQUES.

¿Quáles armas?

D. LEONARDO.

Sus costumbres.

MARQUES.

¡Ay, Leonardo!
tú me tranquilizas; ¿pero

he de estar ya deshauciado
de vivir mas con aquella
que estuvé unido con lazo
tan premioso, que la muerte
podia sola desatarlo?
Culpa es mia. Yo debí
oponerme con los sanos
consejos que su imprudencia
ya otras veces sujetáron;
y yo con abandonarla,
soy el que la ha asesinado.

D. LEONARDO.

No, mi Marques, te equivocas.
Si hubieses en aquel acto
querido oponerte á ella,
la habrias acrecentado
el deseo de cumplir
el proyecto, que forxando
estaba en su fantasía;
y estariamos en un caso
quizá peor.

MARQUES.

Pero, amigo,
yo, del Cielo destinado
para dueño, y para guardia
de sus peligrosos años,

solamente las ideas
de su gusto he consultado,
y los usos. ¿Mas qué importa?
Solo he conseguido en pago
hacerme odioso á su vista,
y el concepto de tirano.

D. LEONARDO.

Eso hubiera sucedido,
si te hubieses empeñado
en contrariar sus ideas;
entónces, degenerando
en aversion sus disgustos,
se habrian precipitado
hasta el seno del rencor,
donde hubiera sido el daño
irremediable y eterno.

MARQUES.

Mas viviera consolado
con poseerla á lo ménos,
y mas que esté abominando
de mí: yo siento que no
puedo vivir sin su trato.
Yo quiero verla. *determinado.*

D. LEONARDO.

¿Qué haces? *deteniéndole.*
¿Verla ahora? Ni imaginarlo.

Esa debilidad fuera
un perjuicio declarado.
Si la Marquesa te estima,
como debemos pensarlo,
ella buscará los medios
de reconciliarse; y quando
lo consiga, lo tendrá
por ventura. Y al contrario,
si te aborrece y olvida,
mas engreido y ufano
con tu humildad su amor propio,
haria mas obstinado,
mas soberbio su dictámen:
finalmente, hablemos claro:
la habitual separacion,
y la idea del agravio
que hace á tu amor, te traerán
á un práctico desengaño,
que te conforme, aunque vivas
siempre de ella separado.

MARQUES.

Tú me haces temblar.

D. LEONARDO.

Creeme.
Ten paciencia algunos quantos
dias, y haz por dominarte.

MARQUES.

¿Discurres que está en mi mano?

D. LEONARDO.

Vamos.

MARQUES.

Permite á lo ménos
que baxe á ver su retrato.

ANSELMO.

¡Triste de mí! *ap. apresurado.*

D. LEONARDO.

Será inútil;
ni lograrás con mirarlo
mas que acrecer tus pasiones;
y por lo mismo me hallo
en precision de apartarte
del camino de tu estrago.
Vámonos.

MARQUES.

Déxame, amigo.

D. LEONARDO.

Eso no; y ántes te hago
un solemne voto de
no dexarte abandonado
á tí mismo en la infeliz
situacion que nos hallamos.

MARQUES.

¿Lo quieres así?

D. LEONARDO.

Es preciso.

MARQUES.

Pues si tú lo mandas, vamos;
que por la última vez
quiero seguir tus mandatos.
Solo me queda un partido
que tomar para descanso
mio.

D. LEONARDO.

¿Quál?

MARQUES.

Ya le sabrás
despues que le haya tomado. *vanse los 2.*

ANSELMO.

No he salido de mal susto.
Felizmente Don Leonardo
se llevó al Marques; si no
al fin me hubiera obligado
á llamar el Cerragero;
y al hallarse con el chasco,
¿qué hubiera sido de mí?
Todavia estoy temblando

del susto. Vamos corriendo
á...

*Trayendo el retrato, como dirá luego.*

*Sale* LUISA.

Don Anselmo, este quadro
os envia mi Señora.

ANSELMO.

¿Cómo? Este no es mi retrato.

LUISA.

Ya se ve que no és el vuestro;
ni yo por tal os le traygo,
sino por el de mi ama.

ANSELMO.

Este no es el que la he dado
poco há.

LUISA.

Yo lo sé; pero
que el que me manda entregaros
es ese mismísimo. En todo
lo demas ni entro, ni salgo.

ANSELMO.

Mi ama tenia un rostro
risueño, adornaba un Mayo
de varias flores su pelo;
y este otro está desgreñado,
y los ojos y el semblante

sumergidos en el llanto.
Yo no quiero esta pintura;
vuelve á llevarla. Mi amo
está ya bastante triste,
y es ocioso le pongamos
imágenes lastimosas
á la vista. Ve á llevarlo
á donde estaba ese mueble,
y vuélveme mi retrato.

LUISA.

Que obedezcais y calleis
solamente es lo que os mando
en nombre de mi Señora.

ANSELMO.

No mintiéron los presagios
de mi corazon. Al fin,
si es forzoso conformarnos
con las desgracias del dia,
callemos y obedezcamos. *vase.*

*Sale la Marquesa desgreñada, descolorida, llorosa, y sin adornos, igualmente que se ha visto desfigurada en el retrato.*

MARQUESA.

¿Se le llevó?

LUISA.

Sí Señora,
despues de estar altercando
si era ó no era.

MARQUESA.

Esperemos
aquí, pesares amargos,
la sentencia de mi muerte
ó vida... ¡Dios Soberano!
¡Quántas lágrimas me cuesta
un capricho momentáneo!

LUISA.

Pero, Señora, ¿no puedo
saber qué dolor tan raro
os aflige?

MARQUESA.

Dame un libro,
y déxame en paz.

LUISA.

El diablo
anda hoy suelto. ¿Quereis este?

MARQUESA.

¿Qué libro es?

LUISA.

Aquel tan guapo
de novelas extrangeras,

y tan bien enquadernado,
que segun veces diversas
os escuché celebrarlo,
es el que mas os divierte.
Y conforme en el estado
que hoy os veo, me parece
que os será el mas necesario.

MARQUESA.

Dí, peligroso, y quizá
causa de todos mis daños.

*Vase Luisa confusa.*

Vete adentro. Estos son los
traydores disimulados,
y cuyas fábulas, llenas
de ponzoña, cautivando
mi discurso, corrompian
mi coràzon. Libros falsos,
que seducen, y no enseñan
sino delirios y engaños. *le tira.*
Pero aun no viene el Marques...
¡Ay! Quizá le espero en vano.
Enmedio de sus amigos,
sin duda estará inventando
los medios de aborrecerme...
¿Mas qué es lo que he pronunciado?
No, su amistad, su cariño,

y lo fino de su trato
eran muy sólidos, para
en solo un dia olvidarlos.
¡Ay, querido esposo mio,
si fueras testigo acaso
de las lágrimas amargas
que arrepentida derramo,
yo sé que fueras sensible!...
Mas parece que ha parado
un coche á la puerta... Sí.
No me engaño, no me engaño...
Si sube... No será él...
El es: con su sobresalto
el corazon me lo anuncia...
¿Parece se va acercando
alguno? Sí...

*Dentro* MARQUES.

Que estén prontas *en alta voz.*
las cosas y los caballos
para dentro de una hora.

MARQUESA.

Esta es su voz... ¿Si de paso
entrará aquí?... ¿Mas se aleja?...
Sin duda se entró en su quarto.
Esto es hecho: mi destino
va á declararse... ¿Qué pasmo

de mí se apodera?... ¡Qué
turbacion! Yo me desmayo.
¡Ay! Mi retrato, en lugar
de moverle y de templarlo,
le pareció despreciable.
Discurso, todo lo erramos...
No Señor: yo por lo ménos
debia haberme arrojado
á sus pies, y con el fluxo
de mis ojos inundarlos.
Sí: vamos corriendo...Anselmo, *sale Ans.*
tú... ¿por qué vienes llorando?
Dí... ¿quién te embia?

ANSELMO.

Señora,
vengo de parte de mi amo...

MARQUESA.

¿De mi marido? ¿Qué manda? *ansiosa.*
Dilo.

ANSELMO.

¡Ni me dexa el llanto, *sollozando.*
ni yo me atrevo á decirlo.

MARQUESA.

¿De qué nace tan extraño
dolor? Habla: yo estoy muerta.

ANSELMO.

Mi Señor pretende hablaros,
si estais sola... y segun dice,
por la última vez.

MARQUESA.

¡Dios santo!
¿Por la última vez, amigo? *con voz trémula.*

ANSELMO.

Sí, Señora. Entró mandando
que al instante le traxesen
de la Posta dos caballos,
y á mí que me previniera
á seguirle, preparando
nada mas que una maleta,
y algun dinero, entretanto
que él recogia sus joyas,
y papeles reservados...
Al fin se va, y yo le sigo: *llorando con*
mirad si me mandais algo. *ahogo.*

MARQUESA.

¡Qué he oido! Ya está el decreto
de mi muerte pronunciado.
*Se apoya sobre una mesa ó silla, la cabeza entre las manos.*

ANSELMO.

Voy á llevar la respuesta...

Pero aquí está ya mi amo.

*Anselmo estará situado de modo, que al entrar el Marques no vea á su muger.*

MARQUES.

Los cabellos esparcidos,
los bellos ojos bañados
en lágrimas, sin adornos...
¡qué significa este cambio!
¿Anselmo, puedo yo ver
á mi muger?

ANSELMO.

¿Qué reparo
puede haber? Ahí la teneis.

MARQUES.

Dios, ¡qué es lo que estoy mirando!
Déxanos solos. Matilde... *vase Anselmo.*

*Aquí una gran pausa.*

MARQUESA.

No ignoro, Señor, el fallo
de mi suerte, que venís
á pronunciar... El recado *vuelve á su*
de Anselmo... No puedo mas. *posicion.*

MARQUES.

Sí, Señora, contemplando
que ya os he perdido, voy

al sitio mas solitario,
donde oculte mis pesares
de todo el género humano.

MARQUESA.

No hay medio: ni otra esperanza, *ap.*
que la de morir aguardo.

MARQUES.

Vivid, y vivid dichosa,
Marquesa. Por mas que hago *ap.*
no es fácil.

MARQUESA.

¿Y podré serlo
yo sin él? *ap.*

MARQUES.

Lleno de encantos
está el mundo, que podrán
resarciros de los daños
que han hecho á vuestra belleza
mi ignorancia y desagrado.

MARQUESA.

Dexad, Marques, esas chanzas
importunas; que no estamos
en ocasion, ni querais
irritar mas con burlaros
de mi error, el sentimiento
de el que me está devorando.

MARQUES.

¿El sentimiento? ¿Qué escucho?

MARQUESA.

Sí. No teneis que dudarlo,
Señor. No os pongo delante
por convenceros mi llanto:
que en las mugeres no es prueba
de un afecto acrisolado;
pero creed que mi muerte,
y su fúnebre aparato,
entrarán aquí al instante
que vos monteis á caballo,
para salir de Madrid.
Yo he perdido, he malogrado
vuestra estimacion, y debo *sollozando.*
dexar de vivir...

MARQUES.

No tanto...
Si es verdad... ¡Cielo piadoso!
¿Podré mirar á mis brazos
otra vez restituida *con ansia.*
mi esposa?

*Arrojándose á ellos, y sorprendidos de gozo.*

MARQUESA.

Sí, esposo amado;

si la encuentras digna de ellos
todavía.

MARQUES.

¿Quándo, quándo
lo pudo dexar de ser?... *aquí pausa.*
Me lisongeo, y me aplaudo
de conocer tu carácter,
hija, y este voluntario
regreso es la mayor prueba,
el testimonio mas claro
de las prendas y virtudes
con que el Señor te ha dotado.

MARQUESA.

No tengo, gracias á él,
que tener el mas escaso
rubor de un mal pensamiento;
una imprudencia, y los malos
exemplos han sido todos
mis delitos.

MARQUES.

A dudarlo
yo, amada Matilde mia,
¿te volviera á dar los brazos?

*Sale* ANSELMO.

Todo está pronto, Señor. *se sorprende.*
¿Pero qué veo? ¿Me engaño?

No, querido Anselmo, llega:
y si como buen criado
tuviste parte en mis males,
tambien en mis agasajos
y bienes debes tenerlos. *le abraza.*

MARQUESA.

Ni aun con esto le pagamos
su buena ley. *le abraza.*

ANSELMO.

Ama mia...
Señor... me está embarazando
las voces el regocijo.
Por siempre seais alabado,
Dios mio. Luisa, Don Diego,
venid. Yo voy á avisarlos
á todos, y coger las
albricias de Don Leonardo. *vase.*

MARQUESA.

¿Me perdonarás, bien mio,
las penas que te he causado?

MARQUES.

¿Si te las perdono? Antes
las bendigo, pues aguardo
que ellas sean el orígen
de los gustos, el descanso
y la paz, que harán felices

desde hoy los dias de entrambos.
*Salen D. Leonardo por la derecha, y la familia por la izquierda.*

D. LEONARDO.

Sea mil veces para bien.
¿Ve usted como mi astrolabio *le abraza.*
no mintió?

MARQUES.

No me es posible
pagarte con quanto valgo.

D. LEONARDO.

Ni con quanto tiene el mundo
quedára mejor pagado
yo, que con ver una Dama
tan rara, que aprovechando
la reflexîon de un instante,
en su casa ha eternizado
la religion, la abundancia,
el buen exemplo, el recato,
su felicidad, y la
de su esposo, y sus criados.

MARQUES.

De estos amigos hay pocos. *á la Marquesa.*

MARQUESA.

Yo lo creo: y me delato
del tiempo, que por ser bueno

le miraba con enfado.

MARQUES.

¿Y ahora?

*Le abraza, y él se enternece.*

MARQUESA.

Le admiro, y de esta manera le satisfago.

D. LEONARDO.

¿Te he dado zelos?

MARQUES.

Sí: mira, qué presto voy á vengarlos. *le abraza.*

LUISA.

¿Y yo quedo perdonada, Señora?

MARQUESA.

Yo no te hablo palabra; escarmienta, calla, y vive con mas cuidado.

MARQUES.

¿Todavía lloras, Anselmo?

ANSELMO.

¡Ay, Señor! ¡Qué dulce llanto es el del placer!

MARQUES.

Pues, hijos,

ya que el Cielo ha serenado
al obscurecer, un dia
que amaneció tan amargo
para esta casa, gocemos
la noche regocijados.

MARQUESA.

Yo que soy la venturosa,
la he de tomar á mi cargo,
como publicar que á veces
las locuras y trabajos
son útiles, si producen
enmiendas y desengaños.

# LOS VAQUEROS DE ARANJUEZ.

## LOA

### PARA LA FIESTA

### *EL BARBERO DE SEVILLA,*

QUE SE REPRESENTÓ Á SS. AA.

EN LA CASA DE LAS VACAS

DEL REAL SITIO DE ARANJUEZ

DE ÓRDEN DEL EXCMO. SEÑOR

*CONDE DE FLORIDABLANCA,*

PRIMER SECRETARIO DE ESTADO &c. &c.

EL DIA 25 DE JUNIO DEL AÑO DE 1788.

## INTERLOCUTORES.

EL TAJO.
ARANJUEZ.
EL ESCORIAL.
LA GRANJA.
EL PARDO.
MADRID.
LA LEALTAD.
BERNARDO. }
ANTON..... } *Vaqueros.*
MACARIO... }
LEONA..... } *Majas.*
MARICAMACHO. }
BONIFACIO. }
VICTORIO.. } *Majos.*
SERAPIO..... }

*La Escena se representa en un Soto de Aranjuez, á las márgenes del Tajo.*

# LOA.

## ESCENA PRIMERA.

*El teatro representará un agradable y ameno Soto, con algunas vacas pastando: Anton y Bernardo, Vaqueros, estarán á los lados opuestos, como distraidos: el primero en pie, cargado sobre su cayado, en la aptitud de contemplar la serenidad de la esfera; y el segundo en la de admirar la belleza y amenidad de la campiña. Cantan á duo el siguiente minuet, cuyo acompañamiento será armonioso, imitando la tranquilidad del sitio, canto de las aves, &c.*

Pais venturoso,
en que su grandeza
la naturaleza
nos quiso mostrar,

1.º.. Feliz quien tu cielo::-
2.º.. Feliz quien tu suelo::-
1.º.. hermoso,
2.º.. frondoso,
*Los dos.* llegó á disfrutar.

BERNARDO.

¡Qué distraido que estás,
Anton!

ANTON.

No estabas, Bernardo,
tú ménos, quando llegué:
y si los dos comparamos
las causas que nos distraen,
discurro que te aventajo.

BERNARDO.

Si fué la tuya Jacinta,
aquella que por milágro
del desden y la hermosura
es en la márgen del Tajo
de las Zagalas envidia,
de los Vaqueros cuidado
comun, qualquiera ventaja
te confieso: no es extraño
en ella el rigor con todos;
pero conmigo lo es tanto,
que en siendo mios la ofenden

hasta sus propios aplausos;
y el tuyo, en algunos versos
que te oyó cantar al paso
quando no correspondido,
mereció ser escuchado.

ANTON.

¡Ay amigo! No te niego
que desde mis tiernos años
fué para mí el interes
mayor Jacinta, y acaso
el único: que mi amor
quanto mas de su recato
se intimída, mas se aumenta:
y que me consuela, en tanto
que otro no es mas venturoso,
no ser el mas desgraciado.
Pero no es Jacinta, no:
impulso mas soberano,
mas poderoso me inflama.
Parece me está llamando
oculta voz desde el cielo:
la humilde vista levanto,
y me suspende, me pasma
un no sé qué extraordinario
de mayor brillo, mas luz,
mejor color y mas claro,

que en esta bella estacion
tener solia los años
anteriores.

BERNARDO.

¿Y hasta hoy
no lo habias reparado?

ANTON.

Yo no.

BERNARDO.

Pues yo sí.

ANTON.

¿Y qué causa
imaginas? Discurramos.

BERNARDO.

Harto haré yo en discurrir
otra causa que no alcanzo
de la novedad del sitio,
en que estaba contemplando.

ANTON.

¿Quál es?

BERNARDO.

Extiende la vista
por todo ese verde campo,
verás un verde tan vivo,
tan lustroso, que he dudado
si son esmeraldas ú hojas,

que una á una fué esmaltando
artífice diestro. Mira
los árboles celebrados
de Aranjuez por su estatura,
los verás mucho mas altos,
y mas que siempre fecundos,
multiplicar sus abrazos.
Respira con reflexîon,
y conocerás que un blando
zéfiro amable los miembros
convida á dulce descanso,
y de nuevas flores da
nueva delicia al olfato.
No cantan como solian
los páxaros alternando
entre sí, cantan en coro
continuo, tan concertados,
que atrae toda el alma solo
á los oidos su canto.
La que ántes fué diversion
en estos Sotos y Prados,
ha pasado á ser hechizo,
tal que ni cuido del pasto
de mis vacas, ni á Jacinta
dedico versos y llantos.

ANTON.

Dias há que tambien yo
esa novedad reparo;
pero siendo mas notable
la que yo en el cielo hallo,
no me paré á exâminarla.

BERNARDO.

Pues no nos interrumpamos
uno á otro un embeleso,
que aunque no llegue á apurarlo
la curiosidad, excede
á todo placer humano,
y observemos.

ANTON.

Observemos.

BERNARDO.

Discurramos.

ANTON.

Discurramos.

*Pónense los dos en las propias aptitudes que ántes, sin volver de la suspension hasta casi el fin de la siguiente seguidilla maja, que cantan dentro con instrumentos apropósito el coro de Majas y Majos.*

Para los que caminan
por ver lo que aman,
todo camino es corto,
la tierra llana.

*

Quien dixo viva,
que lo que bien se quiere
tarde se olvida.

ANTON.

¿Qué es esto?

BERNARDO.

Voces festivas
de pasageros, que acaso
cruzan por aqueste Soto,
y el camino equivocáron.

ANTON.

Pues callemos hasta ver
qué buscan, ó encaminarlos.

## ESCENA II.

*El coro de dos Majas y tres Majos: ellos con guitarra, tiple y bandurria; y ellas con pandero y pandereta: los dos Vaqueros; y luego Madrid y la Lealtad, de viejo y vieja, ricamente vestidos, y con mule-*

*tas. Salen los Majos caminando á brincos compaseados, y cantando ó repitiendo la música con esta letra:*

Dieran los Madrileños
por su Princesa
las vidas y las almas,
si se ofreciera.

*

Pero entretanto
la dan sus corazones
acrisolados.

*Sale* MADRID.

Vayan ustedes mas poco
á poco, y háganse cargo
de que soy hombre mayor.

BONIFACIO.

Mas pudiéramos cansarnos
nosotros, que hemos venido
todo el camino baylando.

LEONA.

El gusto de llegar breve,
alivia todo el cansancio.

MADRID.

Pues ya no estamos muy lejos.

*Sale* LEALTAD.

¡Ay demontres de muchachos!
¿No reparan que soy vieja?
¿Por qué no van mas despacio?

VAQUEROS.

Sean ustedes bien venidos,
abuelos.

MADRID.

Y bien hallados
ustedes.

ANTON.

Extraño verlos
á pie con todo ese fausto.

LEALTAD.

Y debiéramos venir,
si usted me apura, descalzos.

BERNARDO.

¿Es voto?

LEALTAD.

No: es devocion.

MADRID.

Y obligacion.

ANTON.

Pues cuidado,
que ya tienen navidades.

MADRID.

De una edad somos entrambos.

BERNARDO.

¿Quánta?

MADRID.

Tres mil novecientos
cincuenta y siete años.

ANTON.

¿Y vuestra fe de bautismo
dónde está?

MADRID.

En el Kalendario.

ANTON.

¿Pues quién es usted?

MADRID.

*Madrid*:
y esta, que veis á mi lado,
es mi esposa la *Lealtad*;
tan desde luego casados,
que no han sido, ni serán
capaces de separarnos
el temor, la hambre, la guerra,
ni algun interés humano.

LEALTAD.

No te formalices, mi alma,
que eso ahora no viene al caso,

ni repetir, lo que está
todo el mundo publicando.

BERNARDO.

Lo *Madrid* será apellido:
¿y el nombre?

MADRID.

Madrid me llamo,
y Madrid soy, Villa, Corte
y patria del Rey Don Carlos.

LEALTAD.

Como quien no dice nada.

BERNARDO.

¿Pues tiene figura acaso
corporal como nosotros
Madrid?

MADRID.

Y de mas tamaño.
Bueno fuera que en la Corte
qualquiera chiquiliquatro,
porque logra los auxîlios
de un Personage, ó el lado,
quisiera hacerse persona;
y yo, que con el Rey hablo,
con los Príncipes é Infantes,
Ministros y Potentados,
de todos tan distinguido,

que á tiempos nos visitamos,
no fuera persona: y mucha
persona que soy: por tanto
vengo á Aranjuez en persona,
como siempre acompañado
de mi Lealtad y mi Pueblo,
á ver al Infante CARLOS,
y á saber de la salud
de mi Señor DON FERNANDO.

ANTON.

Y á dar á su Abuelo y Padres
el parabien.

MADRID.

A ese acto
serio mi Corregidor
envié, y mis Diputados;
porque mi Lealtad, mi Pueblo,
y yo, en semejantes casos,
verbigracia como ahora,
somos muy alborotados.

LEALTAD.

Mas me alborotára yo,
segun por mi Rey me inflamo,
y su familia, á no estar
mi esposo tan atrasado.

MARICAMACHO.

¿Qué hacemos aquí?

BONIFACIO.

Aguardar
á ver que mandan los amos.

BERNARDO.

Parece esta gente alegre.

LEALTAD.

Mucho. Miéntras yo descanso,
para descansar vosotros,
Leona y Maricamacho,
baylad unas voleritas
con Victorio y Bonifacio.

LEONA.

Que las baylen estos dos;
y que las cante Serapio,
Victorio, ú yo.

LEALTAD.

Norabuena.

BERNARDO.

Ahora vienen cansados,
y no querrán.

LEALTAD.

Siempre quieren
hacer lo que yo les mando.

MADRID.

¿Cansar? Los mayores gustos
de la gente de mis barrios
son la bandurria, los chismes,
seguidillas, y sopapos.

VICTORIO.

Y que no es mentirá. Así
se crian gordos y sanos
los hombres: y el que no tiene
la talla para soldado,
sirve al Rey para tambor,
que á impulso de fuerte brazo
sus exércitos anima,
y acobarda á los contrarios.

LEALTAD.

Pues si ha de ser despachemos,
que ya se me están baylando
á mí los pies.

MADRID.

Y á mí el alma
desde que pisé este prado.

LEONA.

Mis ojos y mi pandero
rato hace que están baylando:
sobre que me pinto sola
yo para repiquetearlo.

*Aquí baylarán las seguidillas voleras la Maja y Majo primeros, con otra música que la del coro.*

De Aranjuez entre todas,
la flor mas linda
es, y la mas fecunda,
la bella LUISA.

*

Y solo tienen
una flor de esta planta
los Portugueses.

## ESCENA III.

*Sale Macario, Vaquero rústico, oyéndose.*

MACARIO.

Siempre ha sido loco el mundo;
pero sobre que este año
es preciso atalle::: ¡Y toma,
lo que anda en el Soto!... Quando
yo digo que hay novedad,
y de risa me descalzo
sin saber por qué, señal
sin duda de que es por algo.

ANTON.

Lo han baylado grandemente.

BERNARDO.

¿De dónde vienes, Macario?

MACARIO.

De Aranjuez.

MADRID.

¿Y cómo queda?

MACARIO.

A las orillas del Tajo,
tendido por aquel suelo,
y de jardines rodeado.

ANTON.

Siempre ha estado así.

MACARIO.

No tal.
Nunca le he visto tan vano:
sobre que se ha hecho persona,
y dice que de los quatro
Sitios él es Sitio en xefe;
y otros muchos dicharachos...
yo no sé: lo que yo sé
es que aquí cerca he topado
los tres Sitios, que sin duda
vienen á desafiarlo.

VAQUEROS.

¿Qué estás diciendo?

MADRID.

¿Qué Sitios?

MACARIO.

La Granja, Escorial y Pardo.

BERNARDO.

Explícate bien. Querrás
decir sus Apoderados.

MACARIO.

Son los tres: y por sus señas
nadie puede equivocarlos.

ANTON.

¿Qué señas?

MACARIO.

Viene la Granja
vestida como el Verano:
el Escorial como Otoño;
y como el Hibierno el Pardo:
que son las tres estaciones
que va nuestro Rey á honrarlos.

MADRID.

Y su Magestad es quien
los ha personificado.
como á mí.

LEALTAD.

Como á tí á nadie:
hijo mio, vamos claros.
No hablemos de los adornos
con que te ha puesto tan guapo,
que al fin haces ya figura
de Corte. Te ha ilúminado
las calles, porque no andes
por las noches tropezando,
y con miedo. Te quejabas
que tenias los pies malos;
te ha moderado las cuestas,
y puso paseos varios
para que hagas exercicio.
Les da pan, y ha utilizado
á tus hijos vagamundos;
y á los que son aplicados
da estudios, honor y prémio.
Pero sobre todo, hablando
con perdon, acuérdate
quando estabas hecho un asco,
y mandó ponerte en limpio
por arriba y por abaxo.

MADRID.

Han sido sus beneficios
tan repetidos, y tantos,

que no los puedo olvidar.

LEALTAD.

Ni dexar de publicarlos
tu Lealtad, en testimonio
de gratitud y de aplauso.

MADRID.

Oye usted, Señor Vaquero,
y aquí en confianza hablando,
¿el Señor Don Aranjuez
ha dicho de Madrid algo?

MACARIO.

Desde que por Dios, y nuestra
Princesa se halla dotado
tan bien, y favorecido,
está tan serio y ufano,
que no se acuerda de nadie.

MADRID.

Pues él se acordará. Vamos
allá; que yo le haré ver
lo que va de Sancho á Sancho.
Sigan ustedes.

BERNARDO.

Nosotros
no podemos separarnos
de este sitio.

MACARIO.

¿Todavía
estais embobalicados,
tú contando las estrellas,
tú con los ojos clavados
en la yerba?

ANTON.

Y sin arbitrio,
ínterin que no apuramos
por qué brilla mas el cielo.

BERNARDO.

Por qué está mas bello el campo.

MACARIO.

¿Y no sabeis por qué?

LOS DOS.

No.

MACARIO.

Pues yo que soy el mas ganso,
lo sé.

BERNARDO.

Pudieras decirlo.

MACARIO.

¿Cómo no ha de estar mas claro
el cielo y resplandeciente,
si nuestros tiernos y amados
Príncipes en cinco Infantes

le enriqueciéron de astros,
que de la luz que reciben,
derramen al trono rayos?
¿Cómo no ha de estar el Soto
mas delicioso y lozano,
si le vuelve á renacer
al riego de comun llanto,
qual preciosa maravilla,
el Infante DON FERNANDO:
y un nuevo clavel le adorna,
y le afianza en DON CARLOS
la augusta propagacion
de flores que suspiramos?
Esto qualquiera lo puede
acertar.

TODOS.

Viva Macario.

MACARIO.

Ahora digo que hacer versos,
y estar muy enamorado,
hace al que es tonto mas tonto,
y al discreto atolondrado.

BERNARDO.

Ya mas tranquilos podremos
seguiros, y agasajaros
como á huéspedes y amigos.

MADRID.

Pues mas no nos detengamos.

ANTON.

Silencio, y por esta senda
de improviso le asaltamos.

MADRID.

¡Cómo asaltarle y silencio!
Jamas han disimulado
sus intenciones Madrid,
y su Lealtad. Ignoramos
mucho, segun dicen; pero
de nuestro Rey enseñados,
sabemos el noble modo
de tratar á los contrarios.

BONIFACIO.

Vamos allá cara á cara.

VICTORIO.

La oposicion publicando,
en vez del tambor la broma,
en vez del clarin el canto.

*Se van, cantando la siguiente seguidilla.*

Viva el invicto Abuelo,
vivan los Padres,
Tios, Tias y Hermanas
de los Infantes.

*

Y sus familias
adornen todo el mundo
de siemprevivas.

## ESCENA IV

*Levantándose el telon, se descubre el foro de Jardin lejano, por delante del qual cruza el rio Tajo; y á su orilla estará sentado Aranjuez, jóven galan, con alusiones de Primavera, recreándose en sí propio con la siguiente música.*

*Ayre agradable.*

¿Quién fué mas hermoso?
¿quien fué mas dichoso,
fortuna, que yo?

*Recitado.*

Los paises mejores *se levanta.*
por sus plácidas auras y sus flores
envidiarán las mias: y el ensayo
que en qualesquiera parte
para su Abril y Mayo
intenten el poder, el gusto, el arte,
á ruego de sus bosques y pensiles,

por mis Mayos harán y mis Abriles.

*Cavatina.*

Quantos mi nombre saben
por fama lisongera,
Rey de la Primavera
me vengan á jurar.

*

Podrán del mas piadoso,
mas justo de los Reyes
las gracias y las leyes
oir y publicar.

## ESCENA V.

*Dicho Aranjuez: y Escorial, Granja y Pardo, de Peregrinos, con el adorno de las tres estaciones, segun indicó el Vaquero Macario.*

GRANJA.

Salve, feliz Aranjuez.

PARDO.

Salve, Sitio destinado
á nuevas venturas.

ESCORIAL.

Salve

hijo adoptivo del Tajo,
á quien, sinó el ser, le debes
el sustento y el ornato.

LOS TRES.

Salve. Y sean en la historia
universal señalados
tus dias con piedra blanca,
con letras de oro tus fastos.

ARANJUEZ.

Salud tengais igualmente:
y sed, Sitios, bien llegados,
si venis á visitarme
por obsequio, confesando
vuestra subordinacion
al imperio que me han dado
el cielo, la suerte, el clima,
sobre tí por el espanto *á la Granja.*
de las borrascas: en tí
por el influxo mal sano *al Pardo.*
de tus nieblas; y en tí por
la aridez de tus peñascos; *al Escorial.*
que os hacen aborrecidos
aun mas que yo soy amado.

GRANJA.

No con esa altanería
pretendieras humillarnos,

si pensaras que no son
todos los dias del año
Primavera para tí.

ESCORIAL.

Ni es el afecto bastardo
de la envidia el que á tu suelo
Peregrinos hoy nos traxo.

PARDO.

Son dos afectos mas dignos.

ARANJUEZ.

Quáles pueden ser no alcanzo.

ESCORIAL.

El de compañeros tuyos
en la ventura, y vasallos
de un Rey, que sin excepcion
la reparte entre los quatro.

ARANJUEZ.

¿Y quién lo asegura?

GRANJA.

El cielo,
si á exâmen formal llegamos.

ARANJUEZ.

Nada podrá convencerme.

PARDO.

Vamos á razones

LOS QUATRO.

Vamos.

## ESCENA VI.

*Madrid, la Lealtad, los tres Vaqueros, los tres Majos, las dos Majas, y los quatro Sitios: estos, á su tiempo, dexan el centro á Madrid y la Lealtad, repartiéndose dos á cada lado; y detras ocuparán, uno los Vaqueros, y otro los Majos, de suerte que se forme el quadro, sin confundir la vista del foro mas que con las dos figuras del centro.*

MACARIO.

Aquí están los Peregrinos;
y parece que ha empezado
ya el desafio, segun
á coros están gritando.

MADRID.

Señores, la paz de Dios
descienda sobre este campo.

PARDO.

¡Amigo Madrid!

MADRID.

¡Vecino!
Avisad, si se ofrece algo; *ap. á él.*
que aunque mis hijos no traen
la espada y daga de antaño,
traen para un lance de honor
su palitroque en la mano.

ESCORIAL.

Ya que Madrid ha venido,
del punto que disputamos
árbitro será.

MADRID.

Y montante.
Propongan ustedes caso.

LEALTAD.

La Lealtad sufre argumentos,
mas no discordias: cuidado.

MACARIO.

Esto ha de ser bueno.

BERNARDO.

Al fin
se canta la gloria. Oigamos.

MACARIO.

Pues en la Capilla Real
se canta ántes del prefacio.

ARANJUEZ.

Yo que soy el principal::-

LOS SITIOS.

¿Cómo el principal::-?

MADRID.

Despacio:
que está en su turno, y por eso
venimos á cortejarlo.
Hablad. *á Aranjuez.*

ARANJUEZ.

Decid sin pasion:
¿quál es Sitio mas templado,
mas fecundo y útil, para
recreo del Soberano?

MADRID.

Todos, segun la estacion
que me estais representando:
y para eso yo tambien
tengo mi Casa de campo.

MACARIO.

Y si saca la cabeza,
Cuerva, los dexa chafados.

ARANJUEZ.

¿Y me podreis disputar
la gloria de que me aplaudo,
en la produccion del nuevo

hermoso Infante DON CARLOS!

PARDO.

Por esa razon tambien
podrá llamar suya el Pardo
la Infanta DOÑA MARIA
AMALIA.

GRANJA.

No ménos vano
podré yo decir que es mia
DOÑA MARIA LUISA.

ESCORIAL.

¿Y quánto
podrá gloriarse el que es cuna
del INFANTE destinado
del cielo á la sucesion
de dos mundos?

MADRID.

Se acabáron
las disputas de una vez.
Yo en vista de todo, fallo
que todos tienen razon,
y que se archiven los autos;
pues nuestra augusta Princesa
nos da frutos sazonados
en todas partes, y en todas
las estaciones del año.

ARANJUEZ.

Madrid en esta asamblea
no tiene voto.

MADRID.

Sepamos
la razon.

ESCORIAL.

Porque no puedes
en el honor igualarnos
de ser, qual nosotros, patria
de un Infante.

MADRID.

Si me enfado,
y les digo una palabra
con seriedad, los aplasto.

LOS QUATRO.

¿Por qué?

MADRID.

Porque el propio honor
que aquí me estais disputando,
no le tuvierais vosotros,
á no haberosle yo dado
(si tan exquisitos dones
caber pueden en lo humano)
en el pacificador
religioso Rey Don Carlos

TERCERO, hijo de Madrid,
Padre de su fiel retrato
nuestro Príncipe, y Abuelo
de los Infantes, llamados
vuestros. Ved qual interés
es mayor en este caso,
si la propiedad del tronco,
ú la de solos los ramos.

TODOS.

Viva Madrid.

ARANJUEZ.

Por mas que
me negueis alucinados
la preferencia en el dia,
la confesareis, si añado
ser patria de la preciosa
CARLOTA, en que han vinculado
altas ideas los Reynos
Español, y Lusitano:
y finalmente mi rio
ser Jordan, donde admirados
vereis rejuvenecido
al Infante DON FERNANDO.

LEALTAD.

Ese mérito no es tuyo;
es mérito de los llantos

de su Madre, y la Lealtad
de Madrid, que contemplando
por mi dolor, qual seria
el de los que le engendráron,
el de su Abuelo piadoso,
y el de sus dulces Hermanos,
ni desamparé los templos,
ni mis ojos se enxugáron,
hasta que le dixe un dia
á San Isidro: „Paisano,
ya ves lo que estos Señores
Borbones se han esmerado
siempre en tu culto: ya ves
el corazon traspasado
de nuestra amada Princesa:
ya sabes el agasajo
y bondad con que nos mira
á los de Madrid... Pues vamos:
aquí no hay otro que tú,
que pueda desempeñarnos,
para que conozca nuestra
correspondencia.“ Y el Santo,
de que era hijo de Madrid
al instante se hizo cargo,
se empeñó con Dios de recio,
y al punto se hizo el milagro.

VICTORIO.

Vean ustedes si hay por ahí
quien salga, y diga otro tanto.

ARANJUEZ.

Yo no digo mas de que
quiero ser privilegiado,
ó campar solo: y así,
si no quereis, sujetaros,
huid; ó haré que las aguas
impetuosas del Tajo
se dilaten, y se extiendan
hasta inundar vuestros campos.

MACARIO.

Supongo que irás con él
á subirle el puerto en brazos.

GRANJA.

Y quando subiera, ¿no
tiene la Granja cercano
un gran tren de artillería?

PARDO.

Para defenderse el Pardo
tiene batallones de
javalíes y venados.

ESCORIAL.

¿Y no tiene el Escorial
un exército ordenado

de gente bien mantenida,
y almacenes de peñascos?

MADRID.

Yo en nada me meto : allá
os las avengais los quatro.

LOS TRES SITIOS.

A Dios, Aranjuez.

ARANJUEZ.

A Dios.

LOS QUATRO.

Advirtiendo que quedamos
para siempre, para siempre
enemigos declarados.

*Aquí se empieza á oir una lenta sinfonía, que se va aumentando, á imitacion del ruido del rio inquieto.*

TODOS.

¿Qué ruido es este?

LOS TRES SITIOS.

¿Qué asombro
me hace suspender el paso?

ARANJUEZ.

¿Qué ha de ser? Haber oido
el cielo con desagrado
mis ofensas, y á vengarlas
salir de su centro el Tajo.

## ESCENA ULTIMA.

*Rompiéndose las olas del rio, se ve llegar el Tajo con las alusiones y adornos posibles y mas propias: se acerca á la orilla, y continuando la música quedo ínterin habla, dice:*

TAJO.

No vengo, no, Aranjuez, á defenderte;
á contener tu orgullo sí que salgo,
y á calmar los ayrados corazones
que cambiaste de amigos en contrarios.
¿Quando están mis Tritones y mis Ninfas
disponiendo en mis húmedos palacios
los himnos y placeres de esta noche,
venis á interrumpirles el ensayo?
¿Quál es vuestra lealtad y el amor vuestro?
¿Quándo la envidia, la discordia quándo
fuéron de los obsequios testimonio,
y medianeras para los agrados?
Si á vuestros domicilios llegó el eco
de mi voz esforzada, convidando
quantos puros afectos sean capaces
de cortejar los huéspedes que aguardo,

¿por qué del Guadarrama, el Manzanares,
y el Eresma no conducis al Tajo
claros Ingenios, que la gloria mia
y sus méritos canten, alternando?
¿Mas quién ha de cantar, sinó que hacen
la intencion y virtudes del Rey CARLOS
tan preciso el amor, como el elogio,
imposible á la pluma y á los labios?
Las almas cantan, y entre sí se dicen:
Felice siglo aquel que nos es dado
obedecer lo justo de sus leyes,
y vivir defendidos por su brazo.
Las almas en el Príncipe celebran
la obediencia, el respeto y el cuidado
con que en la escuela de su augusto Padre
el arte de reynar está estudiando.
Mas no cantan las almas, enmudecen,
extáticas se quedan en mirando
á LUISA DE BORBON: y algunas dicen...
De su Abuela ISABEL es un retrato.
Nació en Parma, como ella; y como ella
tiene rostro atractivo y soberano,
talento superior, prudencia, gracia,
y el caracter mas noble y mas humano.
Como ISABEL fecunda, y buena madre,
de nuestra religion el dogma santo,

y de la humanidad los privilegios
los Infantes oirán entre sus brazos.
A ser dóciles, dulces y piadosos
aprenderán desde sus tiernos años
en el materno exemplo: y mas adultos,
los irá el de su Padre adelantando.
Director digno de tan importante
educacion, colocará inmediatos
al rededor del trono de su Abuelo
al que puede ocuparle, y sus hermanos.
Ellos le oirán en pie; y en sus christianas
y políticas máxîmas versados,
sabrán despues sentarse dignamente
en aquel mismo trono, y los extraños.
Inflamad vuestras almas como aquellas
que así elevan las suyas; y acordados
entre vosotros, un comun festejo
sea preludio del que yo preparo.
Mia es la noche: vuestra la mañana
sea de hoy, que el honor anticipado
sus Altezas presentan á este Soto,
de su bondad y vuestro amor teatro.

MADRID.

¿Teatro y amor dixo? ¡Que no tenga
yo aquí los mios! Semejante cargo
siempre fué de Madrid, quando se trata

de festejos reales.

LEALTAD.

Sin embargo,
el Ingenio y Lealtad todo lo allanan.
¿Hay mas que disponerle á cielo raso?

BERNARDO.

Si gustais de la casa de las vacas,
y quanto pueda en ella acomodaros,
la teneis pronta, como los Vaqueros.

MADRID.

En quanto á fiesta, ya con mis muchachos
sé la que puede hacerse.

MACARIO.

Y si faltare
quien haga algun papel de mentecato,
aquí estoy yo.

VAQUEROS.

Y nosotros igualmente,
en vuestro lucimiento interesados.

ARANJUEZ.

Y ofrecerles tambien podeis auxîlios
de alguna fiel y generosa mano.

MACARIO.

¿Pues de quién puede ser?

ARANJUEZ.

¿No te lo han dicho

las experiencias?

MACARIO.

¡Toma! Sí, ya caygo.
Por sus Príncipes ese Caballero
es capaz de vender los cartapacios,
los libros, los tinteros y las plumas,
y el papel, aunque sea Secretario.

*Dentro marcha.*

ARANJUEZ.

Pues no hay que detenerse, que parece
que salen sus Altezas de Palacio.

TAJO.

Cada uno á su destino, hasta la noche.
Y oxalá vuestro obsequio sea grato
á sus ojos, y el mio, aunque no sea
conforme al que merecen LUISA y CARLOS.

LOS SITIOS.

Vivan. Y la discordia desterrada,
confirmen la amistad nuestros abrazos.

BONIFACIO.

Y nuestro gozo, voces y guitarras
tambien se han de abrazar.

ARANJUEZ.

Sea cantando
una tirana alegre, y muy del dia.

TODOS.

¿Qué dice?

ARANJUEZ.

Oigan ustedes.

TODOS.

Atendamos.

*Tirana.*

VOZ SOLA.

Desde que oyó la Tirana
lo amable de la Princesa,
está muy mal con su nombre,
por mas que se le celebran.

*Estrivillo.*

TODOS.

¡Ay Tirana! si quieres no serlo,
ven dos dias conmigo á Aranjuez;
cambiarás á sus reales influxos
en amable tu nombre cruel.

VOZ SOLA.

Ven, ven, Tiranilla, Tiranilla, ven:

A DUO.

verás á las flores
y los ruiseñores,
verás los pastores,
diciéndose amores,
burlar tu desden

TODOS.

y abjurando de tus tiranías,
volverás mas dulce
que la mejor miel.
Ven, ven, Tiranilla, Tiranilla, ven
á Aranjuez. A Aranjuez.

2.ª *Copla.*

Aranjuez á las hermosas
está siempre aconsejando,
que la primavera es breve,
y el hibierno dilatado.

*Estribillo.*

¡Ay Tirana! &c.

3.ª *Copla.*

La Tirana ha presentado
en la Villa un memorial,
pidiendo que no la cante
quien no tenga mucha sal.

*Estribillo.*

¡Ay Tirana! &c.

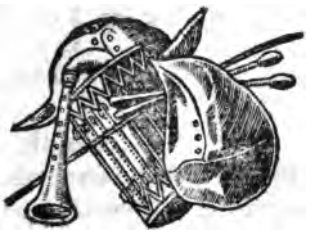
4.ª *Copla.*

A los árboles del Prado
quando se vá la Princesa,
les da tal melancolía,
que poco á poco se secan.

*Estrivillo.*

¡Ay Tirana! &c.

*Con la Tirana se concluyó la Loa, cayendo el telon.*



# LAS CASTAÑERAS PICADAS.

# PERSONAS.

D.ª XAVIERA, *Carpintera.*

GEROMA, *la Temeraria....* } *Castañeras.*
ESTEFANIA, *la Pintosilla.* }

CEFERINA, *Maja.*

2 VECINAS, *Petimetras.*

D. FELIPE... } *sus Cortejos.*
D. LUIS..... }

EL TIO MOGIGANGA, *Mozo de esquina, viejo.*

D. DIMAS, *Alguacil.*

GORITO, *Aprendiz de Carpintero.*

D. SISEBUTO, *Padre de las Vecinas.*

EL MACARENO.

DOMINGO, *Mozo de esquina.*

UNA CRIADA *de la Carpintera.*

BLAS TRABUCO, *Majo de la Ceferina.*

2 PETIMETRAS, *Madre é hija.*

D. BRAULIO, *Petimetre.*

*Varios Oficiales de Carpintero, Músicos, Majos, &c.*

*El teatro representa calle con una puerta de casa decente, y reja encima. hácia el foro en el lado izquierdo. En el propio lado puerta de taberna; y á la esquina, entre primero y segundo bastidor, un puesto de Castañera, en que estará el tio Mogiganga sentado. En el propio parage, enfrente, otro puesto de Castañera, en que estará la Pintosilla, al ayre de los fuelles, cantando la seguidilla siguiente. Don Felipe y Don Luis, Petimetres, se pasearán hácia el foro, deteniéndose alguna vez á oir la Castañera. Alguno de capa, otro Mozo ordinario &c. llegarán á comprar castañas, y entrarán en la taberna. A la reja estarán asomadas las dos vecinas Petimetras.*

Canta PINTOSILLA.

Al ayre de mis fuelles,
y al de mi garbo,

el mayor edificio
se viene abaxo.
Nenguna campa
donde yo campo...
El mayor edificio, &c.
A mis castañas,
que en Madril no se comen
mas resaladas.
Donde yo campo
nenguna campa:
que en Madril no se comen
mas resaladas.

*

*Representa.*

A las gordas, á las gordas
y calientes.

DOMINGO.

Oyes, ¿quántas *de Mozo.*
me das por un quarto?

PINTOSILLA.

Pocas.

DOMINGO.

El año pasado daban
ocho.

PINTOSILLA.

Yo doy diez y seis.

DOMINGO.

¿Sí? Pues toma un quarto.

PINTOSILLA.

Apara.

cinco, y las once restantes
quedan por mi buena cara.

DOMINGO.

La mejor de ustedes non
vale las once castañas.
Venga mi quarto.

MOGIGANGA.

Ven. Yo
doy nueve: las quatro sanas,
y cinco podridas.

DOMINGO.

Pues
la señora Temeraria
dámelas buenas.

MOGIGANGA.

Tambien
yo, que esto ha sido una chanza.

DOMINGO.

Si quieres entrar á echar
un sobreescrito á la panza
de mediu pliegu, you pagu

MOGIGANGA.

Me ha quedado encomendada
la tienda, y no puedo entrar
hasta que vuelva su ama.

DOMINGO.

¿Dónde fué?

MOGIGANGA.

Sábelo el diantre.

DOMINGO.

Pareceme que la aguardan
aquellos Usías.

MOGIGANGA.

No.
Yo creo de mí que andan
tras la otra.

DOMINGO.

¿Vienes?

MOGIGANGA.

No.

DOMINGO.

Yo sí. *entra en la taberna.*

MOGIGANGA.

Buen provecho te haga.

DOMINGO.

Aunque á beber vengu, vengu *al entrar.*
á negociu de importancia.

D. FELIPE. *llega á la Pintosilla.*

¿Están calientes?

PINTOSILLA.

Y gordas.

D. FELIPE. *llegan.*

Así me gustan. ¿Y quántas
das por un duro?

PINTOSILLA.

En mi vida
he visto yo tanta plata
junta.

D. LUIS.

¿Y oro?

PINTOSILLA.

Mucho ménos.

D. FELIPE.

Yo creí que comerciabas
por mayor, porque ese tren
denota:: denota::

PINTOSILLA.

Vaya:
¿qué denota? Acabe Usía
de gomitar la palabra,
ántes que le meta yo
los dedos de las tenazas,
y le obligue: ¿qué denota?

D. FELIPE.

Que tienes puesto á ganancias
mucho dinero.

PINTOSILLA.

¿Y qué mas?

D. FELIPE.

Hablemos fuera de chanza.

PINTOSILLA.

¿Gusta Usía de las gentes
formales?

D. FELIPE.

¿Pues platicára
yo contigo, á no decirme
tus ojos que eras muchacha
formal?

PINTOSILLA.

¿Sí? Pues formalmente
le digo á Usía que basta
de parola, y puede irse
formalmente enhoramala:
que aquí no estamos á chuchos
y sobras de las Madamas
de la reja de allí enfrente;
ni quiero que por mi causa
pierdan su fortuna.

D. LUIS.

Cuenta
no salgan á la ventana:
dice bien.

PINTOSILLA.

¡Qué parroquianos!

D. FELIPE.

Ahora que el Padre está en casa
no saldrán.

*Llega el tio Mogiganga en secreto al otro puesto.*

MOGIGANGA.

Estefanilla.

PINTOSILLA.

¿Qué?

MOGIGANGA.

¿Te han comprado castañas
esos?

PINTOSILLA.

No.

MOGIGANGA.

Pues ni tampoco
se las des si no las pagan:
que por no trocar un duro,
las suelen llevar fiadas,
y no vuelven.

PINTOSILLA.

Será olvido.

MOGIGANGA.

Como todas las mañanas
se acuerdan de visitar
á la hora señalada
á las vecinas, pudieran
acordarse de la paga.

PINTOSILLA.

Pedírselo.

MOGIGANGA.

¿Cómo? ¿A un
Señor con capa de grana,
y dos reloxes, pedirle
quince quartos de castañas
que debe un mozo de esquina?

PINTOSILLA.

No tal, que tienes la plaza
de apoderado y mancebo
mayor de la Temeraria.

MOGIGANGA.

Y con mucha honra.

PINTOSILLA.

Y provecho.

MOGIGANGA.

Cabal: quizá no fumára

yo, ni crédito tuviera
para beber vino en tantas
tabernas (y las mejores)
si ella no me abonára.

PINTOSILLA.

Debe de haberla caido
hoy mucho que hacer, que tarda.

MOGIGANGA.

Está la tarde fresquilla:
ademàs que no hace falta,
en quedando la ofecina
á mi presona encargada.

*Sale* TEMERARIA.

¿Por qué está aquel puesto solo? *de majota*

MOGIGANGA. *con mantilla.*

Ahora mismo me apartaba.

TEMERARIA.

¿A qué?

MOGIGANGA.

A decir á esta chica
una cosa en confianza.

TEMERARIA.

¿Y de quándo acá es vesita
de la Señora? Si pasa
otra vez á la otra cera::-

PINTOSILLA.

No se le pegará nada
malo.

TEMERARIA.

Ni tampoco bueno.

PINTOSILLA.

Si es gueno el humo y la grasa
de la tarángana frita,
y el mosto de las tinajas,
no se le pegará, porque
fuera de pringue, que mancha
por acá.

TEMERARIA.

Provocacion;
pero no tengo ahora gana
de reñir contigo.

PINTOSILLA.

Avisa
luego que te dé, y señala
hora en que no me incomode,
ó no esté desafiada
de otra; que no he de privarle
á ella de las bofetadas
que le tenga prevenidas,
por hacerte á tí esa gracia.

TEMERARIA.

Pintosilla, ¿has reparado
en la muger con quien hablas?

PINTOSILLA.

Mucho: nada ménos que
Geroma la temeraria
por mal nombre, y peor lengua,
Castañera de portada
de taberna.

TEMERARIA.

Por lo ménos
tengo tienda señalada,
soy del número, y estoy
como tal matriculada
en el gremio; pero tú
eres supernumeraria,
y Castañera de esquina,
que si el amo de la casa
quiere, te echará esta tarde
del puesto.

PINTOSILLA.

¿Cómo?

TEMERARIA.

A patadas.

PINTOSILLA.

¿A mí? ¿Y el amo? ¿Discurres

que tambien estas son tapias
de taberna?

TEMERARIA.

No habia visto
el cañon de hoja de lata,
la alfombra de esparto, y que
estás con las dos mamparas,
y el techo en un gabinete
conforme á tus circunstancias.
Anda fuera chimenea
y gabinete.

PINTOSILLA.

Naaja, *hace el ademan*
anda fuera, y dale un beso *de sacarla.*
á mi vecina en la cara.

TEMERARIA.

No la saques, y me obligues
á que yo use de mis armas
de fuego.

PINTOSILLA.

¿Quáles?

TEMERARIA.

Mis ojos:
que de una sola mirada
son capaces de hacer mas
estragos que quatro balas.

PINTOSILLA.

Muerta soy. A Dios, Geroma,
que se queman las castañas.

TEMERARIA.

Miedo, *con viveza.*

PINTOSILLA.

A un Alguacil que viene
por allí.

*A sus puestos muy disimuladas.*

TEMERARIA.

Pues calla.

PINTOSILLA.

Calla.

*Repite la seguidilla con la siguiente letra, é ínterin pasa Don Dimas, Alguacil, muy serio, y se entra por la puerta de debaxo de la reja: se asoman las dos Usías á ella: y hacen gestos á los Petimetres, que las llegan á hablar desde la calle.*

*Canta* PINTOSILLA.

A baylar el bolero,
y asar castañas,
apuesto en todo el orbe
con la mas guapa.

Donde yo campo
nenguna campa :
A baylar el bolero,
y asar castañas.
Quando yo baylo
ellas mueren de envidia,
y ellos de pasmo.
Nenguna campa
donde yo campo :
Ellas mueren de envidia,
y ellos de pasmo.

*

*Pasa Gorito muy majo, y se llega como con disimulo á tomar castañas del puesto de la izquierda.*

GORITO.

Mocita ¿me das dos quartos?

TEMERARIA.

Para usté no hay aquí nada
ya:- *los tira, y los coge Mogiganga.*

GORITO.

¿Qué es aquesto, Geroma? *serio.*

TEMERARIA.

Dígole á usté que se vaya
de bien á bien; que lo luzga
por ahí con quatro petatas

endinotas como él,
mientras duren esas galas;
y que no cuente desde hoy
con mi amor, ni con mi plata.

GORITO.

¿Pero por qué? Si supiera
el embidioso canalla
que te ha hablado mal de mí,
iba al punto, le arrancaba
delantre de tí la lengua,
y si no podia tragarla
cruda, en ese tostador,
ó la freiria, ó la asára.
¿Quién es ese hombre?

*Se levanta temeraria.*

TEMERARIA.

Gorrito,
ya há tres meses que me tratas;
y aunque sabes que yo::- (digo)
soy plus ultre de las Majas
quando quiero, quando quiero,
soy tambien aseñorada;
sé lo que es formalidá;
y llevar bien una bata,
ó un savillé, desafio
á la Usía mas pintada.

GORITO.

Si eres la Reyna...

TEMERARIA.

¿La Reyna?
Alcalde que yo me hallára
no mas, habias de partir
los piñones esta Pasqua
con los cantos de Melilla,
ó habia de quemar la vara.

GORITO.

¿Quién tú? No me alces el gallo.
Ya me conoces.

TEMERARIA.

Cachaza:
si hay mil modos de reñir
sin alborotar las casas
ni la calle; y de cortar
la amistad mas apretada
entre dos, quando la pega
uno de ellos, ó se cansa.

GORITO.

¿Te has cansado tú?

TEMERARIA.

No es eso.

GORITO.

La habré yo pegado.

TEMERARIA.

Basta
que lo conozcas. A Dios,
que se queman las castañas. *se sienta.*

GORITO.

Es un falso testimonio::-

MOGIGANGA.

Calla, hombre, que ya me falta
la paciencia. Si le has dado
á tu Maestra palabra
de casamiento en saliendo
de deprendiz, ¿por qué engañas
á esta probe, y tomas de ella
todo quanto te regala?

GORITO.

No he dado tal; ni he querido
el dinero que me daba
para el desamen la otra:
y si supiera el canalla
soplon::-

TEMERARIA.

¿A quál quieres mas? *se levanta.*

GORITO.

A tí.

TEMERARIA.

Pues está ajustada

la cuenta si quieres.

GORITO.

?Cómo?

TEMERARIA.

En poder de mi Madrastra,
la tocinera del Rastro,
tengo cien reales medallas
para dote: mias propias,
que á nadie le deben nada,
porque mis antipasados,
y mi padre, que Dios hayga,
las ganáron con la honra
que es pública en esa Plaza
mayor, en el Rastro, y la
plazuela de la Cebada.

MOGIGANGA.

Y de esto habrá mil testigos,
hombres de mucha sustancia.

GORITO.

Dí.

TEMERARIA.

Todo está reducido
á sí, ú nó, como Dios manda.
Tú tienes habelidá;
yo te quiero, y tengo plata,
desáminate esta tarde,

y casémonos mañana.

GORITO.

¡Tan pronto!...

TEMERARIA.

Yo soy asina:
ó drento ó fuera, despacha;
ó la Maestra, ó yo.

GORITO.

Geroma,
ni el mesmo Sol que baxára
en figura de muger;
y supongo la encontraba
en la calle, en la canal,
ó en vesita en una casa;
á donde tú te presentas
(pongamos la comparanza)
para mí, corcho: ni estò;
pero déxame que salga
del dia. Esta noche tiene
mi Maestra convidadas
gentes de forma á jopéo;
porque es dia de su Santa;
corro con todo::-

TEMERARIA.

No mas:
pues á donde corres, para,

y agur. *se aparta.*

GORITO.

Si quieres venir::- *la sigue.*

TEMERARIA.

Aunque no estoy convidada,
puede. Calientes y gordas. *se sienta.*

GORITO.

Voy á eso que he dicho.

TEMERARIA.

Anda,
y cumple con tu Maestra.

GORITO.

¿Pero quedas enojada,
la verdá?

TEMERARIA.

¿No me conoces
el regocijo en la cara?

GORITO.

Pues hasta despues, chuscota.

TEMERARIA.

A Dios resalado.

*Sale* D. DIMAS.

Aguarda, *de la casa.*
Gregorillo, Gregorillo.

GORITO.

Señor Don Limas, ¿qué manda

su merced?

D. DIMAS.

¿Es cosa tuya *por la Temer.*
esa moza?

GORITO.

En confianza
haga usted cuenta que nó,
y que sí.

D. DIMAS.

Pues está dada
una querella contra ella,
y la de enfrente.

GORITO.

¡Caramba!
¿Por qué?

D. DIMAS.

Por escandalosas:
y es muy posible que vayan,
si no abandonan los puestos,
al Hospicio á cardar lana.

GORITO.

Eso no es malo.

D. DIMAS.

Prevenla;
mientras yo á estotra muchacha
apercibo en caridad. *se apartan.*

TEMERARIA.

¿Qué traes?

GORITO.

No es cosa de chanza.

TEMERARIA.

¿Le han ido con algun chisme *hablan ap.*
al señor Alcalde? Vaya.

D. DIMAS.

Dios guarde á usté.

PINTOSILLA.

A usté tambien.

D. DIMAS.

Escucheme dos palabras.
El señor Don Sisebuto,
que vive en aquella casa:-

PINTOSILLA.

El señor de poco acá
adelantre: ¿qué embaxada
me trae usted de su parte?

D. DIMAS.

Caracoles, y qué guapa
parece usted.

PINTOSILLA.

Pero mucho.

D. DIMAS.

Pues yo sé donde se amansan

las guapezas.

PINTOSILLA.

Yo sé mas.

D. DIMAS.

¿Pues qué sabe usté?

PINTOSILLA.

Amansarlas.
Diga usté sin cortedá
qualquier recado que trayga,
que nada le turba á quien
tiene la concencia sana.

D. DIMAS.

Pues dice aquel Caballero...

PINTOSILLA.

¿Qué Caballero, ni qué acá?
Si há dos años que era Mozo
del Peso, pasó á la Aduana:
se metió luego á tratante
de quanto viene á la Plaza
por mayor: compra barato;
y en perjuicio de la causa
comun, despues lo revende
por un ojo de la cara.

D. DIMAS.

Calla mala lengua.

PINTOSILLA.

¿Qué
tiene mi lengua de mala?
¿Ha visto usté otras mas limpias,
mas resueltas, ni mas claras?

D. DIMAS.

Tengamos la fiesta en paz.

TEMERARIA.

¿Sabes lo que hay, Estefána? *llega.*
Que el Marques del fardo acuestas
se ha querellado de entrambas.

PINTOSILLA.

¿Por qué?

D. DIMAS.

Por muchos motivos.
Porque cada instante arman
peloteras entre sí
ustedes dos; porque estafan
al público, dando seis
por un quarto de castañas.

GORITO.

La conciencia de un tratante
siempre ha sido delicada.

D. DIMAS.

Y sobre todo, porque
entretienen quantos pasan

con cánticos, chicoleos...

PINTOSILLA.

Por vida del diantre...

TEMERARIA.

Calla:
yo acabaré la querella
como debió él acabarla.
Y que con esto sus hijas,
que están siempre á la ventana
aguardando á dos pelones
de peluca y medias blancas,
nunca pueden sin testigos
recoger y tirar cartas,
y lo que á su padre chupan
de la dispensa y del arca.

D. DIMAS.

¿Lo hareis bueno?

PINTOSILLA.

Así lo fueran
ellas, y toda su casta.

MOGIGANGA.

Mire usté, señor Menistro,
en un barrio, verbigracia,
un zapatero de viejo,
y una de estas son alhajas.

D. DIMAS.

El me ha dicho que sus hijas
están escandalizadas.

PINTOSILLA.

Y nosotras, que lo estamos
mucho mas de ellas; y para
prueba, vendrá todo el barrio.

*Sale* D. SISEBUTO.

¿Ve usted si yo me quejaba *de Caballero*
de valde?

D. DIMAS.

Tambien se quejan
ellas de usted, y afianzan
que hay por allá contrabandos.

GORITO.

En otra parte hago falta,
y aquí sobro, yo me escurro. *vase.*

MOGIGANGA.

Que se va Gorrito.

TEMERARIA.

Vaya
con Dios, que ya nos veremos.

PINTOSILLA.

Si sabe aquella ventana
hablar, que se lo pregunten.

TEMERARIA.

Y si no á esa puerta falsa,
por donde acaban de entrar,
mientras el señor estaba
con usted, dos Petimetres...

D. SISEBUTO.

¿Por dónde, si en la antesala
hemos hablado los dos?

PINTOSILLA.

Por la cocina: ¿en que casa
de Caballero no hay
por lo ménos dos entradas?

D. SISEBUTO.

Mienten.

D. DIMAS.

Mejor será verlo.

D. SISEBUTO.

Las manos sobre las ascuas
pondré yo.

*Sale el* MACARENO.

¿Qué ha habido aquí? *de majo.*
¿Y tú que haces apartada
de tu puesto? Buenas tardes,
Caballeros. ¿Se peleaban
estas mozas, seo Don Dimas,
y vino usté á apaciguarlas?

D. DIMAS.

Chismecillos: por ahora
con apercebirlas basta;
pero si no se corrigen,
será fuerza escarmentarlas.

TEMERARIA.

Primero ha de corregir
usted á las mal habladas
que tienen la culpa...

MACARENO.

Chito.

PINTOSILLA.

Tiene mucha razon.

MACARENO.

Calla
tú: recoge la mantilla,
y ve á buscar á tu hermana,
que te espera para ir
al fandango de la Paca
la Carpintera.

PINTOSILLA.

No iré
hasta que quede mi fama
bien puesta, y he de quedarme
aun en verano, plantada
en esta esquina: y sobre eso,

Macareno, no me hagas
reconvenciones.

MACARENO.

¿Qué empeño
teneis tú y la Temeraria
en estar aquí sufriendo
la nieve, el viento, y el agua,
sino os falta que comer,
bien vestidas y calzadas?

TEMERARIA.

Tener oficio.

MACARENO.

¿Y qué oficio
es?

TEMERARIA.

Como otras holgazanas
se aplican á escofieteras,
nosotras á asar castañas.

MOGIGANGA.

Unas detras de cristales,
y otras detras de mamparas.

MACARENO.

Pues no lo estarás tú mas;
que al puesto, y á todas quantas
varatijas le competen,
he de pegar fuego.

D. DIMAS.

Basta
quedar por ahora embargados.
Usted, tio Mogiganga,
métalos en la taberna,
quedándose hasta mañana
por depositario.

*Los recoge, ayudándole alguno.*

PINTOSILLA.

?Y qué
se han de quedar las fulanas
riyendo?

D. DIMAS.

Poquito á poco
se andan mejor las jornadas.
Venga usted Don Sisebuto
conmigo.

D. SISEBUTO.

¿Dónde?

D. DIMAS.

A su casa.

D. SISEBUTO.

¿Pues creyó á estas embusteras?

D. DIMAS.

No; pero aquel que se encarga
de una comision, mal puede

cumplir, sin exâminarla. *se entran los 2.*

MACARENO.

Vamos.

PINTOSILLA.

¿Geroma, y tu novio?

TEMERARIA.

Está en una cuchipanda.

PINTOSILLA.

¿Y que va sin tí?

TEMERARIA.

Otras veces
voy yo sin él; con que patas.
¿Qué mira usted? Yo lo digo. *al Macar.*

MACARENO.

Si tuvieran una miaja
de juicio algunas mugeres,
pudiera uno aconsejarlas
lo que no las tiene cuenta;
pero luego despues... Vaya,
mas vale callar.

TEMERARIA.

Mas vale,
que estar con medias palabras
provocando la paciencia
á dos mugeres honradas.

MACARENO.

Basta que ustedes lo digan;
pero yo tengo mil ansias...

PINTOSILLA.

Pues si la tienes empuja,
gomitalo todo, ó calla.

MACARENO.

Dicen que Gorillo no
parece saco de paja
á su Maestra.

TEMERARIA.

Tampoco
me lo parece á mí. Salga
de aquese buche::-

MACARENO.

¿Qué ha de
salir?

TEMERARIA.

Otra bocanada.

MACARENO.

Y se dice que se casa
con ella.

TEMERARIA.

Pues si se dice,
y de ello tanto se habla,
será verdad, ó será

mentira. ¿Quántas proclamas
se han corrido?

MACARENO.

Eso no dicen.

TEMERARIA.

¿Los ha visto alguno ir cacia
la Vicaría en Simon?

MACARENO.

Tampoco.

PINTOSILLA.

Será patraña.

TEMERARIA.

No tardarás en saberlo.

PINTOSILLA.

¿Y cómo?

TEMERARIA.

Ustedes se vayan
á su bayle.

PINTOSILLA.

¿Y tú no vienes?

TEMERARIA.

Si yo no estoy convidada.

MACARENO.

Yo te convido, Geroma.

TEMERARIA.

Pues en esa confianza

puede que me anime. Agur.

PINTOSILLA.

Pues te esperamos sin falta.

TEMERARIA.

Yo iré::-

MOGIGANGA.

Mire usted lo que hace.

TEMERARIA.

Vamos, tio Mogiganga.

MOGIGANGA.

¿A avisar al Peluquero?

TEMERARIA.

No necesito ir peynada;
que voy yo á peynar.

MOGIGANGA.

¿A quién?

TEMERARIA.

El primero, si me enfada,
á usted. *vase.*

MOGIGANGA.

No enfadaré tal.
Dios ponga tiento en tus gatras. *la sigue.*

*El teatro se muda en casa pobre, que figura la tienda de Carpintería, adornada caprichosamente con algunas targétones,*

*y cortinas apavellonadas, bastante charro: dos ó tres oficiales de Carpintero poniendo velas á las cornucopias: habrá una araña de palo colgada ya con luces. Domingo, mozo de esquina, traerá como el último viage de taburetes y sillas, que la Viuda y su Criada arreglarán, interin cantan dentro las boleras, que despues han de servir para baylar con la guitarra, bandurria, un violin bueno, y castañuelas, &c.*

OFICIAL 1.º

¡El demontre del Bollero
Aragonés qué bien canta!

CRIADA.

Mas me gusta á mí la voz
de Josillo el de Arabaca.

*Sale* D.ª XAVIERA.

Mas me gusta á mí la sorna *la Carpint.*
de ustedes.

OFICIAL 1.º

¿No se trabaja
bastante, y en medio dia
hemos dispuesto una sala
de la tienda, que compite
con la de un Grande de España?

*Se sienta y limpia el sudor.*

DOMINGO.

You non puedu mas.

D.ª XAVIERA.

Que callen los de la música, hasta que se empiece la funcion.

CRIADA.

¡Jesus qué mal humorada está usted!

D.ª XAVIERA.

Tengo motivo: haz tus haciendas y calla. ¿Domingo? *se llega á él*

DOMINGO.

¿Señora?

D.ª XAVIERA.

¿Con que festeja á la Temeraria Gorrito?

DOMINGO.

Si mal le sabe, ¿por qué con ellu se enjuaga? Digu que fui á beber á la taberna: no estaba ella: tomé informacion

de la señora Juliana
la tabernera, su esposu,
y demas gentes honradas
de la ter[illegible]a: dixerun
que la Ger[illegible]es su maja,
y Gurritu el [illegible]u de ella:
que ella le com[illegible] la capa
con galon, el chup[illegible]es,
el chalecu, é mais [illegible]a,
medias de seda, sombre[illegible]
y las hebillas de prata
de martillu; pero en quantu
si se casa ó non se casa,
non se sabe cosa fixa.
¿Queda su mercé enterada?

D.ª XAVIERA.

Demasiado: déxame.

*Sale Blas Trabuco de maj[illegible] serio la Ceferina.*

BLAS.

Buena hora es. Mira si halla
por ahí donde sentarte,
que estés mas acomodada,
y me dexes un ladito.
Felices, señora Paca
Xaviera, con muchos gustos,

y los aumentos de gracia
que yo la deseo en vida
del difunto que Dios hayga;
y si tiene echado el ojo
del que ha de ocupar su plaza.

D.ª XAVIERA.

¡Qué sé yo! *suspirando.*

CEFERINA.

¿Qué tienes, hija?

D.ª XAVIERA.

Estoy muy desazonada.

CEFERINA.

Supongo que en dias tales
es mas sensible la falta
de un marido como el tuyo.

D.ª XAVIERA.

Hoy hace siete semanas
que espiró, doce minutos
ántes de salir el alba.

CEFERINA.

¡Qué memoria! Se conoce
lo mucho que le estimabas.

BLAS.

¿Si así madrugó á morirse,
qué haria si le convidáran
á almorzar en este tiempo

una solemne fritada
de lo fresco?

D.ª XAVIERA.

¡Ay, Ceferina!
¡Ahora conozco las maulas
que son los hombres! Aunque
con un candil le buscára, *suspirando.*
no hallaré otro Juan Garcia.

BLAS.

Pues buscarle con una hacha:
y en encontrando un buen Juan,
mas que se llame Juan Rana.
*Con la Pintosilla, y otra Maja.*
*Sale el* MACARENO.
Aun no hay gente.

BLAS.

¿Pues qué somos
los que estamos aquí estatuas?

PINTOSILLA.

Muy buenas noches, amigas.

D.ª XAVIERA.

¿Qué contentas y bizarras
venis?

CEFERINA.

Aun no somos viudas.

PINTOSILLA.

Yo ni tampoco casada.

CEFERINA.

Yo estoy del propio color
mas vivo, con esperanzas
de uno y otro ántes de mucho.

BLAS.

Conmigo no has de lograrlas:
¡ola!

CEFERINA.

Calla, mono mio,
que esto es jugar.

BLAS.

Pues si me andas
con esos juegos, quizás
puedes perder la casaca.

D.ª XAVIERA.

¿No os sentais?

PINTOSILLA.

¿Qué tienes hoy?

CEFERINA.

Llora la memoria amarga
de su marido.

PINTOSILLA.

No es eso.

D.ª XAVIERA.

¿Qué, sabes tú lo que pasa dentro de mí? *pronta.*

PINTOSILLA.

Lo sabemos.

MACARENO.

Y no logrará usté nada
con dar y tomar en ello,
sino echar el pecho al agua.

BLAS.

Y el cuerpo, que la estacion
para bañarse es muy guapa.

*Sale* GORITO.

¿Han venido mis amigos,
los del tiple, la guitarra,
y el vigolin?

D.ª XAVIERA.

Ya están dentro. *con fuga.*

GORITO.

¿Y el Aragonés?

D.ª XAVIERA.

¿Canalla,
de dónde vienes?

GORITO.

De allá.

D.ª XAVIERA.

¿De buscar la Temeraria?

MACARENO.

¿Y vendrá á favorecernos?

D.ª XAVIERA.

¿Te atreviste á convidarla,
pícaro? ¿Piensas que ya
no sé todo lo que pasa?
Que me dices, que tu tio,
es quien te viste y te calza,
y es ella.

BLAS.

Dios se lo pague.

GORITO.

Si usted todo es, calla, calla,
Gorito, que yo te quiero:
y para tí tengo un arca
tan grande, y otros dos cofres
de vestidos ricos para
quando seas oficial:
yo te pagaré la carta
desamen y las propinas:
la rica capa de grana,
y el vestido de tisul,
que tu Maestro llevaba
en la pruclsion el año

dempues de Semana Santa
que le hiciéron Mayordomo,
y el espadin de oro y plata,
todo será para tí:
y temprano una mañana
nos irémos á la Iglesia...
con otras muchas cosazas
prometidas; pero hasta ahora,
si un hombre no se ingeniára
por otra parte, andaria
hecho un pillo, como andaba.
Usted, señor Blas Trabuco,
que es hombre de razon, haga
justicia; y el Macareno,
que profesó en Salamanca
diez meses la albeytería,
y que sabe de la pata
que cogeah las mugeres,
diga lo que se le alcanza.

D.ª XAVIERA.

Que lo digan.

BLAS.

Poco á poco:
habla, Macareno.

MACARENO.

Habla,

Trabuco.

BLAS.

Con tu licencia. *al Macar.*
¿Le tienes dada palabra
á la otra?

GORITO.

Segun y como.

BLAS.

Ya. ¿Y usted, señora Paca,
si el chico la antepusiese
á la otra, se casára
con él?

D.ª XAVIERA.

Segun y conforme.

BLAS.

Pues conforme, y segun hagan *á Gorito.*
ellas contigo, haz tu boda
con la que te dé la gana.

CEFERINA.

Yo estoy por esta señora.

PINTOSILLA.

Y yo por la Temeraria,
que da mas que ofrece.

D.ª XAVIERA.

A dar,
ni ella, ni otra mas bizarra

me echa el pie adelantre. Chica, *á la criad.*
pon un brasero en la sala;
y si la que mas te estime,
ha de llevarse la palma,
os confundiré á finezas
á tí, y á la Temeraria.
Muchachos, venid conmigo: *á los Oficial.*
y sígueme tú, canalla. *á Gorito.*

TODOS.

¿Pues qué es esto?

D.ª XAVIERA.

Ceferina,
á tí te dexo entregadas
las llaves de la funcion,
para que hagas y deshagas
á tu gusto.

CEFERINA.

¿Dónde vas?

D.ª XAVIERA.

Entretanto que se bayla
por aquí, á dar yo allá dentro
un golpe que asombre á España.
*Se va con los que dixo.*

BLAS.

Nos han convidado á una
funcion, y dos nos aguardan.

MACARENO.

¿Cómo?

BLAS.

La oposicion de
la Castañera, y la Paca.

*Sale Don Braulio con madre é hija, Petimetras.*

D. BRAULIO.

Muy buenas noches, señores.

TODOS.

Muy buenas.

MADRE.

¿Dónde está el ama
de casa?

OFICIAL 1.º

A uña diligencia
adentro: voy á avisarla.

CEFERINA.

Ella saldrá: Madamitas,
me alegro de ver la sala
tan lucida.

MADRE.

Pero sosa.

D. BRAULIO.

¿Se bayla àquí, ó no se bayla?

CEFERINA.

Al instante: diga usted *al Oficial 1.°,*
á los músicos que salgan. *y se va.*

BLAS.

¿Eres tú la bastonera?

CEFERINA.

No, que soy la apoderada:
¿no lo has oido?

BLAS.

Discurro
que sí: ya no me acordaba.

*Salen las dos vecinas Petimetras con Don Felipe y Don Luis, de frac y baston.*

D. FELIPE.

¿Dónde está la Carpintera?

CEFERINA.

Doña Francisca se llama.

PINTOSILLA.

Las vecinitas: las hijas
de Don Sisebuto. *quedo al Macarena.*

MACARENO.

Calla.

VECINA 1.ª

¿Y dónde está la tal Doña?

CEFERINA.

Está allá dentro ocupada.
Para recibir á ustedes,
y acomodar á estas Damas
á gusto, yo soy lo mismo.

BLAS.

Como que es la apoderada.

*Sale* OFICIAL 1.° *con los tocadores.*

Yá está la música aquí.

MACARENO.

¿Pues para qué se malgasta
el tiempo?

CEFERINA.

¿Baylas, Trabaco?

BLAS.

Si sabes que á mí me agrada
mas que baylar no cansarme,
y reirme de los que baylan.

CEFERINA.

¡Qué majo tan poltron eres!

BLAS.

Por eso hacemos tan brava
pareja, yo como un plomo,
y tú como una paxára.

CEFERINA.

¿Y no he de baylar yo?

BLAS.

Mucho.

CEFERINA.

¿Y si ninguno me saca?

BLAS.

Yo sacaré para tí
el mejor mozo que hayga.

CEFERINA.

Bien. ¿Pues si ha de ser, señores,
á qué esperamos. Al arma.
¿Si ustedes gustan?

LAS PETIMETRAS.

Muy bien.

LOS PETIMETRES.

Damos á usted muchas gracias.

*Se ponen en postura de minué á quatro, y empiezan á cantar boleras.*

PINTOSILLA.

¡Qué mal se ponen!

MACARENO.

Despues
saldrás tú para enseñarlas.

MUSICA.

Ya no vivo en la calle
de la Paloma::-

D. LUIS.

Toquen minuet.

MUSICOS.

No sabemos.

VECINA 1.ª

Esta es mucha bufonada,
que nosotras no baylamos
sino minué y contradanzas.

PINTOSILLA.

Nosotras sí. Macareno,
vamos.

MACARENO.

Sí, que se malgasta
la cera y los estrumentos.

CEFERINA.

Señoras, luego que salga
la Carpintera, dará
providencia de que traygan
orquesta en forma.

LAS PETIMETRAS.

Muy bien.

BLAS.

Ceferina, ponte en planta,
que vas á baylar.

CEFERINA.

¿Con quién?

*Llega con mucha cortesía á la hija Petimetra.*

BLAS.

Ahora lo verás. ¿Madama,
me presta usted á su majo
para baylar con mi maja
unas quantas seguidillas?

MADRE.

Así como así no baylas:
sí, préstasele, hija mia,
con eso verás que hallas
otro dia quien te preste
lo que á tí te hiciere falta.

HIJA.

Vaya usté, vaya usté.

BLAS.

Yo
tendré esta silla guardada:
que esto ha de ser de hombre á hombre,
confianza á confianza.

D. BRAULIO.

Muy bien.

BLAS.

Y de mas á mas
le guardaré á usted la capa.

CEFERINA.

Ea, muchachos, echad
el doble de las gargantas.

*Baylan las seguidillas boleras la Pintosilla y Ceferina con el Macareno, y Don Braulio; y al acabar las suficientes, sale el tio Mogiganga de capa y aseado; y despues Doña Xaviera y Temeraria, segun dirán los versos.*

MOGIGANGA.

¿Está aquí el señor Gorrito?

PINTOSILLA.

¿Qué trae, tio Mogiganga?

MOGIGANGA.

Un recado de atencion.

CEFERINA.

¿De quién, y á quién?

MOGIGANGA.

De mi ama
al ama de aquí.

*Sale* D.ª XAVIERA.

¿Qué es esto?

MOGIGANGA.

La señora Temeraria
dice que salga Gorito,
si usted gusta de que salga.

y si no entrará por él.

D.ª XAVIERA.

Aguarde un poco. Muchacha.

*Sale la* CRIADA.

Señora.

D.ª XAVIERA.

Trae luego aquello. *vase la criada.*
Dígale usted á esa Dayfa,
que si quiere entrar á honrarme,
es muy dueño de esta casa;
pero si juzga que tiene
derecho á algunas alhajas
que hay en ella, se equivoca;
porque las que son compradas *las sacó la*
con su oro, se las vuelvo *criada.*
en bandeja...

MOGIGANGA.

Si es canasta.

D.ª XAVIERA.

Calle; y de la única libre,
tengo muy anticipada
yo la posesion.

*Sale* TEMERARIA.

Y yo
la propiedad.

BLAS.

No se haga
el pleyto camorra, y demos
todos una campanada.

TEMERARIA.

¿Dónde está el descamisado,
que á una y otra nos engaña?

D.ª XAVIERA.

¿Descamisado? Eso fuera
si todavía tratara
con ella: sal Don Gregorio,
y haz notoria la distancia
que hay de ser pillo á maestro
de una profesion honrada.

*Sale Gorito con las galas que se citáron del Maestro difunto.*

GORITO.

Señores, á vuestros pies,
besoos las manos, Madamas:
estimo mucho, que vengan
ustedes á honrar mi casa.

TEMERARIA.

¿Tuya? La casa, el vestido,
(que mas parece botarga)
á la maestra, y á tí,
y á todos quantos se hallan

en la funcion, con las uñas
los tengo de hacer migajas,
sino me dan la razon.

*Sale* D. DIMAS.

¿Qué voces descompasadas *con D. Sisb.*
son estas? Esto es camorra
ó bayle... ¿Mas qué me espanta?
Donde están las Castañeras
no cabe juicio.

D. SISEBUTO.

¿Pensaba . . .
yo bien?

PINTOSILLA.

Donde están sus hijas
tampoco faltan tarascas.

D. DIMAS.

¿Sus hijas?

D. SISEBUTO.

¡Ha picaronas!
¿Vive aquí Doña Gervasia,
donde ibais? Y el pagecillo?
¿Quién son los que os acompañan?

LAS PETIMETRAS.

Padre::-

LOS PETIMETRES.

Seor D. Sisebuto::-

TEMERARIA.

Picaro::- *á Gorito.*

D. SISEBUTO.

Atrevidas::- *á sus hijas.*

D. DIMAS.

Basta
de voces; y si no basto
yo á persuadir la templanza,
mi Alcalde tiene la ronda
para salir preparada.

D. XAVIERA.

Mire usted por mí.

D. DIMAS.

Por todos;
pues aunque son limitadas
mis luces y facultades,
quando de atajar se trata
un escándalo ó disgusto,
con la buena intencion basta.
¿Ustedes dos, Caballeros,
festejan á estas dos Damas
de buena fé?

D. LUIS.

De tan buena,
que á igualar las circunstancias
de su Padre con las nuestras...

D. SISEBUTO.

¿Pues en qué se desigualan?

D. FELIPE.

Dicen...

D. SISEBUTO.

Todos los que digan
mal de mi origen, se engañan.
Soy un Montañés honrado,
que se escapó de su patria,
como otros, á hacer fortuna
con muy grosera crianza.
Si hubiese hecho buena letra,
al destino me aplicáran
de ortera ó page en el dia:
con buena voz, unas quantas
monerías á la moda,
al compás de una guitarra,
no me hubiera ido mal; pero
como no me dió otra gracia
Dios que las buenas costillas,
me apliqué á llevar la carga,
y me ha ido mejor con ella,
que si hubiese en Salamanca,
Valladolid y Alcalá
cursado todas las aulas.

D. DIMAS.

Hablen ustedes.

D. FELIPE.

No es esta
materia para tratada
aquí. Mañana hablaremos.

D. SISEBUTO.

Pues hablaremos mañana. *se dan las man.*

TEMERARIA.

¿Me sigo ahora yo?

D. DIMAS.

¿Qué tienes
que decir?

TEMERARIA.

Pocas palabras.

D.ª XAVIERA.

Pues cuidado que sean buenas...

TEMERARIA.

Como mias.

D.ª XAVIERA.

Que ya se alza
mi cólera á las narices.

TEMERARIA.

Pues la mia se me baxa
á los zancajos. Señor
Don Gregorio, yo gustaba

de usted, quando era un muchacho
chiquito; pero con gracia,
como yo: pero me da
tal asco ver esa estampa
de cocherillo alquilon,
con la librea de gala:
de cómico de la legua:
y de estafermo de paja;
que me doy la enhorabuena
de enviarle enhoramala.
Zoquete por fin.

D.ª XAVIERA.

Zoquete,
que en este taller se labra
para hacer de él un marido.

GORITO.

Cabal. Deme usted la blanca
mano, tome usted la negra,
y está la cosa ajustada,
en dando lo que gastó
conmigo á la Temeraria.

D.ª XAVIERA.

Luego: ¿trae usted la cuenta?

TEMERARIA.

Eso solo me picara,

si no fuera yo de pecho,
y de corazon tan ancha.

*Mogiganga muy alegre, y se la empieza á poner.*

Tio, esa ropa es de usted;
y yo me doy por pagada
con baylar en esta boda.

D.ª XAVIERA.

Ahora no, que nos aguarda
la cena. Señor Menistro,
si usted gustase de honrarla...

D. DIMAS.

Lo estimo mucho.

PINTOSILLA.

Geroma,
de verte estoy admirada.

TEMERARIA.

Hija, al que juye de mí,
el pasadizo de plata.

D. DIMAS.

Señores, no me parece
que debo yo ser machaca;
conozco á ustedes, y creo
que con lo apuntado basta,
para abandonar, vosotras
los puestos de las castañas,

y los demas, ó casarse,
ó cada uno á su casa.

LOS MAJOS.

Ya sabe usted...

D. DIMAS.

Lo sé todo:
á cenar, señora Paca.

D. SISEBUTO.

A Dios, señores. *señas á los Petimet.*

BLAS.

Está
la llave á la puerta echada.

D.ª XAVIERA.

Este es obsequio que quiero
hacer á mis parroquianas.

D. SISEBUTO.

No replico.

D.ª XAVIERA.

Pues en tanto
que de servirnos acaban
las mesas, Esfanía,
pudieras, acompañada
de las amigas y amigos,
cantarnos una tirana.

PINTOSILLA.

Jesus, querida, al instante.

GORITO.

Que nos saquen las guitarras,
porque se convierta en gozo
lo que empezó por desgracia.

OFICIAL 1.º

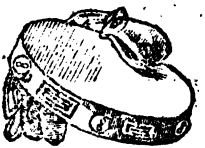
Aquí hay instrumentos.

PINTOSILLA.

Pues
allá va, sin ser rogada.

BLAS.

Yo en nombre de todos, pido
á todos silencio y gracia.



# LA VIUDA HIPÓCRITA Y AVARIENTA.

*Con buena intencion, mil veces*
*se ha visto hallar el remedio*
*los tontos á muchas cosas,*
*que han errado los discretos.*

# PERSONAS.

EL ALCALDE.
EL ASESOR.
EL ESCRIBANO.
DOS REGIDORES.
LA VIUDA.
SU CRIADA.
UN OFICIAL DE INFANTERIA.
QUATRO PAYAS.
QUATRO PAYOS.
ALGUNOS ALGUACILES.

*La Escena se supone en un Lugar corto de Castilla.*

*Calle ú plaza de Lugar; y al son de tamboril y dulzayna, que irá delante, salen todos los hombres que puedan de Payos; y detras el Alcalde de monterilla, el Asesor vestido de negro, el Escribano, y dos Regidores: dan media vuelta, y quedan en semicírculo. El Alcalde enmedio, y el Asesor á la derecha, &c.*

*Voces de aplauso.*

UNOS.

Sea mil veces en buen hora.

OTROS.

Que viva el Alcalde nuevo.

ASESOR.

Dadles á todos las gracias;

y basta de cumplimiento.

ALCALDE.

Y aun hasta aquí era excusado.
Muchas gracias, Caballeros.

ASESOR.

Venid ahora al Consistorio,
donde el acto prosiguiendo
de la posesion, despues
de cumplido el juramento,
y dar gracias en la Iglesia,
algun juicio sentenciemos
brevemente, para hacer
pruebas de vuestro talento.

ALCALDE.

¡Sentenciemos! ¿Quántos somos
Alcaldes?

ASESOR.

Vos solo.

ALCALDE.

¿Luego
no sentenciará el Alcalde
solo?

TODOS.

Sí tal.

ALCALDE.

No lo entiendo.

REGIDOR 1.º

Ya sois Alcalde, y es fuerza,
Roque, dexar de ser necio.

ALCALDE.

Malo es que lo fuera ántes;
pero aunque prosiga en serlo,
nunca tendré yo la culpa.

REGIDOR 1.º

¿Pues quién?

ALCALDE.

Quien me da el empléo.

REGIDOR 1.º

El Asesor dice bien;
pues qualesquiera proceso
sentenciais á medias, vos
votando, y él influyendo.

ESCRIBANO.

Y aun el Escribano puéde
llamarse á la parte, siendo
el que dispone los autos.

ALGUACIL.

Y si al trabajo atendemos
material, el Alguacil
tambien tiene parte en ello.

ALCALDE.

Todos dicen bien; mas yo,

como soy tan majadero,
y novato en el asunto,
echaré por esos cerros:
y Alcaldadas este año
habrá, que canten misterio.

ASESOR.

No las consentiré yo.

ESCRIBANO.

Ni yo.

ALCALDE.

¿Pues las que se han hecho
todos los años de atras,
para qué las consintiéron?
Amigos, práctica nueva...
Yo soy tonto, lo confieso...
y seré grande ignorante
en todo; pero á lo ménos
tendrán quatro cosas buenas
mis juicios: conocimiento
de las Partes; darles muchas
vueltas para resolverlos;
pensar siempre mal de quien
me regale, ó busque empeños;
y ahorrarles, siempre que pueda,
gastos de papel y tiempo.

ASESOR.

Amigo, hay grande distancia
de los dichos á los hechos.

ESCRIBANO.

Dexe usté al señor Alcalde;
que á fe que es de prueba el pleyto
que le traygo prevenido.

ASESOR.

Ateniéndose á mi acuerdo,
no hay que hacer.

ESCRIBANO.

Tiene razon.

ALCALDE.

¿Y si á lo dicho me atengo,
cumplo?

REGIDOR I.°

Sí señor.

ALCALDE.

Yo digo
que no; ni tampoco en eso
puede conocerse á donde
alcanza mi entendimiento.

REGIDOR I.°

Basta para ceremonia.

ALCALDE.

Las ceremonias dexemos,

y á los fines.

ASESOR.

¿Quáles son
los fines?

ALCALDE.

El bien del pueblo,
la justicia, la abundancia,
la quietud, y el buen exemplo.

TODOS.

Que viva el Alcalde.

ALCALDE.

Gracias
repito; y vamos adentro
á ver con que necedad
de las que aguardais me estreno.

REGIDOR 1.°

La buena armonía es fuerza
con todos.

ALCALDE.

Y yo la quiero;
por eso el que se destemple,
verá que pronto le templo.

REGIDOR 2.°

¿Presumido y cabezudo, *ap. al Asesor.*
sobre tonto? Compañeros,
bravo lance hemos echado.

ALCALDE.

Vaya, señores, dexemos
adulaciones, que á mí *volviendo.*
ni me gustan, ni merezco:
y á su obligacion cada uno.

TODOS.

Que viva el Alcalde nuevo.. *vanse los de*

PAYO 1.° *Justicia.*

Oyes, ¿sabes si es ahora,
ó es á la tarde el refresco?

PAYO 2.°

Yo creo que no da nada.

PAYO 3.°

Si este Roque fué un jumento
siempre, yo no sé por qué
le han dado la vara.

PAYO 1.°

Creo,
que esto ha sido una humorada
de nuestro amo por lo mesmo.

PAYO 4.°

Pues esa es mala intencion,
porque es tirar á perdernos.

PAYO 1.°

Quizá no; que *muchas veces*
*se ha visto poner remedio*

*los tontos á muchas cosas,*
*que han errado los discretos.*

PAYO 2.º

¡Qué disparates hará!

TODOS.

Así nos divertirémos.

*Salen algunas mugeres de Payas, ó Lugareñas.*

PAYA 1.ª

Muchachos, ¿sabeis si hay bayle
esta tarde, y si han dispuesto
hogueras para la noche
á la puerta del Consejo?

PAYO 1.º

Yo no sé.

PAYA 2.ª

No seas porfiada,
que en este año no tendremos
rondas y bayles.

PAYA 1.ª

¿Pues Roque
no ha sido siempre el primero
en las bullas?

PAYA 2.ª

Por lo mismo.
amiga; que todos estos,

que han sido en particular
peores, y mas traviesos,
creen se hacen todas las cosas
con la propia intencion que ellos;
y en llegando á mandar, son
ridículos con extremo.

PAYA 3.ª

Dice bien, Colasa.

PAYA 2.ª

¡Toma!
¿No veis que lo experimento?
Mi marido, verboigracia,
como fué quando soltero
tan picaron, luego que
se casó se puso sério,
y desde una legua guarda
las uvas de su majuelo.

PAYA 3.ª

La viudita.

PAYA 2.ª

A mí me da
lástima.

PAYA 1.ª

Yo no la creo.

PAYO 1.º

Si no habia en esta tierra

caudal como el de Don Diego
su marido, y no tenia
vicio alguno.

PAYA I.ª

¿Qué sabemos?
La mejor manzana suele
estar podrida por dentro.

TODAS.

Dice bien.

*Sale la Viuda, muy gazmoña, acechando.*

VIUDA.

Dios guarde á ustedes,
y libre de desconsuelos,
desamparo, y soledades,
como las que yo padezco.

TODAS.

Amen.

VIUDA.

¿A qué se ha juntado
hoy todo el Ayuntamiento?
que yo, como de vergüenza,
á nadie trato, ni veo,
nada sé. ¡Quién lo diria,
queridas, en aquel tiempo
que era yo aquí la ricota!

Sírvase con todo el cielo:
y vaya tanta miseria
de mis culpas en descuento.

PAYA 3.ª

Es que ha enviado el Señor
la eleccion de Alcalde nuevo.

VIUDA.

¿En quién?

PAYA 2.ª

En Roque Pancilla.

VIUDA.

Albricias. ¡Quánto me alegro! *ap.*
Al mas tonto del Lugar
justamente, y mas inquieto.
Bien se conoce, hijos mios,
que esta es heredad sin dueño.
Á tal Señor, tal Alcalde;
y todo el mundo es lo mesmo:
tomadas y latrocinios...
Pero al fin no murmuremos;
que no lo he de juzgar yo,
á quien Dios, por su consejo,
de la vanidad del siglo,
reduxo á ser excremento.

PAYA 3.ª

¡Pobrecita!

PAYA 2.ª

No lloreis.

VIUDA.

¡Ah, quánto me compadezco
de las que ya estais casadas!

PAYA 1.ª

¿Sabeis por qué dice eso?

LAS OTRAS.

No.

PAYA 1.ª

Porque siente tener
esos pretendientes ménos
en que escoger.

PAYA 3.ª

¡Qué mala eres!

PAYA 1.ª

A que es peor la Viuda apuesto
doce gallinas, y un gallo.

*Sale la Criada de la Viuda, acelerada.*

CRIADA.

Señora, venid corriendo.

VIUDA.

¿Qué traes, Marica?

CRIADA.

¡Ay, señora,
que ha ido á casa un Caballero

soldado, que es el sobrino
de mi amo, y heredero
de todo!

VIUDA.

¿Y no le dixiste *inquieta.*
que he quedado pereciendo,
y que no hay un quarto?

CRIADA.

Yo
se lo dixe; pero creo
que se enfadó. Y solo dixo...
Ya veremos, ya veremos.
Justicia habrá en el Lugar;
y si no, la hay en el Reyno.

VIUDA.

¡Pobre de mí! ¿Y dónde fué?

CRIADA.

Yo no lo sé.

VIUDA.

A bien que tengo
todo el Lugar por testigo
del estado en que me veo.
Hijos, si acaso os preguntan,
afirmad con juramento,
que estoy muertecita de hambre.

CRIADA.

Con quatro pares de sesos,
y una libra de pernil,
que ha tomado por almuerzo,
con su chocolate encima.

HOMBRES.

Seguro está que juremos
en falso. VIUDA.

¿Cómo?

PAYO 1.º

Si naide
lo sabe. VIUDA.

¿Pues qué yo miento?

PAYA 2.ª

Puede ser.

VIUDA.

¡Ah malas almas,
sin caridad, y sin zelo
por las pobrecitas viudas!
Pero á bien, que lengua tengo
para volver por mi honor.
Allá voy á vuestro templo
á ponerlo en vuestras manos,
señor: inspiradme acierto,
para que todos conozcan
la razon con que me quejo.

PAYA 3.ª

Ya es buena maula la Viuda.

VIUDA.

Ve á casa, que pronto vuelvo. *vase.*

PAYA 2.ª

¿Te trata bien?

CRIADA.

Grandemente.

PAYA 3.ª

Oyes; ¿y tiene dinero?

CRIADA.

Yo no lo sé.

PAYA 1.ª

¿Reza mucho?

CRIADA.

Yo no lo oygo, ni lo veo,
porque se está todo el dia
cerrada por allá dentro.

PAYO 1.º

¿Quiere volverse á casar?

CRIADA.

Los suspiros que yo advierto
en ella sin duda son
por el difunto, ú por eso.

PAYA 2.ª

¿Pero á tí qué te parece?

CRIADA.

Si conforme á lo que siento
quando yo suspiro, juzgo,
á lo segundo me atengo. *vase.*

PAYO 2.º

Vamos á tirar la barra,
muchachos.

PAYA 3.ª

¿Y no os veremos
esta noche?

PAYO 1.º

Sí: aguardayvos;
que aunque nos cueste un encierro,
ha de haber ronda.

MUGERES.

Que viva
el valor de los mancebos.

HOMBRES.

A la paz.

PAYA 1.ª

Y mas que rabie
el Alcalde, gaitaremos...

*Cantan en coro.*

Que no hay mejores mozos
en toda España,
que los que en nuestro pueblo

tiran la barra.
Dame tu trenza,
ya que prenderme quieres,
para cadena.

*Vanse separados, con grita, al son de la dulzayna.*

*Sala de Ayuntamiento, con bancos, taburetes y mesa, &c. Salen los seis de Justicia, incluso el Alguacil, que queda en pie, con otro.*

ASESOR.

Alguaciles, póngase
el tribunal aquí enmedio.

ALGUACIL.

Ya está.

REGIDOR I.°

Vámonos sentando. *se sientan.*

ALCALDE.

¿Quién preside, Caballeros? *en pie.*

TODOS.

Vos.

ALCALDE.

Pues levántense ustedes, *se levant.*
hasta que yo tome asiento; *todos.*

que como Roque Pancilla
á todo el mundo le cedo;
pero esta vara es señora
digna de todo respeto. *se sienta, y todos.*

REGIDOR 1.°

Hablando aquí en confianza,
parece hombre de provecho.

ASESOR.

Yo estoy divertido.

REGIDOR 2.° } Y todos.
ESCRIBANO. }

ALGUACIL.

A mí me causa respeto.

ALCALDE.

Y si no, no me le tengas,
verás si te alguaciléo.

ALGUACIL.

¿Siendo mi Primo?

ALCALDE.

Aunque fueras
mi moza en aquel momento
fatal, que quanto ellas piden,
sin querer, las concedemos.

REGIDOR 1.°

Vaya, que te has hecho sabio.

ESCRIBANO.

¡Lo que tenia encubierto!

ASESOR.

¿Dónde has estudiado?

ALCALDE.

En
las gradas del cimenterio,
y de la plaza el verano,
y en la taberna el invierno.

REGIDOR 2.°

¡Bravas aulas!

ALCALDE.

Y vosotros
habeis sido mis maestros.

TODOS.

¿Cómo?

ALCALDE.

Diciendo: El Alcalde
solo mira á su provecho:
el Alcalde no se atreve
con el que tiene dinero:
el Alcalde no hace cosa
en beneficio del pueblo:
no remedia las costumbres:
todo lo hace por empeños:
quanto quiere el Escribano

firma como en un barbecho:
si el Asesor no le apunta,
ó calla, ú rebuzna. ¿Es esto?

ESCRIBANO.

Eso se ha dicho por otros.

ASESOR.

¿Y tú lo has dicho el primero?

ALCALDE.

Pues yo he de hacer lo contrario,
porque no digais lo mesmo;
que lo contrario á lo malo,
sin duda será lo bueno.

REGIDOR I.º

Allá se verá. Y ahora
vaya la prueba del pleyto.

ALCALDE.

¿Y las Partes?

ASESOR.

Ya está en forma,
y mi dictámen he puesto.

ESCRIBANO.

Yo informaré á usted.

ALCALDE.

Vele ahí,
que sentenciarle no quiero.

TODOS.

¿Por qué?

ALCALDE.

Porque aquí hay tres Partes,
y á la una sola veo.

ASESOR. *Bufoneando con los demas.*

¿Quáles son?

ALCALDE.

Dos que litigan
entre sí por su derecho
á cien leguas de distancia,
hablando por pedimentos:
y vosotros la tercera,
que importandoos mucho ménos,
estais mas cerca del Juez
para asegurar los vuestros.

REGIDOR 1.º

¡Brava salida!

*Sale* ALGUACIL.

Señores:
ahí fuera está un Caballero
Oficial, que quiere hablaros.

ASESOR.

Decidle que ahora no es tiempo.

ALCALDE.

Dile que si acaso pide
justicia, que no tenemos
aquí otra cosa que hacer:
si pidiere alojamiento,
que se le dará; y si quiere
conversacion, que no tengo
facultad, miéntras soy Juez,
de divertirme un momento.

ALGUACIL.

El lo oye.

*Sale el* OFICIAL.

Justicia pido,
señor.

ALCALDE.

Pues tome usté asiento,
y explíquese.

ESCRIBANO.

Brevemente.

ALCALDE.

O largamente, si el cuento
lo requiere.

ASESOR.

Es algo tarde.

ALCALDE.

No importa, aquí comeremos.

Pues el Juez, que á quien le busca
despide con los pretextos
de la hora, la ocupacion,
el dormir, ú estar comiendo,
es causa que muchos pobres
pierdan paciencias y pleytos.
Diga usted claro y despacio,
que soy un poquito lego.

OFICIAL.

Yo, señor, soy Oficial
de Infantería, un empléo
á la verdad...

ALCALDE.

Muy honrado,
pero de muy poco sueldo.
Adelante.

OFICIAL.

Tuve un tio,
hijo mayor de mi abuelo,
que vivio toda su vida
con gran miseria.

ASESOR.

¿Y ha muerto?

OFICIAL.

Seis meses há. No he venido
ántes, porque me dixeron

que no habia dexado bienes:
y esto es lo que no comprehendo;
porque un rico miserable,
y sin hijos, es incierto
que muera pobre.

ASESOR.

¿No se hizo
el inventario de aquello
que quedó?

OFICIAL.

No se halló nada.

ALCALDE.

Está concluido el pleyto;
pues no teneis que pedir
vos, ni yo qué concederos.

TODOS.

Es así.

ALCALDE.

¿Y ora vecino
de aquí el tio?

OFICIAL.

Era Don Diego
Segundo...

ALCALDE.

Le conocí,
y á su viuda, que gimiendo

está la necesidad
en que ha quedado.

OFICIAL.

Sospecho,
señor, que hay ocultacion.

ESCRIBANO.

En eso dió todo el pueblo,
y al fin se ha desengañado.

REGIDOR 1.°

Yo no.

REGIDOR 2.°

Dicen que vendieron
en vida las heredades,
casas, y otros mil efectos
que tenian.

ESCRIBANO.

Ante mí.

OFICIAL.

¿Y á donde está ese dinero?

ALCALDE.

¿La escribisteis?

OFICIAL.

Sí, señor:
y me ha respondido, seco:
que los vicios de mi tio
la han dexado pereciendo.

ESCRIBANO.

Pues ella es buena muger:
si lo ha dicho será cierto.

REGIDOR 1.º

El no tomaba tabaco:
no conocia algun juego;
huia de las mugeres:
no bebia, por venderlo,
el vino que tenia en casa:
en toda la edad que tengo
le ví con la propia ropa:
y un par de zapatos nuevos
que compró por quince reales,
se deben al zapatero;
con que no sé quáles fuesen
los vicios que le perdieron.

ASESOR.

¡Ay, amigo!

ALCALDE.

¡Qué hay, amigo!
¿Los sabeis?

ASESOR.

¿Yo? No por cierto.

ALCALDE.

Pues callad.

ASESOR.

Caso es de prueba.

ALCALDE.

Pues si lo es, lo probaremos.

*Sale* ALGUACIL.

Señor Alcalde, ahí está
la viudita de Don Diego,
que os busca.

ALCALDE.

¿Os conoce?

OFICIAL.

No.

ALCALDE.

Pues retiraos allá dentro,
y dexadme exâminarla.

ASESOR.

¿No era mejor un careo?

ALCALDE.

¿Y que se digan dos mil
desvergüenzas? á su tiempo.

OFICIAL.

Todo quanto vos hiciereis
en el caso, doy por hecho. *ocúltase.*

ALCALDE.

Está muy bien. Dila que entre.

*Sale la* VIUDA.

Señor Alcalde, yo siento *zalamera.*
el incomodar á usted;
aunque anticipo con esto
el gusto de ver la vara
en el mas digno sugeto
de la Villa.

ALCALDE.

Muchas gracias.
Alguacil, oye un secreto. *ap. con él.*

ASESOR.

¿Y cómo vá?

VIUDA.

Con trabajos;
mas finalmente los llevo
como que Dios los envia,
y su Magestad por premio
me da la resignacion.

ALCALDE.

¿Lo has entendido? En tosiendo *ap.*
yo, haz la seña, y entra. Así
juzgo que no lo erraremos. *vase Alguac.*

ASESOR.

¿A dónde va?

ALCALDE.

A traer á ustedes

de refrescar.

TODOS.

Bueno, bueno. *mirándose alegres.*

ALCALDE.

¿Y qué manda usted, señora?

VIUDA.

A pedir amparo vengo
de una injusticia notoria.

ALCALDE.

¿Y quál es?

VIUDA.

Que el heredero
de mi difunto marido,
dicen que está aquí pidiendo
lo que no dexó el difunto;
y es preciso que este exceso
se le castigue, llevando
hácia allá algun escarmiento,
que le obligue á no volver.
¡Ah, quién me dixera esto
á mí, despues que su tio
disipó cinco mil pesos
que traxe de dote!

ALCALDE.

¿Y vos
no pudisteis contenerlo?

A las mugeres prudentes,
como vos, no faltan medios
de impedir que sus maridos
hagan tales desarreglos.

VIUDA.

Es verdad; pero los hombres
obran siempre como dueños:
y mas viéndose queridos
como él, que era el espejo *llorando.*
solo, en que yo me miraba.

ALCALDE.

¿Y nada quedó?

VIUDA.

Os protesto,
que ni aquello mas preciso
á mis cortos alimentos.

ALCALDE.

¿Pero en qué lo gastó?

VIUDA.

El, *eficaz.*
señor Alcalde, era bueno:
pero como el pobrecito
era tonto y avariento,
dió en ser químico, tratando
con unos hombres perversos,
que se llevaron el oro,

y nos dexáron el hierro.

ASESOR.

Pues, señora, descansad,
y dexad que el heredero
pida y acete, que así
le obligareis al reintegro
de vuestro dote.

VIUDA.

Eso pido.

ESCRIBANO.

Pues meted un pedimento,
y se le dará traslado.

ALCALDE.

Eso era largo: y yo quiero
los pleytos breves. ¡Qué tos
me dá!

TODOS.

¿Cómo?

*Alborotando, y tocando dentro á fuego una campana grande, ú dos.*

*Dentro* ALGUACIL.

Fuego, fuego. *todos en pie.*

VIUDA.

¡Ay, Jesus!

ALCALDE.

¿Dónde será?

ASESOR.

Vamos allá.

*Sale* ALGUACIL,

¡Fuego, fuego!
Señores, toda la casa
de la tahona está ardiendo
por la parte que confina
con la que fué de Don Diego
Segundo, que Dios perdone.

VIUDA.

¡Ay, San Anton, yo te ofrezco *fuera de sí.*
cien misas! Yo estoy perdida.

ALCALDE.

Sosegaos, que acudiremos
todos.

VIUDA.

Ya estará enterrado, *corriendo sin tino.*
ú robado. Ay mi dinero
de mi alma. ¡Desgraciada
muger!

ESCRIBANO.

¿Quereis que os salvemos
algo?

VIUDA.

Diamantes, papeles,
la plata; y en un puchero

quinientos doblones de á ocho,
como quinientos luceros
matutinos : dos calcetas
de oro falto : y el talego
de escuditos : ya estará
la pared maestra en el suelo,
á donde estaba escondido.
Yo estoy perdida : San Pedro
cien misas ; y por las almas
del Purgatorio otras ciento.

ALCALDE.

Sosegaos.

VIUDA.

¿Cómo es posible,
con mas de treinta mil pesos
perdidos ?

ALCALDE.

Este Oficial *le hace seña*
y yo los encontraremos. *que salga.*

TODOS.

Vamos al socorro.

ALCALDE.

Fuf. *sopla.*
De un soplo apagué el incendio.
Dí que dexen de tocar.

ALGUACIL.

Ya la señal les he hecho. *pára el toque.*

ASESOR.

¿Estais loco?

ALCALDE.

Asómense,
y verán que no hay tal fuego.

VIUDA.

¡Ay de mí! *volviendo sobre sí.*

ALCALDE.

Reconoced
vuestro sobrino.

VIUDA.

Qué es esto?
¿Dónde me he metido yo?

ALCALDE.

Donde os saquen del infierno.

OFICIAL.

Y nada perdais, segura
que se guardará secreto.

VIUDA.

Yo con el susto no sé *sonriyendo.*
lo que me dixe: ni pienso
que hay la mitad.

OFICIAL.

En contando

lo que haya partiremos.

VIUDA.

Qué partir, si no es mas que un
depósito que en mí han hecho.

ALCALDE.

¿Y con qué seguridad?
Escribano, vamos luego
á poner un buen candado,
hasta que presente el dueño
créditos de pertenencia.

REGIDOR 1.°

El tal Roquillo es discreto
como un rayo.

ASESOR.

Absorto estoy.

VIUDA.

Señores, yo les confieso *compungida.*
que es mio, como no me hagan
soltar los quince mil pesos.

REGIDOR 1.°

Sí, traslado al Oficial:
que habrá echado ya sobre ellos,
solo con la esperancilla,
mas de quince mil proyectos.

OFICIAL.

No quedarán sin su parte

las huérfanas.

ALCALDE.

Yo lo creo.
¿En qué quedamos?

VIUDA.

En todo
lo que quisiereis. Reniego
yo de mi venida aquí. *vase.*

ALCALDE.

¿Señores, qué tal empiezo?

TODOS.

Bien.

REGIDOR I.°

Valiente prueba has dado.

ALCALDE.

Pues cuenta, que yo no entiendo
de leyes; pero de astucias
está el calletre repleto.

TODOS.

Viva nuestro Alcalde.

ALCALDE.

Vamos
á la particion corriendo.

OFICIAL.

Yo me adelanto á servir
á mi tia de bracero.

REGIDOR.

Yo voy á que se celebre
el chasco por todo el pueblo.

# EL SARAO.

*De este y otros* PERIQUITOS
*con semejantes talentos,*
*¡quántos en las Sociedades*
*aspiran al mejor premio!*

# PERSONAS.

D. ALEJO, *novio anciano.*
LA NOVIA, *jóven Petimetra.*
D. ANSELMO, *amo de la casa.*
D.ª LAURA, *su esposa.*
CRIADA 1.ª
CRIADA 2.ª
PAGE 1.º
PAGE 2.º
D. LOPE.....
D. TADEO.....
D. BRAULIO..... *Caballeros.*
D. RUPERTO.....
D. DIONISIO.....
DOS OFICIALES MILITARES.
D.ª MARIQUITA.
D.ª JOACHINA. *Visitas.*
D.ª PETRA.....
D.ª PAULA.....
TRES CIEGOS.

*Selva corta : salen Don Lope y Don Tadeo de capa y sombrero por un lado, y por otro Don Braulio, Don Dionisio y Don Ruperto.*

D. TADEO.

Retirándonos del Prado
vamos hácia Recoletos,
que allí hay ménos confusion.

D. LOPE.

Antes, señor Don Tadeo,
me parece que no puede
darse pais mas ameno,
mas vario, mas divertido,
mas agradable, y mas fresco.

D. TADEO.

Poco á poco, que probaros
todo lo contrario puedo.
¿Cómo ha de haber diversion

á donde anda tan ligero
el cuidado, y donde dan
á cada paso un tropiezo
la curiosidad de algunos,
y de otros el devaneo?
¿Qué viento, si no sacais
de las cabezas el viento::-?

D. LOPE.

Quede para otra ocasion
apuntado este concepto;
y reparad en Don Braulio,
Don Dionisio y Don Ruperto,
qué galanes vienen.

D. TADEO.

¡Ola!
Curiosos nos acerquemos
á averiguar el motivo.

*Salen Don Braulio, Don Dionisio y Don Ruperto.*

D. RUPERTO.

Buena noche me prometo;
pues la gente que decis
toda es útil.

D. BRAULIO.

Ya podemos
pensar en irnos allá.

D. DIONISIO.

Aun se están en el paseo
muy despacio las señoras:
siempre quando comencemos
á baylar, serán las nueve.

D. LOPE.

Buenas tardes, Caballeros.

LOS TRES.

Amigos, á la obediencia.

D. DIONISIO.

¿De capa? ¿Pues cómo es esto?

D. LOPE.

No parece extraño el trage
de la hora, el sitio, y el tiempo.

D. RUPERTO.

¿De capa un dia de Pasqua?

D. TADEO.

Y usted, ahora que me acuerdo,
¿no estaba de capa y cofia
en misa en el Buen-Suceso
á la una y media del dia?

D. RUPERTO.

¿Y qué tiene que ver eso

con esotro? Esta mañana
me levanté con intento
de no hacer visita alguna,
y le dixe al Peluquero
se volviese hasta la tarde,
porque estuviera mas bello
para esta noche el peynado.

D. LOPE.

¿Pues qué hay algo de provecho
que hacer?

D. DIONISIO.

Reciben de novia
en casa de Don Anselmo
á la muger de aquel hombre.

D. TADEO.

¿Quién es aquel hombre?

D. LOPE.

Un viejo,
que casó con una niña
linda.

D. TADEO.

¡Pobre Caballero!

D. LOPE.

El otro dia Madama
me convidó; mas protesto
que se me habia olvidado.

D. DIONISIO.

Aun teneis sobrado tiempo,
si quereis ir.

D. LOPE.

He salido
con este amigo, y no quiero,
ni es razon dexarle solo.

D. TADEO.

No, Don Lope, yo os absuelvo
de ese escrúpulo: marchad
á baylar, y buen provecho.

D. RUPERTO.

Poneos un peluquin,
una casaca, y marchemos
todos juntos.

D. TADEO.

Yo, ni baylo,
ni enamoro, ni refresco,
con que no tengo á que ir.

D. LOPE.

Otro motivo hay mas de esos
para ir á un bayle.

D. TADEO.

¿Quál es?

D. LOPE.

Observar los movimientos

de todos, y murmurar
con el vecino.

D. TADEO.

Ese es bello
rato; pero es menester
tener un buen compañero,
y tela de que cortar.

D. LOPE.

Nunca esa falta; y en siendo
uno buen sastre, murmura
de lo malo y de lo bueno.

D. RUPERTO.

Sin duda Don Periquito
va allá, pues viene tan puesto
de punta en blanco.

D. DIONISIO.

¿No ha de ir,
y está para bastonero
elegido?

D. RUPERTO.

Pues, señores,
hagámosle mil obsequios,
y ganemos este amigo:
que es el poderoso medio
para aprovechar la noche.

D. LOPE.

El es grande majadero,
que apénas sabe leer,
incapaz de todo empléo
político y militar;
pero es hombre de talento
para dirigir un bayle.

D. DIONISIO.

De modo que no hay sugeto
tan universal, que sea
capaz de todo manejo;
y es felicidad de un hombre
ser útil para un empléo,
que baylar es el mas propio
oficio de los muñecos.

*Sale Don Pedro muy petimetre con un libro de música.*

*Canta* D. PEDRO.

Tan, lara, la, &c.
Cadena con los costados:
se retiran á sus puestos,
y después la diferencia.
Dudo yo que se haya puesto
contradanza mas bonita
jamás.

TODOS.

¡O, señor Don Pedro!

D. PEDRO.

¡Señores!

D. RUPERTO.

¿Tan divertido?

D. PEDRO.

Aquí me iba entreteniendo
con unas contradancillas
nuevas, que inventadas llevo
para esta noche.

D. DIONISIO.

Cuidado
que no tengan mucho enredo,
y en explicarlas se pierda
media noche.

D. PEDRO.

Yo las tengo
con las sillas de mi quarto
bien ensayadas, y creo
no tengan dificultad.

D. RUPERTO.

Vaya: ¿y qué gente tenemos?

D. PEDRO.

Mucha y buena: van las hijas
de aquel Francés:-

D. LOPE.

Ya lo entiendo:
serán grandes baylarinas;
porque al padre yo le tengo
por un gran danzante.

D. PEDRO.

A todos
les debe el propio concepto.
Va tambien Doña Joachina...

D. LOPE.

¡Muchacha de bello genio!

D. PEDRO.

Doña Paula...

D. LOPE.

Esa me dicen
que no le tiene tan bueno.

D. PEDRO.

Va tambien la otra Madama,
muger del otro Extrangero,
y no va el marido.

D. LOPE.

Es mucho,
porque la quiere en extremo.

D. PEDRO.

Va la dueña de la casa...

D. TADEO.

Esa no irá.

D. LOPE.

Si está dentro,
¿á qué ha de ir?

D. PEDRO.

Tambien usted
parece un poco chancero:
y yo tambien voy; y pues
aquí nada que hacer tengo,
y allá hago falta, señores,
buenas tardes, y hasta luego.

D. RUPERTO.

Cuidado, que á los amigos
en unos dias como estos,
se les sirve.

D. PEDRO.

Muchas veces
no puede uno todo aquello
que quiere; pero bien sé
que debe un buen bastonero
tener perfecta noticia
de personas y deseos:
tener cara de baqueta;
tener cabeza de hierro;
mas paciencia que un casado,

y los pies algo ligeros:
memoria para guardar
abanicos y pañuelos;
sé que es de su obligacion
prestar guantes y sombrero;
saber las genealogías,
para evitar parentescos;
ser autor de contradanzas;
aprovechador del tiempo;
atrasar mucho el relox;
dar de beber á los Ciegos;
despavilar las buxías;
procurar que estén contentos
los maridos y las madres;
y ademas de todo esto,
no ser nada escrupuloso,
y ser hombre de secreto.

D. LOPE.

No hay otro Don Periquito.

D. TADEO.

¡Válgame Dios! En los Reynos
grandes, ¡qué de habilidades
hay ocultas, y sin premio!

D. PEDRO.

A leer y á escribir me pueden
ganar todos; pero á esto,

á mentir, y á hacer cositas
de gasa, y á jugar juegos
de prendas, no temo á nadie.
Hasta despues, Caballeros. *vase aprisa.*

D. TADEO.

¡Qué paso lleva! Por ver
oficiar á este muñeco,
solamente, estoy tentado
de ir yo tambien al festejo;
ademas que como soy
amigo de Don Anselmo,
se holgará de verme entrar
sin convidarme.

D. LOPE.

Pues si hemos
de ir, á ponernos vamos
decentes, que hay poco tiempo.

D. RUPERTO.

¿Y á dónde hemos de esperar
nosotros?

D. LOPE.

Sin cumplimiento:
nosotros iremos solos:
ustedes vayan derechos,
y en esperar no se cansen.

LOS TRES.

De ese modo obedecemos.
Hasta despues. *vanse.*

LOS DOS.

Id seguros
de que iremos allá presto.

D. TADEO.

Vamos, que el Don Periquito
me ha gustado por extremo.

*Entránse por distintos lados, y descubriéndose el salon corto, se verá adornado de asientos, con algunas cornucopias, y una araña, que estarán encendiendo* 1.° *y* 2.° *Pages, y salen la ama de la casa, y las dos criadas.*

AMA.

Pues ha dado la oracion,
muchachos, id encendiendo
las luces, que es regular
se vengan desde el paseo,
ú comedia, las amigas.

CRIADA 1.ª

Yo juzgo que ya los Ciegos
están ahí.

AMA.

¿Bartolo mio,
en quánto?

PAGE I.°

Reniego de ellos:
no los pude hacer venir
en ménos de doce pesos,
refrescar como señores,
y beber como tudescos.

AMA.

¿Pero vienen ajustados
hasta el amanecer?

PAGE I.°

Cierto.

AMA.

Pues cuenta, decirle á tu amo
la mitad; que yo pretendo
que no gruña, y supliré
de mi bolsillo secreto
la otra mitad.

CRIADA I.ª

Su merced
sale.

*Sale* D. ANSELMO.

¿Ya están encendiendo, *en bata*
y aun hay media hora de sol? *y gorro.*

Haces bien, hija: gastemos
todo en un dia, y despues
se ayunarán los trescientos
y sesenta y quatro mas
del año.

PAGE I.º

Si no es bisiesto;
que entónces habremos de
ayunar un año entero.

AMA.

Hijo, ¿por qué no te vistes?
Parece que haces empeño
en darme que sentir.

D. ANSELMO.

Vaya,
que es gente de gran respeto
para mí la que aguardamos.

AMA.

Pero lo es de cumplimiento,
por ser primer vez que
vienen á favorecernos.

D. ANSELMO.

De esos favores, muger,
diles nos hagan los ménos
que puedan: no es mal favor
tener un rato estupendo

hoy á mi costa, y mañana
burlarse de mi dinero.

*Sale* D. PEDRO.

A los pies de usted, señora:
¡ó Compadre! ¿Gorro? Cierto
que estais decente: decid,
¿os habeis al paso puesto
para recibir visitas,
ó para espantarlas?

D. ANSELMO.

Quedo:
que ya me voy á poner
mas guapo que un Gerineldos. *vase.*

AMA.

¿Está decente la sala,
y bastante clara? Hablemos
sin ceremonia: ved que en
vuestras manos encomiendo
la noche, Don Periquito.

D. PEDRO.

Quizá faltarán asientos,
y están algo separados:
supongo que no es defecto,
que despues le arrimará
cada uno á su gusto.

AMA.

Creo
que ha parado coche. Niños,
abrid la puerta; y si es cierto,
baxar á alumbrar.

PAGE 2.º

¿Con qué?

AMA.

Con una vela de sebo,
que está en una palmatoria
prevenida.

PAGES.

Voy corriendo. *vanse.*

AMA.

Don Pedro, como que sale
de vos, ireis previniendo
á todos, que se ha omitido
la molestia del refresco:
y despues á los que quieran
tomar algo, que tenemos
prevenida una merienda
en una pieza de adentro.

D. PEDRO.

Eso es lo mejor.

*Salen Doña Mariquita, y Doña Joachina.*

LAS DOS.

Amiga.

AMA.

Queridas, la mano os beso.

D.ª MARIQUITA.

Yo te beso á tí la cara,
que la tienes como un cielo.

AMA.

Ya lo sé; pero ay, amiga,
que no pasa una alma.

D.ª MARIQUITA.

Bueno:
ya sabes que entre nosotras
no se atraviesan misterios.

AMA.

Vamos, hijas, al estrado.

D.ª JOACHINA.

Bien estamos, que harto tiempo
nos queda de estar sentadas.

D.ª MARIQUITA.

Sabe usted, señor Don Pedro,
que estamos para servirle.

D. PEDRO.

Yo soy el que me intereso,
y me debiera ofrecer;
pero tengo igual respeto
en ausencia y en presencia
á mis amigos.

D.ª JOACHINA.

¡Qué lerdos
son, hija, tus convidados!

D.ª MARIQUITA.

No es tarde: nosotras hemos
sido demasiado vivas.

D. PEDRO.

Si ustedes fueran de genios
dóciles, las suplicara
cansaran los instrumentos,
cantando alguna cosilla.

AMA.

Ha dicho bien: decid luego
que entren, no se estén demás.

D.ª MARIQUITA.

Yo estoy pronta á que cantemos
lo que tú quieras.

CRIADA.

Aquí
están, señores, los Ciegos.

*Salen los tres Ciegos, que los saca la Criada.*

LOS CIEGOS.

Dios les dé muy buenas noches.

AMA.

¡Qué indecentes, y qué puercos!
ponerlos á aquel rincon.

CIEGO 1.º

Temprano se empieza esto.

AMA.

¿Acompañan tonadillas?

CIEGO 2.º

Cante usté, y no tenga miedo;
que al oido qualesquiera
cosa le acompañaremos.

AMA.

Canta algo sola, amiguita.

D.ª MARIQUITA.

Oye: que quando el deseo
de servir es eficaz,
se responde con el hecho.

*Aquí se cantó una tonadilla por la célebre Maria Ladvenan, que representó este papel.*

*Salen Doña Paula y Doña Petra, con dos Oficiales.*

D.ª PAULA.

Eso me parece bien.

D.ª MARIQUITA.

Hija, nos entretenemos
las dos á solas.

D. PEDRO.

Pues yo,
¿qué, soy algun estafermo?

AMA.

¡Jesus, qué tarde!

D.ª PAULA.

No riñas,
que nosotras no tenemos
la culpa, los dos señores
la han tenido.

AMA.

Yo lo creo,
que os tendrian divertidas.
Venid, y nos sentaremos.

D.ª PAULA.

Vamos: hasta que se enrede
el bayle, ponerse lejos. *ap. al Oficial.*

OFICIAL 1.º

¿Por qué razon? No, señora,
que yo con quien vengo vengo.

D.ª PAULA.

Parece mal.

OFICIAL 1.º

Que mas tenga
ántes que despues, no entiendo.

AMA.

Ved que parece que llaman.

D. PEDRO.

Señora, estos Caballeros...

*Salen Don Braulio, Don Dionisio, y Don Ruperto.*

LOS TRES.

A los pies de usted, señora.

AMA.

Señores, sin cumplimiento;
y hasta que la novia venga,
no hay reservados asientos.

OFICIAL 2.º

Así ha de ser: lo demas
es convidar á tormento,
y no á divertirse.

D. DIONISIO.

Yo
lo que me dexen acepto.

AMA.

Vaya, señor Don Dionisio,
que aunque procureis atento
disimular, en la cara
se os conoce todo el fuego. *siéntanse alternados.*

D.ª MARIQUITA.

A buena hora: ¿no me visteis
quando salí del paseo? *ap. á D. Rupert.*

D. RUPERTO.

No, señora.

D.ª MARIQUITA.

No lo extraño,
porque hay muchos embelesos
en el Prado.

*Saca la cabeza Don Anselmo por un bastidor, ya vestido.*

D. ANSELMO.

Ya parece
que esto se va componiendo.
Bayle y comedia casera
son unos ratos muy buenos
en casa de los amigos;
y en las propias un infierno.

*Sale* PAGE 1.º

La señora novia viene.

AMA.

Fuerza es que nos levantemos
á recibirla.

*Sale* D. ANSELMO.

Salgamos
ahora que hay bulla.

*Sale la Novia con Don Alejo (que es el novio viejo) de la mano, muy bizarros, y Don Lope y Don Tadeo detras.*

AMA.

Lo bueno
siempre se ha de desear.

NOVIA.

El feliz es mi deseo,
que se logre en vernos juntas.

D. LOPE Y D. TADEO.

Señoras, á vuestro obsequio.

D. ANSELMO.

Señoras, besoos los pies.
¡Qué hay, amigo Don Alejo!
¿cómo va de novio?

D. ALEJO.

Amigo,
mejor que no de soltero:
algun flatillo acomete;
pero en lo demas me siento
admirable.

D.ª MARIQUITA.

Ea, queridas,
las molestias evitemos,
y á sentarse.

D. ALEJO.

Hazme un ladito,
hija. *á la novia.*

D.ª PAULA.

Nosotras le haremos
á los demas.

AMA.

Eso no;
que esto es solo privilegio
del novio.

D. ANSELMO.

Amigos, acá
todos los que somos ceros
en el bayle.

D. TADEO.

Ahí entro yo,

que sin convidar me vengo,
solo para acompañaros.

D. ANSELMO.

¡Quánto, amigo, lo celebro!

D.ª MARIQUITA.

¡Qué bien tocada que vienes! *á la novia.*
¿Viste tocado mas feo, *á Doña Paula.*
ni mas ordinario?

D.ª PAULA.

Enviste
la muger. Está muy bueno. *ap.*
¿Quién te peyna?

NOVIA.

Una criada.

AMA.

¿Don Periquito, qué hacemos?

D. PEDRO.

Aguardo el órden.

AMA.

Pues vaya:
á los novios los primeros.

D. PEDRO.

Présteme usted, y perdone, *al Ofic. 1.º*
ese baston.

OFICIAL 1.º

Es muy vuestro.

D. RUPERTO.

Don Pedro, yo avisaré
quando he de salir.

D.ª MARIQUITA.

Don Pedro,
si yo tengo de baylar,
no me saqueis con Don Diego.

D.ª LOPE.

Don Pedro, cuenta, que yo
nunca baylo si no llevo
buena compañera.

D.ª PAULA.

Digo:
ya sabeis que yo no puedo
dar un paso, si no baylo
con Oficiales.

AMA.

Don Pedro,
¿qué haceis?

D. PEDRO.

Si todos me llaman.
Ya voy. Se están disponiendo
las cosas. Toquen ustedes *a los Ciegos*,
minuetes cortos y nuevos,
de claro compás. Señores
novios, que me honreis espero.

NOVIA.

Vamos allá.

NOVIO.

Ello es preciso
hacer un hombre su esfuerzo.

*Tocan de modo que se oygan los versos, piano siempre: el bastonero no cesa de andar, sacando: y los minuetes se baylan cortos, midiendo la representacion á los tiempos.*

D.ª JOACHINA.

¡Qué frio que me ha dexado *ap. las 2.*
el novio el lado derecho!

D.ª MARIQUITA.

Pues de ese modo, la novia
tendrá helado todo el cuerpo.

NOVIO.

¡Qué linda estás! *al pasar.*

NOVIA.

Calle usted.

NOVIO.

Ya te he dicho, que no quiero
que me trates de ese modo.

D. LOPE.

El amigo Don Alejo *ap. á D. Tadeo.*
cómo la obliga.

D. TADEO.

Bastante
se ayuda; pero le temo.

D. DIONISIO.

Lástima de Primavera *á la novia, al*
es que la siga el hibierno. *pasar.*

NOVIA.

¡Jesus, qué vergüenza!

TODOS.

Vitor. *palmeando.*

D. LOPE.

Mil dias há que apetezco
esta dicha. *baylando.*

D.ª PAULA.

Si es verdad,
mucho lo habeis encubierto. *baylando.*

D.ª MARIQUITA.

Bien bayla; pero presume. *ap. las 2.*

AMA.

Tiene muy bonito el cuerpo;
pero lo demas no es cosa.

D. LOPE.

¡Qué bella!

D.ª PAULA.

¡Qué lisongero!

D. TADEO.

Anda, hijo. Los apartes
son bonitos, pero sérios.
En empezando á baylar
por mayor, allí te quiero.

D.ª MARIQUITA.

Don Pedro, no me saqueis
á baylar. Mal bastonero
haceis.

D. PEDRO.

Señora... Es preciso
cumplir con todas.

D. MARIQUITA.

No quiero
baylar: me he desazonado.

D. PEDRO.

Salga usted ahora: reniego
del oficio. *al ama.*

AMA.

Vaya usted,
y sáqueme con Don Diego.

D. PEDRO.

Está bien.

AMA.

Perfectamente *á D. Lope.*
baylais.

D. LOPE.

Es favor que os debo.

OFICIAL 2.°

¿Habia de llegar la hora? *se va junto á*

D.ª PAULA. *ella.*

Callad, que luego hablaremos.

D. PEDRO.

Ahora sigue usted.

D.ª JOACHINA.

No baylo.

D. PEDRO.

Usted va despues.

OFICIAL 1.°

No quiero;
y sepa el chiquiliquatro,
que la tropa es lo primero
en todas partes.

D. PEDRO.

Amigo,
es mucho negocio esto
para un hombre solo:- Mas
esto se acaba: saquemos
á contradanza.

*Saca el libro, y habla á todos, como que los cita.*

CRIADA 2.ª

Nosotras
creo que no cataremos
el bayle.

CRIADA 1.ª

¡Qué sosería
de bayle! Yo ya me duermo.

D. TADEO.

No perder las esperanzas,
que luego habrá taconéo.

D. PEDRO.

Los nombrados; y unas luces
para que toquen los Ciegos
por el papel.

CIEGO 2.º

Diga el nombre,
que acá todas las sabemos.

D. PEDRO.

La inimitable.

LOS CIEGOS.

En buen hora.

D. PEDRO.

Pues, señores, esto es esto:
zarcé, alemanda, arcos dobles,
quatro caras, y á sus puestos.

*Salen las señoras Doña Mariquita, Doña Paula, Doña Joachina, y Doña Petra, con Don Lope, Don Ruperto, Don Braulio, y Don Dionisio.*

*Baylan la contradanza, y acabada dice Don Pedro.*

D. PEDRO.

Los nombrados, que la gracia
está en no perder el tiempo.

D.ª MARIQUITA.

Muy linda es la contradanza;
pero séria.

D. PEDRO.

Suponiendo
la gracia de usté, he sacado *á la ama.*
á las muchachas, que quiero
poner una mas alegre,
y muy extraña.

AMA.

Yo apruebo
quanto haga usted.

D. PEDRO.

Pues alon:

la *Chispa*; y yo tambien entro
en ella para guiarla.

EL AMO.

Todos nos calentaremos,
ya que la casa se quema.

D. TADEO.

Bien dicen, no hay hombre cuerdo
á caballo.

*Baylan las dos Criadas, la Novia, y el Ama con los quatro que parezca.*

D. PEDRO.

Poco á poco,
hasta que nos enteremos.

TODOS.

Muy graciosa, y muy extraña.

NOVIO.

Si aquí mucho me detengo
me han de alborotar la niña:
hija, bueno está lo bueno: *la retira.*
vamos á casa.

TODOS.

Es temprano. *levántanse todos.*

D.ª PAULA.

Ya es hora de recogernos

tambien nosotras : agur,
amiguita.

AMA.

Agradecemos
el buen rato.

UNOS.

A Dios, señoras.

AMA.

Los que se queden, adentro
á cenar alguna cosa:
y entretanto dispondremos
cantar despues un juguete.

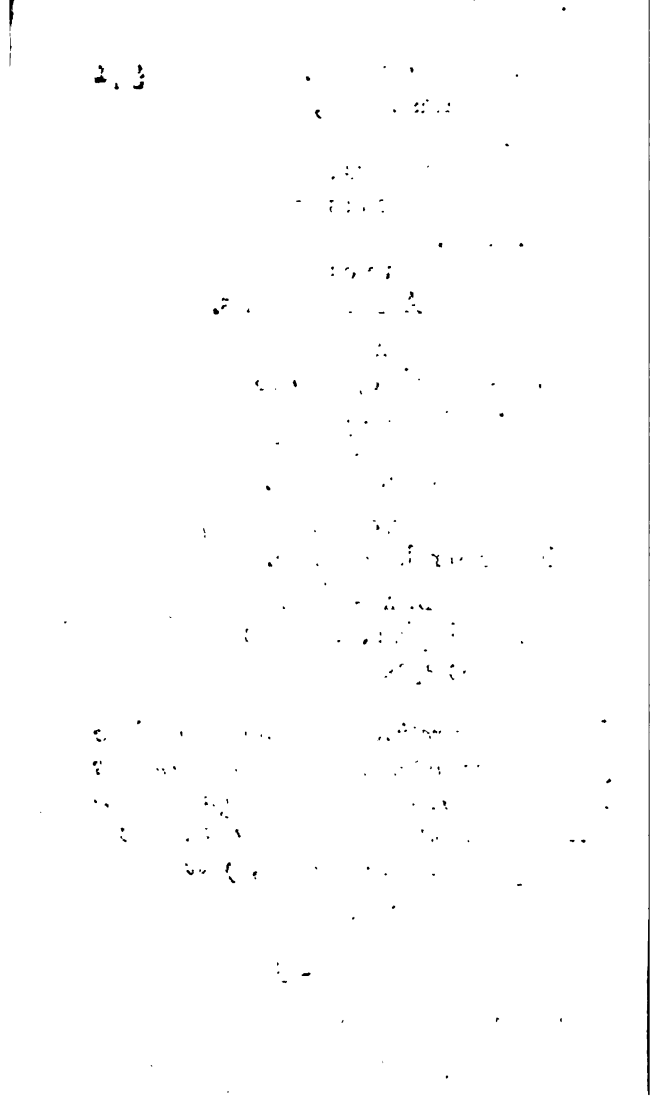
TODOS.

Eso ha de ser lo primero.

D. ANSELMO.

Pues ya no baylan, las luces
están demas; apaguemos.

*Todos se van retirando con sus respectivas gentes, y los de la casa los despiden: los Pages alumbran: el amo apaga las luces, &c.: todo esto con una marcha que toca la orquesta, y se da fin.*



# EL REVERSO DEL SARAO.

*La medalla de un Sarao,*
*aunque presente el aspecto*
*mas inocente en la sala,*
*suele tener un reverso*
*á veces escandaloso*
*en las piezas mas adentro.*

# PERSONAS.

D. VENANCIO, *amo de la casa.*
D.ª JUANA, *su muger.*
D. PEDRO, *amigo de la casa.*
D. ROQUE. . . . . } *Visitas.*
D. PASQUAL BAYLON.
D. ANSELMO . . . . .
D. LUIS. . . . . .
D. GIL. . . . . .
D. JOACHIN. . . . . .
D. ALEJO, *novio anciano.*
LA NOVIA, *joven.*
D.ª LEONOR. . . } *Visitas.*
D.ª IRENE. . . .
D.ª LUCIA. . . .
D.ª PEPA. . . . .
MARIQUITA. } *Criadas.*
TOMASA. . . .
MANUELA. .
D. HERMÓGENES, *Criado mayor, viejo.*
LUCIO. . . . } *Pages.*
BENITO. . .
EL TIO PÓ.
OTROS DOS CIEGOS.

*La Escena se finge en una casa particular de Madrid.*

*Salon largo: arrimada al foro se verá una mesa con el tren de un refresco: estarán arrimadas á ella: la Tomasa haciendo chocolate: Manuela fregando vasos y xícaras en un barreño; y Mariquità sentada en el suelo llorando, y con el delantal limpiándose. A un lado se verán en banco sentados refrescando tres Ciegos, bien vestidos: los dos primeros, que tendrán al lado, sus violines, y el tio Pó su violon entre las piernas, é ínterin el coro canta, no cesarán de entrar y salir, sirviendo el refresco, los dos Pages, y Don Hermógenes.*

*Coro de los* CIEGOS.

Atencion, Madamitas,
atencion, Caballeros,
vaya de desengaños

en forma de festejo:
y calle alguno, si le coge el carro;
ó qué chille, y así quien es sabremos.

LUCIO.

Muchachas, gracias á Dios,
que se concluyó el refresco.

MANUELA.

¿No falta mas chocolate?

LUCIO.

Nada.

MANUELA.

Mejor y mas bueno.

BENITO.

Venga una salvilla de agua,
y despachemos con ello::-
¿Qué tiene usted, Mariquita?

MARIQUITA.

¿Qué le importa á usté saberlo?

BENITO.

De los desagradecidos
está atestado el infierno. *vase con*

TIO PÓ. *la salvilla.*

¿No habrá un par de xicaritas,
niñas, para un pobre ciego?

MANUELA.

¿A pares han de ser?

TIO PÓ.

Sobre
que há un año que no lo pruebo.

*Sale* D. PEDRO.

Chicas, Madama pregunta
si han acabado los Ciegos
de beber.

CIEGO I.º

Nosotros sí:
anem, tio Pó.

TIO PÓ.

En concluyendo
de comer esta corteza,
al instante templaremos.

D. PEDRO.

Y que vengan dos criados
para sacar el brasero.

MANUELA.

Ahí los tiene usted: ya lo oyen.

LUCIO.

Diga usted, que al punto iremos.

D. PEDRO.

¿Mariquita, por qué lloras?

MARIQUITA.

Fui á verter un barreño
en la y griega, y se cayó

un tenedor que habia dentro.
Pobre de mí quando mi amo
lo sepa.

D. PEDRO.

Si no hay remedio
de que tengais un cuidado.

MANUELA.

Como está todo revuelto,
y la pobre tiene tantas
cosas que atender á un tiempo,
no lo pudo remediar.

MARIQUITA.

Mire usted, señor Don Pedro,
si usted quisiera prestarme
para comprar otro, luego
se lo pagára, conforme
los meses fueran cayendo.

MANUELA.

Y quizá tú le sirvieras
al señor en otro empeño
mañana: que en este mundo
todicos somos arrieros,
y solemos encontrarnos.

MARIQUITA.

Actualmente estoy sirviendo
á su mercé en mucho.

D. PEDRO.

A mí,
¿qué me hiciéran quatro pesos
que veis que puede costar?
pero dártelos no quiero,
con eso tendrás cuidado
para otra vez. *vase.*

MANUELA.

¡Qué consuelo!
como yo fuera que tú
me habia de vengar bien presto.

*Sale* BENITO.

¿Acabóse con la prisa?

MARIQUITA.

Da de refrescar á esos,
Manuela.

*Vuelve á la mesa, y da de beber á los Pages.*

MANUELA.

Vengan ustedes.

MARIQUITA.

¿No va usted?

LUCIO.

Me compadezco
yo tanto de ver trabajos

de mugeres, sin poderlos
remediar, que se me pone
un ñudo aquí en el pescuezo,
que atravesar no me dexa
bocado.

MARIQUITA.

Yo lo agradezco;
pero si esta noche misma
lo sabe mi amo, al momento
me despedirá.

LUCIO.

¿Pues hay
mas, que no llegue á saberlo?

MARIQUITA.

¿Cómo ha de ignorarlo? Vaya,
¡que es poquito cominero,
y poquito miserable!

LUCIO.

¿Pues qué cuenta los cubiertos?

MARIQUITA.

¿Sí, cuenta? Hasta los garbanzos
que se echan en el puchero;
y si alguno hay mal cocido,
le aparta, y saca otro ménos
para la holla al otro dia.

LUCIO.

Y vaya, ¿qué tal, es bueno
el salario?

MARIQUITA.

Veinte reales,
y sus dos quartos de almuerzo.

LUCIO.

Pues si te despiden, yo
tengo casa de dos pesos,
y chocolate.

MARIQUITA.

Es que aquí
me vienen muchos provechos
por mi ama, con que voy
tal qual mi cofre surtiendo;
y donde no dan las amas,
las criadas no podemos
subsistir, porque el salario
no alcanza para remiendos.

LUCIO.

¿A qué la sirves mejor
que al amo?

MARIQUITA.

Suele ser eso
muy natural; y mas yo,
que hago donde estoy sirviendo

lo que puedo por las amas,
y á veces lo que no puedo.

LUCIO.

Pues, hija, si sirvo de algo,
puedes contar con aquello
que pueda.

MARIQUITA.

Se estima, y
si se ofrece cansaremos:
vaya usté á beber, Don Lucio.

LUCIO.

Si tú no bebes, no bebo.

MARIQUITA.

No quiero ser desatenta,
ya que usted ha dado en eso.

CIEGO 1.º

Vamos á templar, que están
esperándonos.

TIO PÓ.

Templemos.

CIEGO 2.º

Yo tengo que poner prima
nueva.

CIEGO 1.º

Pues vaya ligero.

*Sale Don Venancio de militar, sin espada, ni sombrero.*

D. VENANCIO.

Muchachos, ¿no os han mandado
que sacaseis los braseros
de la sala?

LUCIO.

No, señor.

D. VENANCIO.

Pues id al punto, y traedlos
á este quarto: á pocas de estas
funciones quedamos buenos.

BENITO.

Vamos los tres, para que
traygamos los dos á un tiempo. *vanse.*

D. VENANCIO.

¡Mas importa el agasajo
de aquí fuera, que el de adentro!
¿Oyes, Maria?

MARIQUITA.

Señor.

D. VENANCIO.

¿Quánto chocolate has hecho?

MARIQUITA.

Dos libras.

D. VENANCIO.

¡Jesus mil veces!
¿Para setenta sugetos
dos libras de chocolate?

MARIQUITA.

Pues no estaba muy espeso;
y si todos le tomáran,
hubiera habido que hacerlo.

D. VENANCIO.

¿Y á los Pages y Criadas
por qué has de darles refresco?

MARIQUITA.

Porque es un estilo antiguo.

D. VENANCIO.

Vea usté aquí lo que no puedo
tolerar; porque es estilo
antiguo, se ha de hacer esto;
y otras cosas, porque son
de estilo antiguo, aunque buenos,
se han de dexar, por seguir
otros estilos perversos.

MARIQUITA.

Si yo no tengo otra cosa
que darles.

D. VENANCIO.

Darles un hueso
para mondarse los dientes:
anda, anda, que ya te entiendo:
eso sí, gran rebanada
del pan de mi compañero.

*Salen los tres Criados.*

BENITO.

¿A dónde se han de poner *una de estrado,*
estas copas? *y otra de pies.*

LUCIO.

En el suelo.

D. VENANCIO.

El brasero en este lado,
y arrimadle unos asientos
para la gente de juicio:
y la copa al otro extremo
de la sala.

*Sale* D.ª JUANA.

Vamos, hijo:
¿has de ser tú bastonero,
ó no?

D. VENANCIO.

Si todas me dais
facultades, en teniendo
el baston, de bastonaros,

lo seré: si no, no quiero.
Ademas, que ¿quién le habia
de hacer al señor Don Pedro
un agravio en disputarle
las funciones de cortejo?

D.ª JUANA.

Por no hacer un gusto, eres
capaz, si te dan mil pesos,
de no tomarlos.

D. VENANCIO.

Sí tal:
¿á dónde está ese dinero?

D.ª JUANA.

¡Qué no escarmiente, ni acabe
yo de conocer tu genio!

D. VENANCIO.

Tambien conozco yo el tuyo:
¿qué quieres? y no escarmiento.

D.ª JUANA.

Vaya; pues ya que te escusas
de ir á la sala, á lo ménos
cuida de que estén servidos
los que vengan aquí dentro.
Poned ahí una mesita
con vasos limpios, diversos
vinos, y vizcochos muchos.

Hijo, por Dios que quedemos
bien con todos.

D. VENANCIO.

Ese encargo
házsele al señor Don Pedro,
que sabe contemplar gaytas.

D.ª JUANA.

¿Por qué razon? ¿El es dueño
de la casa por ventura,
para echarle todo el peso?

D. VENANCIO.

Pues yo no puedo con mas:
porque con la bulla tengo
una cabezota, que
no cabe en el aposento:
ademas que todo el año
estoy yo como un jumento
trabajando, y él está
sentadito en el brasero
en conversacion contigo:
pues bien está, trabajemos
cada uno quando le toque:
si no sentencie este pleyto
un Juez de piedra. Señores,
¿pido yo algun adefesio?

D.ª JUANA.

Pues vés, y díselo tú,
que el decírselo yo, creo
que es mucha satisfaccion.

D. VENANCIO.

Que tengas esa te ruego: *con fisga.*
que como en esa se quede,
me daré por satisfecho.

*Sale* D. PEDRO.

Señora, que ya la noche
se va pasando: ¿qué hacemos?

D.ª JUANA.

No hay forma de convencer
á este á que sea bastonero,
y quiere que usted lo sea.

D. PEDRO.

Jesus, señora, es tan dueño
mio el señor Don Venancio,
que aunque inútil me contemplo
para el cargo, en testimonio
de mi obediencia, le acepto.

D. VENANCIO.

Muchacha, da mi baston
al señor, y buen provecho.

LUCIO.

¿Qué tienen de que quejarse

los maridos poco cuerdos,
quando el baston dan á otro,
de que otro mande mas que ellos?

D. PEDRO.

¿Supongo que aunque parienta
vuestra, sacaré primero
á la Novia?

D.ª JUANA.

¿Quién lo duda?

D. PEDRO.

No lo erraré; que para esto
tenemos los Periquitos
hechas pruebas del acierto.

CIEGOS.

¿Vamos ya?

D. PEDRO.

Vengan tras mí
á la sala.

TIO PÓ.

Vaya, Ciego,
tú que ves, anda adelante. *vase con ellos.*

CIEGO 1.º

Venidme los dos siguiendo.

D.ª JUANA.

Cuidado con que esté todo
abundante, limpio y bueno. *vase.*

D. VENANCIO.

A mi muger se le olvida
á veces, que solo tengo
catorce reales de renta.

D. HERMÓGENES.

¡Quántos olvidos hay de esos!

D. VENANCIO.

¿Don Hermógenes?

D. HERMÓGENES.

¿Señor?

D. VENANCIO.

Usted que está (por ser viejo)
ya en la edad de la codicia,
ha de ser mi dispensero,
y mi mayordomo: ahí van
las llaves, sacad con tiento
quatro botellas de vino
vacías, y al mismo tiempo
una llena, y en las cinco
la cantidad, repartiendo
del licor (partes iguales),
las llenareis de agua luego,
y las traereis.

D. HERMÓGENES.

¿Tan aguado,
señor, cómo han de beberlo?

D. VENANCIO.

¿Cómo beben en sus casas
el que vende el tabernero?

D. HERMÓGENES.

Dirán que sois miserable.

D. VENANCIO.

O dirán que soy discreto.
¿No beben para templar *Se oyen los*
de la agitacion el fuego, *minues, que se*
porque baylando se abrasan? *supone baylan*
Pues, amigos, agua en ellos. *en la sala.*

MARIQUITA.

Pues, señor, sea lo que fuere,
lo que se ponga sea presto,
porque ya baylan, y pronto
querrán beber.

D. VENANCIO.

No hayas miedo,
que miéntras baylan minuetes
salga alguno. En concluyendo
los graves, y en empezando
la música los alegros,
que es quando empiezan los brincos,
y la mudanza de asientos,
y cada uno á su negocio,
nadie repara el ageno;

entónces es quando empiezan,
los quatro humores revueltos,
á apetecer gollorías:
y cada uno va sintiendo
el semblante humedecido,
y los paladares secos.

D. HERMÓGENES.

Allá voy: pon entretanto,
niña, la mesa en su puesto.

*Sale* D. ROQUE.

A Dios, señor Don Venancio:
disimulad si me siento *Como cansado con*
sin hablar otra palabra, *gorro y baston.*
que esta fatiga en el pecho,
con su calentura al canto:
¡Ay, amigo, yo me muero!

D. VENANCIO.

Y os está bien empleado:
en una noche de hibierno,
¿quién sale así de su casa,
y no se está con sosiego
en la cama, procurando
para sus males remedio?

D. ROQUE.

¿Qué quereis? Por no quitar
á mi muger el consuelo.

de que vaya á las comedias,
los bayles, y los paseos,
no puedo quedarme un dia
en la cama, ni me atrevo
á quejarme, aunque el Doctor
dice que me caeré muerto.

MANUELA.

Los que sois, ó habeis de ser
maridos, tomad exemplo. *á los Pages.*

LUCIO.

Ya tengo otro sabido,
para quando llegue á serlo,
mejor.

MANUELA.

¿Mejor? ¿Y quál es?

LUCIO.

Querida, el de los cocheros:
hacer trabajar las mulas,
y cercenarles el pienso.

MANUELA.

Eso no es de hombres de bien.

LUCIO.

¿Y son hombres de bien estos, *sin seña-*
que consienten:: ? Déxame, *lar.*
porque diré setecientos
disparates, si me apuras.

*Sale* D. PASQUAL BAYLON.

Buenas noches, Caballeros.

D. VENANCIO.

¿Señor Don Pasqual Baylon,
cómo tan tarde?

D. PASQUAL.

Es que vengo,
amigos, de merendar
y beber como un tudesco.

D. ROQUE.

Gracias á Dios, que os da ganas:
yo, aunque á la mesa me siento,
suelo no acabar un caldo:
es verdad que me divierto
en ver comer á mi esposa,
que tiene un diente estupendo.

D. PASQUAL.

Dígala usted que si quiere
apostar, que comeremos;
y la haré ver que no sabe
qual es su diente derecho.

D. VENANCIO.

Pues ya que ustedes no baylan,
á la lumbre, Caballeros,
y trátese de las cosas
que haya en el lugar de nuevo.

D. PASQUAL.

Yo esta mañana (y cuidado
que no es bola) le oí á un ciego
decir, que habia almanaques
y pronósticos.

D. VENANCIO.

¿Pues eso,
aunque es verdad que los haya,
el embuste manifiesto.

LUCIO.

Niñas, si ustedes nos dan *á la copa.*
lugar, nos calentaremos
las manos.

MARIQUITA.

Oxalá hubiera
tanto lugar en el cielo.

LUCIO.

En verdad que dicen que hay
de Madrid allá buen trecho.

*Sale* D. HERMÓGENES.

Aquí está el vino y vizcochos.

D. VENANCIO.

¿Don Hermógenes, qué es esto?
¿Quántos traeis?

D. HERMÓGENES.

Media libra.

D. VENANCIO.

Vos habeis perdido el seso:
con un quarteron sobraba.
¿Somos aquí confiteros?

*Sale Doña Leonor sofocada, y Doña Juana detras.*

D.ª JUANA.

¿Quieres algo, Leonor mia?

D. LEONOR.

Muger, desahogarme quiero
de la risa que me oprime.
¿Viste tocado mas feo,
ni bata de mas mal gusto,
que la de la novia? Y luego,
no es tan linda como dicen.

D.ª JUANA.

¿Qué quieres, hija, hasta en eso
que está á la vista se yerran
los gustos y los conceptos;
y á veces en un concurso
las hermosuras nos vemos
desayradas, y las sierpes
están rodeadas de obsequios.

D.ª LEONOR.

Lo que me ha escandalizado
es que ya tiene cortejo,
y há nada que se casó.

D.ª JUANA.

Es que con el novio ha hecho
lo que con el coco se hace
á los niños, en creciendo.

D.ª LEONOR.

¿Qué es?

D.ª JUANA.

Enseñarles el coco
para que pierdan el miedo.

D.ª LEONOR.

Y él me parece un buen hombre.

D.ª JUANA.

¡Toma si es! y mas que bueno.

MARIQUITA.

Tráyganos usté hácia acá
á la novia la veremos,
señora.

D.ª JUANA.

Luego: despues
entrará.

*Sale Don Gil de redingot, mojado, y lleno de lodo.*

D. GIL.

¡Jesus, quál vengo!

D. JUANA.

¡O, señor Don Gil, tan tarde!

D. GIL.

Qué quereis, si está lloviendo
á cántaros, justamente
en una noche que tengo
precision de ir á once bayles.

D.ª JUANA.

¿Pues por qué no os estais quieto
en uno?

D. GIL.

Si en todas partes
me quieren, ¿cómo he de hacerlo?
Señores, con el permiso *saca zapatos*
de ustedes, me quitaré esto *del bolsillo, y*
aquí, para entrar decente. *se muda.*

D.ª JUANA.

Sea en buen hora.

D.ª LEONOR.

Lo que siento

es que no previne coche,
como estaba el dia sereno,
y me he de poner perdida.

D.ª JUANA.

Ahí tienes á Don Anselmo,
que le busque.

D.ª LEONOR.

No quisiera
meterle ahora en este empeño.

D.ª JUANA.

Ven, que si tienes reparo,
yo lo haré, que no le tengo.

*Sale* D. PEDRO.

¡Hay aquí alguno que quiera
baylar!

D.ª JUANA.

¿Se van concluyendo
los minuetes?

D. PEDRO.

Sí, señora.

D.ª JUANA.

Pues despachar, y empecemos
las contradanzas. ¿Don Gil,
quereis baylar ahora, ó luego?

*Saca un espejo, le clava, y se pone á peynar.*

D. GIL.

Que baylen qualquiera cosa
entretanto que me peyno.

D. PEDRO.

Vaya, que igual confusion
no la he visto.

*Dentro* D. ANSELMO.

¡Bastonero!

D. PEDRO.

Ya voy, ya voy: ni le dexan
á un hombre tomar aliento. *vase.*

D.ª LEONOR.

Volvámonos al estrado.

D. JUANA.

Vamos á componer eso. *vanse.*

D. VENANCIO.

¡Lo que le ha caido que hacer
á mi amigo! ¡Buen provecho!

D. ROQUE.

¿Hay mas noticias?

D. PASQUAL.

Que vienen
los Reyes á seis de Enero.

*Sale* D.ª IRENE.

¿Muchacha? *á Manuela.*

MANUELA.

¿Qué manda usted?

D.ª IRENE.

Buenas noches, Caballeros. *á los del*

LOS TRES. *brasero.*

A los pies de usted, Madama.

D.ª IRENE.

¿Dixiste á Don Luis aquello? *ap. las 2.*

MANUELA.

Sí, señora; pero dixo
que tenia que ir primero
á otra funcion.

D.ª IRENE.

Pues si viene,
y entrase por aquí dentro,
dile que lo sé; y que estoy
contra él hecha un veneno:
pero oyes, en todo caso
no le dexes ir. *vase.*

MANUELA.

Ya entiendo.

MARIQUITA.

¿Qué regaña?

MANUELA.

No es conmigo,
que es con el mismo dueño

de su voluntad, porque
se ha ido á otra parte á buréo.

LUCIO.

¡Qué guapa que viene!

MANUELA.

Gracias
á un señor Don Majadero,
que la ferió aquella rica
bata que trae.

TOMASA.

Para eso
una ama que tuve yo:
(que en la sala está por cierto)
echó una demanda en todas
sus tertulias, con pretexto
de una gran necesidad
que estaba á su cargo; y luego
lo echó en una bata que
necesitaba su cuerpo.

LUCIO.

Yo serví á otra, que rifaba
quanto tenia, y me acuerdo
que se quedaban en casa
las alhajas y el dinero.

*Sale Don Joachîn, sacando de la mano á la Novia.*

NOVIA.

¡Qué calor!

D. JOACHIN.

Si esta la sala
echando bombas de fuego:
de mejor temple está aquí.

NOVIA.

Arrimad unos asientos.
Dios guarde á ustedes: traed otro
aquí cerca, y hablaremos. *siéntanse.*

LUCIO.

La novia, chicas, la novia.

TOMASA.

No es malita, y él es bello
mozo.

MARIQUITA.

No es ese el marido.

TOMASA.

¿Pues quién es?

MARIQUITA.

Otro Don Pedro,
como el que viene á mi casa.

D. ROQUE.

¿Don Venancio, qué es aquello?

D. VENANCIO.

¿Qué haya casado, qué
pregunte lo que está viendo
por su casa, por la mia,
y por la de otros mas huecos?

*Llega* D. GIL.

Señores, sea en hora buena:
y recibid mi deseo,
de que os goceis muchos años.

NOVIA.

No es aqueste Caballero
mi esposo.

D. GIL.

La cercanía
me persuadió el parentesco:
perdonadme.

D. JOACHIN.

No hay de qué.

NOVIA.

El hombre es muy majadero.

D. GIL.

¿Está el peynado tal qual? *á los criados.*

CRIADAS.

Muy lindo.

D. GIL.

Pues voy adentro. *vase.*

*Sale el* NOVIO.

¿Te has indispuesto, hija mia?

NOVIA.

No, hijo, no me he indispuesto:
he salido á desahogarme
aquí por un rato.

NOVIO.

Has hecho
muy bien: ¿y usted no ha baylado?

D. JOACHIN.

Eso le estaba diciendo
á Madama; ¿por qué habian
de sacar á otros primero?
Quando no por ver que soy
el mayor amigo vuestro,
siquiera por ver que traygo
vestido de terciopelo;
mas ya la pagará: vaya
á pasear el bastonero.

NOVIA.

Quando tengamos funcion
allá en casa, usté ha de serlo,
y nos hemos de vengar.

NOVIO. *refunfuñando.*

¿Funcion? Veremos, veremos.

D. PASQUAL.

Há, señor novio. *y los otros, que están al brasero.*

NOVIO. Señores.

LOS TRES.

Venga usté, que aquí hay asiento. *le hacen lugar.*

*Sale* D. PEDRO.

Pronto, pronto: lleven vino y bizcochos á los Ciegos.

D. VENANCIO.

Don Pedro.

D. PEDRO.

¿Qué manda usted?

D. VENANCIO. *burlándose.*

Sea en buen hora.

D. PEDRO.

¿Y para eso llama usted? Vaya que estamos para malograr el tiempo. *enfadado. vase.*

¿Se ha llevado lo que he dicho?

BENITO.

Ya vamos.

D. VENANCIO.

Chicos, con tiento,
no sea que se emborrachen,
y se ahiten.

LUCIO Y BENITO. *llevando el refresco.*

No haya miedo.

*Sale* D. ANSELMO.

¡Qué llueva esta noche, para
ponerme en tan grave empeño!
¿Dónde habrá coche á estas horas?

*Sale* D. LUIS.

¡Qué húmedo que está el hibierno!

D. ANSELMO.

?Traeis coche?

D. LOPE.

El de San Francisco.
Ahí en un rincon he puesto
los zapatos, con mas agua
que tres libras de abadejo.

D. ANSELMO.

Pues prestadme vuestra capa,
que voy á ver si le encuentro
en algun alquilador.

D. LUIS.

Ahí va; pero volved presto. *vase.*

MANUELA.

Señor Don Luis.

D. LUIS.

¿Qué hay, Manuela?

MANUELA.

Buena la hizo usted.

D. LUIS.

¿Pues qué he hecho?

MANUELA.

Poner á mi ama en peligro
de darle un encendimiento
de sangre, viendo que usted
se resiste á sus preceptos.

D. LUIS.

¿Todo eso hay?

MANUELA.

Y mucho mas.

D. LUIS.

¿Será cosa de ir corriendo
á llamar un sangrador?

MANUELA.

No hagais burla, que yo temo,

segun está sofocada,
que la cueste caro el cuento.

D. LUIS.

Sea por amor de Dios: *á los del*
buenas noches, Caballeros. *brasero.*

D. PASQUAL.

Tarde venís.

D. LUIS.

No he podido
mas.

D. VENANCIO.

¿No vas á baylar?

D. LUIS.

Luego.

TOMASA.

¿Es ese el mueble de tu ama?

MANUELA.

Sí.

BENITO.

¿Qué va que no entra adentro,
por que no le riña?

MANUELA.

Esotro
galantea con coleto,

amigas; y si le quieren
se alegra, si no lo mesmo.

LUCIO.

De ese modo, puede un hombre
ser algunos ratos necio.

MARIQUITA.

¡Há, pobres mugeres!

LUCIO.

¡Há
mugeres tontas! que de ellos
se fian; y que no aprenden
por leyes de buen comercio,
que quien mucho fia, quando
no se pierda, gana ménos.

NOVIA.

Llegaos á decidle ál ama *á D. Joachin.*
de la casa que la espero:
que se llegue aquí un instante.

D. JOACHIN.

Voy, señora, voy corriendo. *vase.*

D. LUIS.

La Novia está allí: veré
si haciéndola mis obsequios,
puedo hacer rabiar á esotra.
Señora, los pies os beso.

NOVIA.

¿Señor Don Luis?

D. LUIS.

Con licencia
de usted, tomaré este asiento.

NOVIA.

Miéntras vuelve el que se ha ido.

D. LUIS.

Solo al pariente le cedo,
pero á otro no; porque yo
en sus ausencias espero
la plaza de gentilhombre.

NOVIA.

Está ya dado el empléo.

D. LUIS.

¡Lo que madrugan algunos!.. *ap.*

NOVIA.

Y aunque llegarais á tiempo,
no temeis, señor Don Luis,
conducta para cortejo,
ni filis: para marido
me parece que sois bueno;
y así, al instante que enviude,
embidad, que yo os acepto.

D. LUIS.

Esta es palabra mayor: *levantándose.*

¿á mí decirme que tengo
cara de marido? vaya,
que sin duda soy muy feo.
*Sale* D. JOACHIN.
Señora, al instante viene.
*Sale* D. PEDRO.
¿Ha venido alguno nuevo
que bayle? Vamos, Luisito:
y á todos ustedes ruego,
que no falten de la sala.
D. LUIS.
¡Qué acalorado estás, Pedro!
D. PEDRO.
Yo sé quien por culpa tuya
lo está mas.
D. LUIS.
Que beba fresco.
D. PEDRO.
¿Vienes á la sala?
D. LUIS.
Voy
solo por ver á un espejo,
qué señales de marido
son las que adornan mi cuerpo. *vase.*

*Sale* D.ª LUCIA.

¿Ha venido mi pariente?

D. PASQUAL.

¿No me ves, tonta?

D.ª LUCIA.

Me alegro,
para decirte que vayas
á casa, á que tengan puesto
el farol en la escalera.

D. PASQUAL.

¿Cómo tengo de ir lloviendo?

D.ª LUCIA.

¡Qué lástima! Pues tampoco
puedes ir en coche luego.

D. PASQUAL.

¿Por qué?

D.ª LUCIA.

Porque la berlina
solo tiene dos asientos,
y Don Blas trae medias blancas.

D. PASQUAL.

¿Pues qué, los tres no cabemos?

D.ª LUCIA.

Ahora iria el otro con esa
mortificacion.

D. PASQUAL.

Por eso
no haya pendencia: bien, bien,
ya iré.

D.ª LUCIA.

Pues cuenta con ello. *vase.*

*Sale Doña Juana con Doña Pepa de la mano.*

D.ª JUANA. *á la Novia.*

Ya vengo á ver que me mandas;
y porque te ha echado ménos;
viene esta Dama á buscarte.

NOVIA.

Hijita, yo lo celebro;
pues queria suplicarte
la dixeses mi deseo
de oirla cantar y tocar
la vihuela.

D.ª JUANA.

El propio intento
trahia ella.

NOVIO.

Canten ambas,

luego que solos quedemos,
alguna cosa.

*Se levanta* D. ROQUE.

Canta, hija. *á Doña Pep.*

D.ª PEPA.

Toma: ¿qué tambien tenemos
aquí este emplasto?

D. ROQUE.

¡Quánto há!
Mira, hijita, canta aquello
que cantabas por la noche
el dia que hice testamento.

D.ª JUANA.

¿Pues qué tan malo os hallais,
que ha llegado ya ese extremo?

D. ROQUE.

Muy malo.

D.ª PEPA.

No le creais,
que es solo aprehension que ha hecho;
pues, segun el Doctor dice,
no hay de que tener recelo,
porque aunque la calentura

es continua, está en los huesos,
y no le llega á la carne.

*Todos se sonrien, mirando a D. Roque.*

Mas por ver si le divierto,
cantaré unas seguidillas
de un duendecillo travieso.

D.ª JUANA.

Pues cántalas, hija mia.

D.ª PEPA.

Pues escúchalas, que empiezo.

*Aquí cantó las seguidillas dichas.*

Viva, viva: te has portado.

*Sale* D. ANSELMO.

¡Jesus, qué noche de perros!

*Sale* D.ª LEONOR.

¿Hallasteis el coche?

D. ANSELMO.

No
se halla por ningun dinero.

D.ª LEONOR.

Siempre me dexais ayrosa.

D. ANSELMO.

¡Estos sí que son aprietos! *ap.*

¿Pues no hallareis, entre tantas amigas, algun asiento? *recio.*

D.ª LEONOR.

Diez hay para cada coche:
bien podeis marchar corriendo
á casa por la mantilla
gorda, y los zapatos negros.

NOVIA.

Hija, yo te llevaré. *ap. á ella.*

D.ª LEONOR.

Calla, déxale; que quiero
que se refresque, y así
será otra vez mas atento.

D. ANSELMO.

Voy allá.

D. LUIS.

Venga mi capa. *se la quita.*

D. ANSELMO.

¿Cómo tengo de ir en cuerpo?

D. LUIS.

A lo militar.

D. ANSELMO.

¿Hay otra *á la de D. Gil,*
por ahí? pero ya lo veo. *que está colgad.*

D. GIL.

No es capa, que es capingot:
perdone usted, Caballero. *se le quita.*

D. ANSELMO.

De la humedad de esta noche
malas resultas espero. *vase.*

*Sale* D. PEDRO.

Luego que esta contradanza *sofocado.*
se concluya, á nadie tengo
que sacar, porque toditos
se han encajado aquí dentro.
Si no me da un tabardillo
esta noche, soy de acero. *vase.*

D.ª JUANA.

Tiene razon.

NOVIA.

Pues que cante
esta Dama, y nos iremos
á la sala.

D.ª PEPA.

Si ha de ser,
cantaré; pero no tengo
vihuela.

MARIQUITA.

¿Cómo que no?

Aqui está la de los Ciegos.

D.ª JUANA.

Ya sé lo del tenedor,
Mariquita. *ap. las 2.*

MARIQUITA.

Harto lo siento,
señora.

D.ª JUANA.

Pues no te asustes,
que ya está todo compuesto.

D.ª PEPA.

Vaya unas seguidillitas
de idea extraña.

TODOS.

Silencio.

*Cantó y tocó sentada unas seguidillas particulares la Portuguesa, (que hacia este papel) y todos los del bayle se fueron entrando á oirla, rodeando su silla, &c.*

TODOS.

Lindamente, viva, viva.

UN CIEGO.

Entretanto que yo bebo.

D.ª JUANA.

Ea, á baylar, que ya es tarde,
y la noche aprovechemos. *vase.*

UNOS.

A baylar.

*Dentro* D. PEDRO.

¡Jesus mil veces!

*Dentro voces.*

¡Qué desgracia!

D.ª JUANA.

¿Qué ha sido eso?

*Sale* BENITO.

Que le ha dado una congoja
tan grande al señor Don Pedro,
y se ha caido redondo.

D.ª JUANA.

Tú tienes la culpa de eso.

D. VENANCIO.

¿Yo, muger?

D.ª JUANA.

Sí; pues si hubieras

hecho tú de bastonero,
no le sucediera al otro,
solo por verte contento.

D. VENANCIO.

¿Y si á mi me sucediera
no era mas trágico el cuento?

D.ª JUANA.

Tú en tu casa te quedabas,
aunque te cayeras muerto.

*Sacan á Don Pedro desmayado entre algunas Damas y Caballeros de la funcion, y le sientan.*

D.ª IRENE.

Presto, presto, un poco de agua.

D. VENANCIO.

Aquí hay un vino estupendo
para los pulsos.

D.ª IRENE.

Amiga,
no te asustes, que yo espero
que será solo un vapor.

D.ª JUANA.

Muchachas, id, y traed luego

plumas de perdiz.

D. LUIS.

Humazos.
Y que uno vaya corriendo
por agua de torongil,
y cerdas de toro negro.

D. VENANCIO.

Aflojarle la cotilla.

D. GIL.

Ponerle un ladrillo ardiendo
en la tripa, y volverá.

*Volviendo con melindre.*

D. PEDRO.

¡Dónde estoy, piadosos Cielos!

LAS DAMAS.

Entre amigos.

D. LUIS.

¿Cómo vá?

D. PEDRO.

Mejorcito.

D. LUIS.

Yo me alegro.

D. PEDRO.

Esto no es nada, señoras,
mas que desvanecimiento.

D. VENANCIO.

La primer verdad que he oido
en mi vida al tal Don Pedro.

D.ª JUANA.

Hijas, id á divertiros.

D.ª IRENE.

No, amiga, que ya tenemos
mucho mas de media noche.

D. HERMÓGENES.

Y ya se van escurriendo
de la sala quasi todos.

D.ª JUANA.

Pues chicos, id previniendo
las hachas.

D. HERMÓGENES.

Ya hay quien alumbre
allá en el recibimiento.

D. VENANCIO.

¿Con qué esto se acabó?

D. PEDRO.

Sé

¿teneis que añadir á eso?

D. VENANCIO.

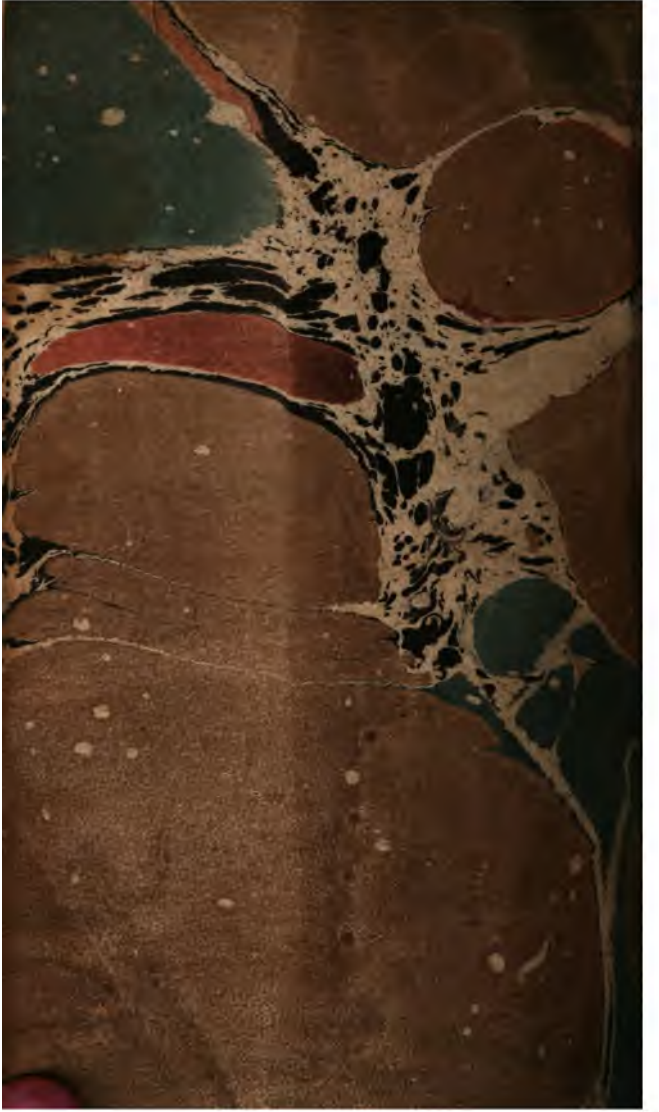
Nada: solo declarar,
que esto es ver por el reverso
la medalla de un sarao:
que aunque se vea de aspécto
inocente por la cara
de la sala, al mismo tiempo
suele ser de otro semblante
en las piezas mas adentro.

# INDICE

## DE LAS PIEZAS CONTENIDAS en este Tomo VII.

*El Divorcio Feliz*, Comedia en quatro Actos..... Pag. 5
*Los Vaqueros de Aranjuez*, Loa que se representó á SS. MM. en aquel Real Sitio, siendo Príncipes de Asturias,..... 157
*Las Castañeras Picadas*, Saynete..... 202
*La Viuda Hypócrita*, Saynete..... 266
*El Sarao*, Saynete,..... 305
*El Reverso del Sarao*, Saynete.... 344

## ERRATAS.

| *Pag.* | *Lin.* | *Dice.* | *Debe decir.* |
|---|---|---|---|
| 142 | 17 | Yo lo sé | Yá lo sé. |
| *Id.* | 18 | que el que | el que |
| 150 | última | de el | de él. |
| 153 | 2 | falta | Marques, |
| 218 | 25 | y llevan | y á llevar. |

532782